

VIAJE DEL PARNASO  
CERVANTES



CALPE

NEROS

35

BUO

X

OBRAS COMPLETAS DE CERVANTES

559

280

T45/25





M. de Cervantes

—

VIAJE DEL PARNASO



T45/25

M. DE CERVANTES

# Viaje del Parnaso

Poesías sueltas, La tía fingida, etc.



MADRID, 1922

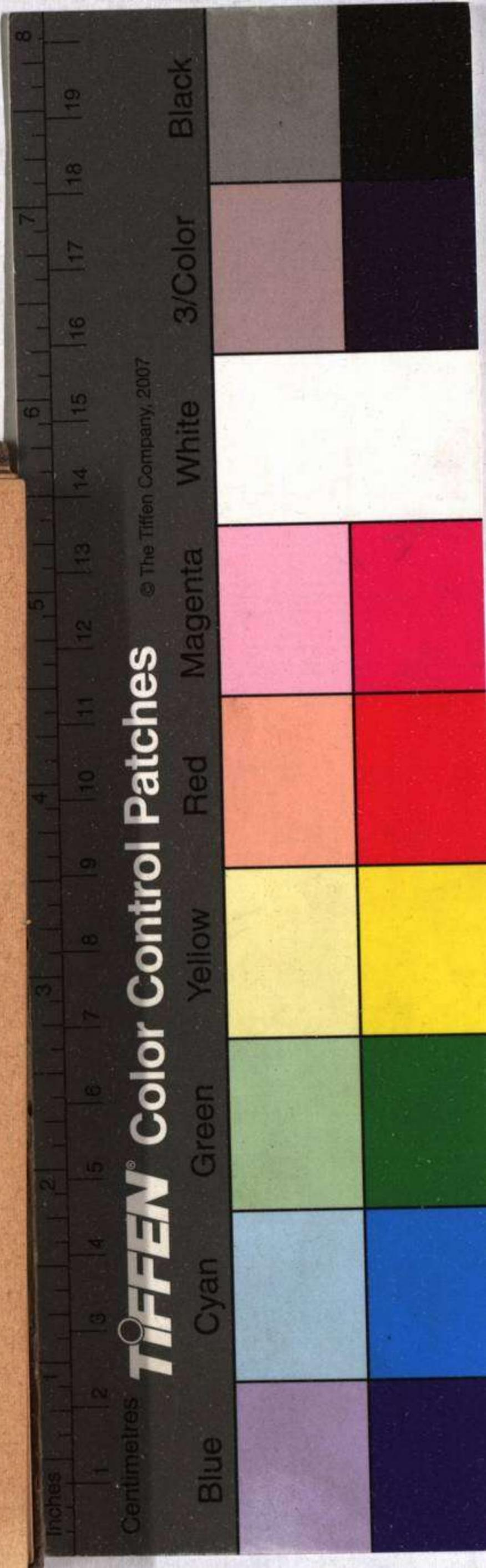
(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

---

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8. — MADRID

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

*Con el VIAJE DEL PARNASO terminamos la publicación de las obras completas de Cervantes. Hemos añadido un Apéndice, que contiene las poesías sueltas—ya sean de Cervantes con seguridad, ya solamente atribuidas a él—, y también la novela La tía fingida, que algunos le atribuyen y que no hemos incluido en los tomos dedicados a las Novelas ejemplares.*





## DEDICATORIA

A D. RODRIGO DE TAPIA, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, HIJO DEL SEÑOR D. PEDRO DE TAPIA, OIDOR DEL CONSEJO REAL Y CONSULTOR DEL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN SUPREMA.

Dirijo a vuesa merced este *Viaje* que hice al *Parnaso*, que no desdice a su edad florida, ni a sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condición ilustre, él quedará famoso en el mundo y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

---



## PRÓLOGO

---

Si por ventura, lector curioso, eres poeta y llegare a tus manos (aunque pecadoras) este VIAJE; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias a Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, también se las puedes dar. Y Dios te guarde.

---

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS

EPIGRAMMA

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,  
verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.  
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,  
carmineis ratibus per freta tendit iter.  
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,  
monstra cavos latices obstupefacta sinunt.  
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,  
carmina si excipias nullæ tridentis opes.  
Hesperiiis Michaël claros conduxit ab oris  
in pelagus vates. Delphica castra petit.  
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,  
Parnassi in litus vela secunda gere.

---

# VIAJE DEL PARNASO

---

## CAPITULO PRIMERO

Un quídam caporal italiano,  
de patria perusino, a lo que entiendo,  
de ingenio griego, y de valor romano,  
llevado de un capricho reverendo,  
le vino en voluntad de ir a Parnaso,  
por huir de la corte el vario estruendo.

Solo y a pie partióse, y paso a paso  
llegó donde compró una mula antigua,  
de color parda y tartamudo paso:

nunca a medrosó pareció estantigua  
mayor, ni menos buena para carga,  
grande en los huesos, y en la fuerza exigua,  
corta de vista, aunque de cola larga,  
estrecha en los ijares, y en el cuero  
más dura que lo son los de una adarga.

Era de ingenio cabalmente entero;  
caía en cualquier cosa fácilmente,  
así en abril como en el mes de enero.

En fin, sobre ella el poetón valiente  
llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo  
agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo  
y sin blanca a su patria, lo que en vuelo  
llevó la fama deste al otro polo.

Yo, que siempre trabajo y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia, que no quiso darme el Cielo,  
quisiera despachar a la estafeta  
mi alma, o por los aires, y ponella  
sobre las cumbres del nombrado Oeta.

Pues descubriendo desde allí la bella  
corriente de Aganipe, en un saltico  
pudiera el labio remojarse en ella,  
y quedar del licor süave y rico  
el pancho lleno, y ser de allí adelante  
poeta ilustre, o al menos manífico.

Mas mil inconvenientes al instante  
se me ofrecieron, y quedó el deseo  
en cierne, desvalido e ignorante.

Porque en la piedra que en mis hombros veo,  
que la fortuna me cargó pesada,  
mis mal logradas esperanzas leo.

Las muchas leguas de la gran jornada  
se me representaron que pudieran  
torcer la voluntad aficionada,  
si en aquel mismo instante no acudieran  
los humos de la fama a socorrerme  
y corto y fácil el camino hicieran.

Dije entre mí: Si yo viniese a verme  
en la difícil cumbre deste monte,  
y una guirnalda de laurel ponerme,  
no envidiaría el bien decir de Aponte,

ni del muerto Galarza la agudeza,  
 en manos blando, en lengua Radamonte.

Mas como de un error siempre se empieza,  
 creyendo a mi deseo, di al camino  
 los pies, porque di al viento la cabeza.

En fin, sobre las ancas del Destino,  
 llevando a la elección puesta en la silla,  
 hacer el gran viaje determino.

Si esta cabalgadura maravilla,  
 sepa el que no lo sabe que se usa  
 por todo el mundo, no sólo en Castilla.

Ninguno tiene o puede dar excusa  
 de no oprimir desta gran bestia el lomo,  
 ni mortal caminante lo rehusa.

Suele tal vez ser tan ligera, como  
 va por el aire el águila o saeta,  
 y tal vez anda con los pies de plomo.

Pero para la carga de un poeta,  
 siempre ligera, cualquier bestia puede  
 llevarla, pues carece de maleta.

Que es caso ya infalible, que aunque herede  
 riquezas un poeta, en poder suyo  
 no aumentarlas, perderlas le sucede.

Desta verdad ser la ocasión arguyo,  
 que tú, o gran padre Apolo, les infundes  
 en sus intentos el intento tuyo.

Y como no le mezclas ni confundes  
 en cosas de agibílibus rateras,  
 ni en el mar de ganancia vil le hundes,  
 ellos, o traten burlas, o sean veras,  
 sin aspirar a la ganancia en cosas,

sobre el convexo van de las esferas,  
 pintando en la palestra rigurosa  
 las acciones de Marte, o entre las flores  
 las de Venus más blanda y amorosa.

Llorando guerras, o cantando amores,  
 la vida como en sueño se les pasa,  
 o como suele el tiempo a jugadores.

Son hechos los poetas de una masa  
 dulce, süave, correosa y tierna,  
 y amiga del holgar de ajena casa.

El poeta más cuerdo se gobierna  
 por su antojo baldío y regalado,  
 de trazas lleno, y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras, y admirado  
 de sus mismas acciones, no procura  
 llegar a rico, como a honroso estado.

Vayan, pues, los leyentes con letura,  
 cual dice el vulgo mal limado y bronco,  
 que yo soy un poeta desta hechura:

cisne en las canas, y en la voz un ronco  
 y negro cuervo, sin que el tiempo pueda  
 desbastar de mi ingenio el duro tronco:

y que en la cumbre de la varia rueda  
 jamás me pude ver sólo un momento,  
 pues cuando subir quiero, se está queda.

Pero por ver si un alto pensamiento  
 se puede prometer feliz suceso,  
 seguí el viaje a paso tardó y lento.

Un candeal con ocho mis de queso  
 fué en mis alforjas mi repostería,  
 útil al que camina, y leve peso.

—Adiós, dije a la humilde choza mía;  
adiós, Madrid; adiós tu Prado, y fuentes  
que manan néctar, llueven ambrosía.

Adiós, conversaciones suficientes  
a entretener un pecho cuidadoso,  
y a dos mil desvalidos pretendientes.

Adiós, sitio agradable y mentiroso,  
do fueron dos gigantes abrasados  
con el rayo de Júpiter fogoso.

Adiós, teatros públicos, honrados  
por la ignorancia que ensalzada veo  
en cien mil disparates recitados.

Adiós de San Felipe el gran paseo,  
donde si baja o sube el turco galgo  
como en gaceta de Venecia leo.

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo,  
que por no verme ante tus puertas muerto,  
hoy de mi patria y de mí mismo salgo. —

Con esto poco a poco llegué al puerto  
a quien los de Cartago dieron nombre,  
cerrado a todos vientos y encubierto.

A cuyo claro y singular renombre  
se postran cuantos puertos el mar baña,  
descubre el sol y ha navegado el hombre.

Arrojóse mi vista a la campaña  
rasa del mar, que trujo a mi memoria  
del heroico Don Juan la heroica hazaña.

Donde con alta de soldados gloria,  
y con propio valor y airado pecho  
tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.

Allí, con rabia y con mortal despecho

el otomano orgullo vió su brío  
hollado y reducido a pobre estrecho.

Lleno, pues, de esperanzas y vacío  
de temor, busqué luego una fragata,  
que efetüase el alto intento mío.

Cuando por la, aunque azul, líquida plata  
vi venir un bajel a vela y remo,  
que tomar tierra en el gran puerto trata.

Del más gallardo, y más vistoso extremo  
de cuantos las espaldas de Neptuno  
oprimieron jamás, ni más supremo.

Cual éste, nunca vió bajel alguno  
el mar, ni pudo verse en el armada  
que destruyó la vengativa Juno.

No fué del vellocino a la jornada  
Argos tan bien compuesta y tan pomposa.  
ni de tantas riquezas adornada.

Cuando entraba en el puerto, la hermosa  
Aurora por las puertas del oriente  
salía en trenza blanda y amorosa;

oyóse un estampido de repente,  
haciendo salva la real galera,  
que despertó y alborotó la gente.

El son de los clarines la ribera  
llenaba de dulcísima armonía,  
y el de la chusma alegre y placentera.

Entrábanse las horas por el día,  
a cuya luz con distinción más clara  
se vió del gran bajel la bizarría.

Ancoras echa, y en el puerto para,  
y arroja un ancho esquiife al mar tranquilo

con música, con grito y algazara.

Usan los marineros de su estilo;  
cubren la popa con tapetes tales,  
que es oro y sirgo de su trama el hilo.

Tocan de la ribera los umbrales;  
sale del rico esquife un caballero  
en hombros de otros cuatro principales.

En cuyo traje y ademán severo  
vi de Mercurio al vivo la figura,  
de los fingidos dioses mensajero.

En el gallardo talle y compostura,  
en los alados pies, y el caduceo,  
símbolo de prudencia y de cordura,

digo, que al mismo paraninfo veo,  
que trujo mentirosas embajadas  
a la tierra del alto coliseo.

Vile, y apenas puso las aladas  
plantas en las arenas, venturosas  
por verse de divinos pies tocadas,  
cuando yo, revolviendo cien mil cosas  
en la imaginación, llegué a postrarme  
ante las plantas por adorno hermosas.

Mandóme el dios parlero luego alzarme,  
y con medidos versos y sonantes,  
desta manera comenzó a hablarme:

—¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!  
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,  
que así muestra discursos ignorantes?—

Yo, respondiendo a su demanda, digo:  
—Señor: voy al Parnaso, y como pobre,  
con este aliño mi jornada sigo. —

Y él a mí dijo: — ¡Sobrehumano, y sobre  
espíritu cilenio levantado!

Toda abundancia y todo honor te sobre.

Que, en fin, has respondido a ser soldado  
antiguo y valeroso, cual lo muestra  
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra  
perdiste el movimiento de la mano  
izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano  
que de raro inventor tu pecho encierra  
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,  
llevándolas en grupa Rocinante,  
descubren, y a la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante  
con tu sutil desinio, y presta ayuda  
a Apolo, que la tuya es importante.

Antes que el escuadrón vulgar acuda  
demás de veinte mil sietemesinos  
poetas, que de serlo están en duda.

Llenas van ya las sendas y caminos  
desta canalla inútil contra el monte,  
que aun de estar a su sombra no son dinos.

Armame de tus versos luego, y ponte  
a punto de seguir este viaje  
conmigo, y a la gran obra disponte.

Conmigo segurísimo pasaje  
tendrás, sin que te empaches, ni procures  
lo que suelen llamar matalotaje.

Y por que esta verdad que digo apures,

entra conmigo en mi galera, y mira cosas con que te asombres y asegures. —

Yo, aunque pensé que todo era mentira, entré con él en la galera hermosa y vi lo que pensar en ello admira.

De la quilla a la gavia, ¡oh extraña cosal, toda de versos era fabricada, sin que se entremetiese alguna prosa.

Las ballesteras eran de ensalada de glosas, todas hechas a la boda de la que se llamó Malmaridada.

Era la chusma de romances toda, gente atrevida, empero necesaria, pues a todas acciones se acomoda.

La popa, de materia extraordinaria, bastarda, y de legítimos sonetos, de labor peregrina en todo, y varia.

Eran dos valentísimos tercetos los espaldares de la izquierda y diestra, para dar boga larga muy perfetos.

Hecha ser la crujía se me muestra de una lengua y tristísima elegía, que no en cantar, sino en llorar es diestra.

Por ésta entiendo yo que se diría lo que suele decirse a un desdichado, cuando lo pasa mal, pasó crujía.

El árbol hasta el cielo levantado de una dura canción prolija estaba de canto de seis dedos embreado.

El y la entena que por él cruzaba, de duros estrambotes la madera

de que eran hechos claro se mostraba.

La racamenta, que es siempre parlera,  
toda la componían redondillas,  
con que ella se mostraba más ligera.

Las jarcias parecían seguidillas  
de disparates mil y más compuestas,  
que suelen en el alma hacer cosquillas.

Las rumbadas, fortísimas y honestas  
estancias, eran tablas poderosas,  
que llevan un poema y otro a cuestras.

Era cosa de ver las bulliciosas  
banderillas que al aire tremolaban,  
de varias rimas algo licenciosas.

Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,  
de encadenados versos parecían,  
puesto que como libres trabajaban.

Todas las obras muertas componían  
o versos sueltos, o sextinas graves,  
que la galera más gallarda hacían.

En fin, con modos blandos y süaves,  
viendo Mercurio que yo visto había  
el bajel, que es razón, letor, que alabes,

junto a mí se sentó, y su voz envía  
a mis oídos en razones claras  
y llenas de suavísima armonía,

diciendo: —Entre las cosas que son raras  
y nuevas en el mundo y peregrinas,  
verás, si en ello adviertes y reparas,

que es una este bajel de las más dinas  
de admiración, que llegue a ser espanto  
a naciones remotas y vecinas.

No le formaron máquinas de encanto,  
sino el ingenio del divino Apolo,  
que puede, quiere y llega y sube a tanto.

Formóle, ¡oh nuevo caso!, para sólo  
que yo llevase en él cuantos poetas  
hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.

De Malta el gran maestro, a quien secretas  
espías dan aviso que en Oriente  
se aperciben las bárbaras saetas,

teme, y envía a convocar la gente  
que sella con la blanca cruz el pecho,  
porque en su fuerza su valor se aumente.

A cuya imitación, Apolo ha hecho  
que los famosos vates al Parnaso  
acudan, que está puesto en duro estrecho.

Yo, condolido del doliente caso,  
en el ligero casco, ya instruído  
de lo que he de hacer, aguijo el paso.

De Italia las riberas he barrido;  
he visto las de Francia y no tocado,  
por venir solo a España dirigido.

Aquí, con dulce y con felice agrado,  
hará fin mi camino, a lo que creo,  
y seré fácilmente despachado.

Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,  
serás el paraninfo de mi asunto  
y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas solo un punto,  
y a los que en esta lista van escritos  
dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto. —

Sacó un papel, y en él casi infinitos

nombres vi de poetas, en que había  
yangüeses, vizcaínos y coritos.

Allí famosos vi de Andalucía,  
y entre los castellanos vi unos hombres  
en quien vive de asiento la poesía.

Dijo Mercurio: — Quiero que me nombres  
desta turba gentil, pues tú lo sabes,  
la alteza de su ingenio, con los nombres. —

Yo respondí: — De los que son más graves  
diré lo que supiere, por moverte  
a que ante Apolo su valor alabes. —  
El escuchó. Yo dije desta suerte.

## CAPITULO II

Colgado estaba de mi antigua boca  
el dios hablante, pero entonces mudo;  
que al que escucha, el guardar silencio toca,  
cuando di de improviso un estornudo,  
y haciendo cruces por el mal agüero,  
del gran Mercurio al mandamiento acudo.

Miré la lista, y vi que era el primero  
el LICENCIADO JUAN DE OCHOA, amigo  
por poeta y cristiano verdadero.

Deste varón en su alabanza digo  
que puede acelerar y dar la muerte  
con su claro discurso al enemigo,

y que si no se aparta y se divierte  
su ingenio en la gramática española,  
será de Apolo sin igual la suerte;

pues de su poesía al mundo sola  
puede esperar poner el pie en la cumbre  
de la inconstante rueda o varia bola.

Este que de los cómicos es lumbre,  
que el LICENCIADO POYO es su apellido,  
no hay nube que a su sol claro deslumbre.

Pero como está siempre entretenido  
en trazas, en quimeras e invenciones,  
no ha de acudir a este marcial ruido.

Este que en lista por tercero pones,  
que HIPÓLITO se llama DE VERGARA,  
si llevarle al Parnaso te dispones,

haz cuenta que en él llevas una jara,  
una saëta, un arcabuz, un rayo  
que contra la ignorancia se dispara.

Este que tiene como mes de mayo  
florido ingenio, y que comienza ahora  
a hacer de sus comedias nuevo ensayo,

GODÍNEZ es. Y estotro que enamora  
las almas con sus versos regalados,  
cuando de amor ternezas canta o llora,

es uno que valdrá por mil soldados  
cuando a la extraña y nunca vista empresa  
fueren los escogidos y llamados;

digo que es DON FRANCISCO, el que profesa  
las armas y las letras con tal nombre,  
que por su igual Apolo le confiesa;

es DE CALATAYUD su sobrenombre.  
Con esto queda dicho todo cuanto  
puedo decir con que a la invidia asombre.

Este que sigue es un poeta santo,

digo famoso: MIGUEL CID se llama,  
que al coro de las musas pone espanto.

Estotro que sus versos encarama  
sobre los mismos hombros de Calisto,  
tan celebrado siempre de la fama,

es aquel agradable, aquel bienquisto,  
aquel agudo, aquel sonoro y grave  
sobre cuantos poetas Febo ha visto;

aquel que tiene de escribir la llave  
con gracia y agudeza en tanto extremo,  
que su igual en el orbe no se sabe,

es DON LUIS DE GÓNGORA, a quien temo  
agraviar en mis cortas alabanzas,  
aunque las suba al grado más supremo.

Oh tú, divino espíritu, que alcanzas  
ya el premio merecido a tus deseos  
y a tus bien colocadas esperanzas;

ya en nuevos y justísimos empleos,  
divino HERRERA, tu caudal se aplica,  
aspirando del cielo a los trofeos.

Ya de tu hermosa luz clara y rica  
el bello resplandor miras seguro  
en la que la alma tuya beatifica;

y arrimada tu hiedra al fuerte muro  
de la inmortalidad, no estimas cuanto  
mora en las sombras deste mundo oscuro.

Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI, que a tanto  
el sabio curso de tu pluma aspira,  
que sobre las esferas le levanto;

aunque Lucano por tu voz respira,  
déjale un rato y, con piadosos ojos,

a la necesidad de Apolo mira;

que te están esperando mil despojos  
de otros mil atrevidos, que procuran  
fértiles campos ser, siendo rastrojos.

Y tú, por quien las musas aseguran  
su partido, DON FÉLIX ARIAS, siente  
que por su gentileza te conjuran

y ruegan que defiendas desta gente  
*non sancta* su hermosura, y de Aganipe  
y de Hipocrene la inmortal corriente.

¿Consentirás tú a dicha partícipe  
del licor suavísimo un poeta  
que al hacer de sus versos sude y hipe?

No lo consentirás, pues tu discreta  
vena, abundante y rica, no permite  
cosa que sombra tenga de imperfeta.

Señor, este que aquí viene se quite,  
dije a Mercurio, que es un chacho necio,  
que juega, y es de sátiras su envite.

Este sí que podrás tener en precio,  
que es ALONSO DE SALAS BARBADILLO,  
a quien me inclino y sin medida aprecio.

Este que viene aquí, si he de decillo,  
no hay para qué le embarques, y así puedes  
borrarle. Dijo el dios: gusto de oílo.

Es un cierto rapaz, que a Ganimedes  
quiere imitar, vistiéndole a lo godo,  
y así aconsejo que sin él te quedes.

No lo harás con éste dese modo,  
que es el gran LUIS CABRERA, que, pequeño,  
todo lo alcanza, pues lo sabe todo;

es de la historia conocido dueño,  
y en discursos discretos tan discreto,  
que a Tácito verás si te le enseño.

Este que viene es un galán sujeto  
de la varia fortuna a los vaivenes  
y del mudable tiempo al duro aprieto.

Un tiempo rico de caducos bienes,  
y ahora de los firmes e inmutables  
más rico, a tu mandar firme le tienes;

pueden los altos riscos siempre estables  
ser tocados del mar, mas no movidos  
de sus ondas en cursos variables.

Ni menos a la tierra trae rendidos  
los altos cedros Bóreas, cuando, airado,  
quiere humillar los más fortalecidos.

Y éste que vivo ejemplo nos ha dado  
desta verdad con tal filosofía,  
DON LORENZO RAMÍREZ ES DE PRADO.

Deste que se le sigue aquí, diría  
que es DON ANTONIO DE MONROY, que veo  
en ello que es ingenio y cortesía.

Satisfacción al más alto deseo  
puede dar de valor heroico y ciencia,  
pues mil descubro en él y otras mil creo.

Este es un caballero de presencia  
agradable y que tiene de Torcato  
el alma sin alguna diferencia.

De DON ANTONIO DE PAREDES trato,  
a quien dieron las musas sus amigas  
en tierna edad anciano ingenio y trato.

Este que por llevarle te fatigas,

es DON ANTONIO DE MENDOZA, y veo  
cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.

Este que de las musas es recreo,  
la gracia, y el donaire, y la cordura,  
que de la discreción lleva el trofeo,

es PEDRO DE MORALES, propia hechura  
del gusto cortesano, y es asilo  
adonde se repara mi ventura.

Este, aunque tiene parte de Zoílo,  
es el grande ESPINEL, que en la guitarra  
tiene la prima y en el raro estilo.

Este, que tanto allí tira la barra  
que las cumbres se deja atrás de Pindo,  
que jura, que vocea y que desgarrar,

tiene más de poeta que de lindo,  
y es JUSEPE DE VARGAS, cuyo astuto  
ingenio y rara condición deslindo.

Este, a quien pueden dar justo tributo  
la gala y el ingenio, que más pueda  
ofrecer a las musas flor y fruto,

es el famoso ANDRÉS DE BALMASEDA,  
de cuyo grave y dulce entendimiento  
el magno Apolo satisfecho queda.

Este es ENCISO, gloria y ornamento  
del Tajo, y claro honor de Manzanares,  
que con tal hijo aumenta su contento.

Este, que es escogido entre millares,  
DE GUEVARA LUIS VÉLEZ es el bravo,  
que se puede llamar quitapesares.

Es poeta gigante, en quien alabo  
el verso numeroso, el peregrino

ingenio, si un Gnaton nos pinta, o un Davo.

Este es DON JUAN DE ESPAÑA, que es más dino  
de alabanzas divinas que de humanas,  
pues en todos sus versos es divino.

Este, por quien de Lugo están ufanas  
las musas, es SILVEIRA, aquel famoso,  
que por llevarle con razón te afanas.

Este que se le sigue es el curioso  
gran DON PEDRO DE HERRERA, conocido  
por de ingenio elevado en punto honroso.

Este que de la cárcel del olvido  
sacó otra vez a Proserpina hermosa,  
con que a España y al Dauro ha enriquecido,  
verásle en la contienda rigurosa,

que se teme y se espera en nuestros días,  
culpa de nuestra edad poco dichosa,  
mostrar de su valor las lozanías.

Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto  
y grave DON FRANCISCO DE FARÍAS?

Este de quien yo fuí siempre devoto,  
oráculo y Apolo de Granada,  
y aun deste clima nuestro y del remoto,  
PEDRO RODRÍGUEZ es. Este es TEJADA,  
de altisonantes versos y sonoros,  
con majestad en todo levantada.

Este que brota versos por los poros  
y halla patria y amigos donde quiera,  
y tiene en los ajenos sus tesoros,

es MEDINILLA, el que la vez primera  
cantó el romance de la tumba oscura,  
entre cipreses puestos en hilera.

Este que en verdes años se apresura  
y corre al sacro lauro, es DON FERNANDO  
BERMÚDEZ, donde vive la cordura;

éste es aquel poeta memorando  
que mostró de su ingenio la agudeza  
en las selvas de Erifile cantando.

Este que la coluna nueva empieza,  
con estos dos que con su ser convienen,  
nombrarlos aun lo tengo por bajeza.

MIGUEL CEJUDO y MIGUEL SÁNCHEZ vienen  
juntos aquí, ¡oh par sin par! En éstos  
las sacras musas fuerte amparo tienen.

Que en los pies de sus versos bien compuestos,  
llenos de rudición rara y doctina,  
al ir al grave caso serán prestos.

Este gran caballero, que se inclina  
a la lección de los poetas buenos,  
y al sacro monte con su luz camina,

DON FRANCISCO DE SILVA es por lo menos.  
¿Qué será por lo más? ¡Oh edad madura,  
en verdes años de cordura llenos!

DON GABRIEL GÓMEZ viene aquí, segura  
tiene con él Apolo la vitoria  
de la canalla siempre necia y dura.

Para honor de su ingenio, para gloria  
de su florida edad, para que admire  
siempre de siglo en siglo su memoria,

en este gran sujeto se retire  
y abrevie la espeianza deste hecho,  
y Febo al gran VALDÉS atento mire.

Verá en él un gallardo y sabio pecho,

un ingenio sutil y levantado,  
con que le deje en todo satisfecho.

FIGUEROA es estotro, el doctorado,  
que cantó de Amarili la constancia  
en dulce prosa y verso regalado.

Cuatro vienen aquí en poca distancia  
con mayúsculas letras de oro escritos,  
que son del alto asunto la importancia.

De tales cuatro, siglos infinitos  
durará la memoria, sustentada  
en la alta gravedad de sus escritos.

Del claro Apolo la real morada  
si viniere a caer de su grandeza,  
será por estos cuatro levantada;  
en ellos nos cifró Naturaleza  
el todo de las partes, que son dinas  
de gozar celsitud, que es más que alteza.

Esta verdad, gran CONDE DE SALINAS,  
bien la acreditas con tus raras obras,  
que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de ESQUILACHE PRÍNCIPE, que cobras  
de día en día crédito tamaño,  
que te adelantas a ti mismo y sobras,  
serás escudo fuerte al grave daño,  
que teme Apolo, con ventajas tantas,  
que no te espere el escuadrón tacaño.

Tú, CONDE DE SALDAÑA, que con plantas  
tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,  
y en alas de tu ingenio te levantas,  
hacha has de ser de inextinguible lumbre,  
que guíe al sacro monte al deseoso

de verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú, el de VILLAMEDIANA, el más famoso de cuantos entre griegos y latinos alcanzaron el lauro venturoso,

cruzarás por las sendas y caminos que al monte guían, porque más seguros lleguen a él los simples peregrinos.

A cuya vista destos cuatro muros del Parnaso caerán las arrogancias de los mancebos, sobre necios, duros.

¡Oh cuántas y cuán graves circunstancias dijera destos cuatro, que felices aseguran de Apolo las ganancias!

Y más si se les llega el de ALCAÑICES MARQUÉS insigne, harán (puesto que hay una en el mundo no más) cinco fenices.

Cada cual de por sí será coluna que sustente y levante el edificio de Febo sobre el cerco de la luna.

Este (puesto que acude al grave oficio en que se ocupa) el lauro y palma lleva, que Apolo da por honra y beneficio.

En esta ciencia es maravilla nueva, y en la jurispericia único y raro; su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.

Este, que con Homeo le comparo, es el gran DON RODRIGO DE HERRERA, insigne en letras y en virtudes claro.

Este que se le sigue es el DE VERA DON JUAN, que por su espada y por su pluma le honran en la quinta y cuarta esfera.

Este que el cuerpo y aun el alma bruma  
de mil, aunque no muestra ser cristiano,  
sus escritos el tiempo no consuma.

Cayóseme la lista de la mano  
en este punto, y dijo el dios: —Con estos  
que has referido está el negocio llano.

Haz que con pies y pensamientos prestos  
vengan aquí, donde aguardando quedo  
la fuerza de tan válidos supuestos.

—Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO  
venir, dije yo entonces; y él me dijo:

—Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ese es hijo de Apolo, ése es hijo  
de Calíope musa; no podemos  
irnos sin él, y en esto estaré fijo.

Es el flagelo de poetas memos,  
y echará a puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tememos.

—Oh señor, repliqué, que tiene el paso  
corto y no llegará en un siglo entero.

—Deso, dijo Mercurio, no hago caso.

Que el poeta que fuere caballero,  
sobre una nube entre pardilla y clara  
vendrá muy a su gusto caballero.

—Y el que no, pregunté, ¿qué le prepara  
Apolo? ¿Qué carrozas, o qué nubes?  
¿Qué dromedario, o alfana en paso rara?

—Mucho, me respondió, mucho te subes  
en tus preguntas; calla y obedece.

—Sí haré, pues no es infando lo que jubes.

Esto le respondí, y él me parece

que se turbó algún tanto; y en un punto  
el mar se turba, el viento sopla y crece.

Mi rostro entonces, como el de un difunto  
se debió de poner, y sí haría,  
que soy medroso a lo que yo barrunto.

Vi la noche mezclarse con el día;  
las arenas del hondo mar alzarse  
a la región del aire, entonces fría.

Todos los elementos vi turbarse:  
la tierra, el agua, el aire, y aun el fuego  
vi entre rompidas nubes azorarse.

Y en medio deste gran desasosiego  
llovían nubes de poetas llenas  
sobre el bajel, que se anegara luego  
si no acudieran más de mil sirenas  
a dar de azotes a la gran borrasca,  
que hacia el saltarel por las entenas.

Una, que ser pensé Juana la Chasca,  
de dilatado vientre y luengo cuello,  
pintiparado a aquel de la tarasca,

se llegó a mí, y me dijo: —De un cabello  
deste bajel estaba la esperanza  
colgada, a no venir a socorrello.

Traemos, y no es burla, a la bonanza,  
que estaba descuidada oyendo atenta  
los discursos de un cierto Sancho Panza. —

En esto sosegóse la tormenta;  
volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,  
que al regañón el cétiro le ahuyenta.

Volví la vista, y vi en ligero vuelo  
una nube romper el aire claro

de la color del condensado hielo.

¡Oh maravilla nueva! ¡Oh caso raro!  
Vilo, y he de decillo, aunque se dude  
del hecho que por brújula declaro.

Lo que yo pude ver, lo que yo pude  
notar fué que la nube dividida  
en dos mitades a llover acude.

Quien ha visto la tierra prevenida  
con tal disposición, que cuando llueve,  
cosa ya averiguada y conocida,

de cada gota en un instante breve  
del polvo se levanta o sapo, o rana,  
que a saltos, o despacio el paso mueve,

tal se imagine ver (¡oh soberana  
Virtud!) de cada gota de la nube  
saltar un bulto, aunque con forma humana.

Por no creer esta verdad estuve  
mil veces; pero vilo con la vista,  
que entonces clara y sin legañas tuve.

Eran aquestos bultos de la lista  
pasada los poetas referidos,  
a cuya fuerza no hay quien la resista.

Unos por hombres buenos conocidos,  
otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,  
poquitos bien, y muchos mal vestidos.

Entre ellos parecióme de haber visto  
a DON ANTONIO DE GALARZA el bravo,  
gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.

El bajel se llenó de cabo a cabo,  
y su capacidad a nadie niega  
copioso asiento, que es lo más que alabo.

Llovió otra nube al gran LOPE DE VEGA,  
poeta insigne, a cuyo verso o prosa  
ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Era cosa de ver maravillosa  
de los poetas la apretada enjambre,  
en recitar sus versos muy melosa.

Este muerto de sed, aquél de hambre;  
yo dije, viendo tantos, con voz alta:

—¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!—

Por tantas sobras conoció una falta  
Mercurio, y acudiendo a remedialla,  
ligero en la mitad del bajel salta.

Y con una zaranda que allí halla,  
no sé si antigua o si de nuevo hecha,  
zarandó mil poetas de gramalla.

Los de capa y espada no desecha,  
y destos zarandó dos mil y tantos;  
que fué neguilla entonces la cosecha.

Colábanse los buenos y los santos,  
y quedábanse arriba los granzones,  
más duros en sus versos que los cantos.

Y sin que les valiesen las razones  
que en su disculpa daban, daba luego  
Mercurio al mar con ellos a montones.

Entre los arrojados se oyó un ciego,  
que murmurando entre las ondas iba  
de Apolo con un pésete y reniego.

Un sastre (aunque en sus pies flojos estriba,  
abriendo con los brazos el camino)  
dijo: —Sucio es Apolo, así yo viva.—

Otro (que al parecer iba mohino,

con ser un zapatero de obra prima) dijo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un tondidor, suda y se anima por verse a la ribera conducido, que más la vida que la honra estima.

El escuadrón nadante reducido a la marina, vuelve a la galera, el rostro, con señales de ofendido.

Y uno por todos dijo: — Bien pudiera ese chocante embajador de Febo tratarnos bien, y no desta manera.

Más oigan lo que dijo: — Yo me atrevo a profanar del monte la grandeza con libros nuevos, y en estilo nuevo.

Calló Mercurio, y a poner empieza con gran curiosidad seis camarines, dando a la gracia ilustre rancho y pieza.

De nuevo resonaron los clarines; y así Mercurio, lleno de contento, sin darle mal agüero los delfines, remos al agua dió, velas al viento.

### CAPITULO III

Eran los remos de la real galera de esdrújulos, y dellos compelida se deslizaba por el mar ligera.

Hasta el tope la vela iba tendida, hecha de muy delgados pensamientos, de varios lizos por amor tejida.

Soplaban dulces y amorosos vientos,  
 todos en popa, y todos se mostraban  
 al gran viaje solamente atentos.

Las sirenas en torno navegaban,  
 dando empellones al bajel lozano,  
 con cuya ayuda en vuelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar cano  
 colchas encarrujadas, y hacían  
 azules visos por el verde llano.

Todos los del bajel se entretenían:  
 unos glosando pies dificultosos,  
 otros cantaban, otros componían.

Otros de los tenidos por curiosos  
 referían sonetos, muchos hechos  
 a diferentes casos amorosos.

Otros alfeñicados y deshechos  
 en puro azúcar, con la voz süave,  
 de su melifluidad muy satisfechos,  
 en tono blando, sosegado y grave,  
 églogas pastorales recitaban,  
 en quien la gala y la agudeza cabe.

Otros de sus señoras celebraban  
 en dulces versos de la amiada boca  
 los excrementos que por ella echaban.

Tal hubo a quien amor así le toca,  
 que alabó los riñones de su dama  
 con gusto grande y no elegancia poca.

Uno cantó, que la amorosa llama  
 en mitad de las aguas le encendía,  
 y como toro agarrochado brama.

Desta manera andaba la poesía

de uno en otro, haciendo que hablase éste latín, aquél algarabía.

En esto sesga la galera, vase rompiendo el mar con tanta ligereza, que el viento aun no consiente que la pase.

Y en esto descubrióse la grandeza de la escombrada playa de Valencia, por arte hermosa y por naturaleza.

Hizo luego de sí grata presencia el gran DON LUIS FERRER, marcado el pecho de honor y el alma de divina ciencia.

Desembarcóse el dios, y fué derecho a darle cuatro mil y más abrazos, de su vista y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos en DON GUILLÉN DE CASTRO, que venía deseoso de verse en tales brazos.

CRISTÓBAL DE VIRUÉS se le seguía, con PEDRO DE AGUILAR, junta famosa de las que Turia en sus riberas cría.

No le pudo llegar más valerosa escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera desearla mejor ni más honrosa.

Luego se descubrió por la ribera un tropel de gallardos valencianos, que a ver venían la sin par galera;

todos con instrumentos en las manos de estilos y librillos de memoria, por bizarría y por ingenio ufanos,

codiciosos de hallarse en la vitoria, que ya tenían por segura y cierta,

de las heces del mundo y de la escoria.

Pero Mercurio les cerró la puerta;  
digo, no consintió que se embarcasen,  
y el por qué no lo dijo, aunque se acierta.

Y fué, porque temió que no se alzasen,  
siendo tantos y tales, con Parnaso,  
y nuevo imperio y mando en él fundasen.

En esto vióse con brioso paso  
venir al magno ANDRÉS REY DE ARTIEDA,  
no por la edad descaecido o laso.

Hicieron todos espaciosa rueda,  
y, cogiéndole en medio, le embarcaron,  
más rico de valor que de moneda.

Al momento las áncoras alzaron,  
y las velas ligadas a la antena  
los grumetes apriesa desataron.

De nuevo por el aire claro suena  
el son de los clarines, y de nuevo  
vuelve a su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo,  
y dijo en voz que pudo ser oída:  
—Aquí mi gusto y mi esperanza llevo.—

De remos y sirenas impelida  
la galera se deja atrás el viento,  
con milagrosa y próspera corrida.

Leíase en los rostros el contento  
que llevaban los sabios pasajeros,  
durable, por no ser nada violento.

Unos por el calor iban en cueros;  
otros, por no tener godescas galas,  
en traje se vistieron de romeros.

Hendía en tanto las neptúneas salas  
la galera, del modo como hiende  
la grulla el aire con tendidas alas.

En fin, llegamos donde el mar se extiende,  
y ensancha y forma el golfo de Narbona,  
que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona  
sobre seis resmas de papel sentada  
iba con cetro y con real corona;

cuando una nube, al parecer preñada,  
parió cuatro poetas en crujía,  
o los llovió, razón más concertada.

Fué uno aquel de quien Apolo fía  
su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,  
poeta insigne de mayor cuantía.

El mismo Apolo de su ingenio trate,  
él le alabe, él le premie y recompense,  
que el alabarle yo sería dislate.

Al segundo llovido, el uticense  
Catón no le igualó, ni tiene Febo  
quien tanto por él mire, ni en él piense.

Del contador GASPAR DE BARRIONUEVO  
mal podrá el corto flaco ingenio mío  
loar el suyo así como yo debo.

Llenó del gran bajel el gran vacío  
el gran FRANCISCO DE RIOJA al punto  
que saltó de la nube en el navío.

A CRISTÓBAL DE MESA vi allí junto  
a los pies de Mercurio, dando tama  
a Apolo, siendo dél propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,

y dijo a voces: — La ciudad se muestra,  
que Jénova, del dios Jano, se llama.

— Déjesele la ciudad a la siniestra  
mano, dijo Mercurio; el bajel vaya,  
y siga su derrota por la diestra.

Hacer al Tíber vimos blanca raya  
dentro del mar, habiendo ya pasado  
la ancha romana y peligrosa playa.

De lejos vióse el aire condensado  
del humo que el Estrómbalo vomita,  
de azufre, y llamas, y de horror formado.

Huyen la isla infame y solícita  
el suave poniente, así el viaje  
que lo acorta, lo allana y facilita.

Vímonos en un punto en el paraje  
do la nutriz de Eneas piadoso  
hizo el forzoso y último pasaje.

Vimos desde allí a poco el más famoso  
monte que encierra en sí nuestro hemisfero,  
más gallardo a la vista y más hermoso.

Las cenizas de Tí tiro y Sincero  
están en él, y puede ser por esto  
nombrado entre los montes por primero.

Luego se descubrió donde echó el resto  
de su poder naturaleza amiga  
de formar de otros muchos un compuesto.

Vióse la pesadumbre sin fatiga  
de la bella Parténope, sentada  
a la orilla del mar, que sus pies liga,  
de castillos y torres coronada,  
por fuerte y por hermosa en igual grado

tenida, conocida y estimada.

Mandóme el del alígero calzado  
que me aprestase y fuese luego a tierra  
a dar a los LUPERCIOS un recado,

en que les diese cuenta de la guerra  
temida, y que a veni. les persuadiese  
al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.

—Señor, le respondí, si acaso hubiese  
otro que la embajada les llevase,  
que más grato a los dos hermanos fuese  
que yo no soy, sé bien que negociase  
mejor—. Dijo Mercurio: —No te entiendo,  
y has de ir antes que el tiempo más se pase.

—Que no me han de escuchar estoy temiendo,  
le repliqué, ya si el ir yo no importa,  
puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta  
que tienen para mí, a lo que imagino,  
la voluntad, como la vista, corta.

Que si esto así no fuera, este camino  
con tan pobre recámara no hiciera  
ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera  
de aquellas muchas que al partir me hicieron,  
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,  
mas podrá ser que ocupaciones nuevas  
les obligue a olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas  
que te podrán sacar el pie del lodo;  
parte, y excusa de hacer más pruebas.

—Ninguno, dijo, me hable dese modo,  
 que si me desembarco y los embisto,  
 voto a Dios que me traiga al Conde y todo  
 con estos dos famosos me enemisto,  
 que, habiendo levantado a la poesía  
 al buen punto en que está, como se ha visto,  
 quieren con perezosa tiranía  
 alzarse, como dicen, a su mano  
 con la ciencia que a ser divinos guía.

Por el solio de Apolo soberano  
 juro... y no digo más; y ardiendo en ira,  
 se echó a las barbas una y otra mano.

Y prosiguió diciendo: El DOTOR MIRA,  
 apostaré, si no lo manda el Conde,  
 que también en sus puntos se retira.

Señor galán, parezca; ¿a qué se esconde?  
 Pues a fe por llevarle, si él no gusta,  
 que ni le busque, aseche ni le ronde.

¿Es esta empresa acaso tan injusta  
 que se esquiven de hallar en ella cuantos  
 tienen conciencia limitada y justa?

¿Carece el cielo de poetas santos?  
 ¿Puesto que brote a cada paso el suelo  
 poetas, que lo son tantos y tantos?

¿No se oyen sacros himnos en el cielo?  
 ¿La arpa de David allá no suena,  
 causando nuevo accidental consuelo?

Fuera melindres, y cese la entena,  
 que llegue al tope—; y luego, obedeciendo,  
 fué de la chusma sobre buenas buena.

Poco tiempo pasó, cuando un ruido

se oyó, que los oídos atronaba,  
y era de perros áspero ladrido.

Mercurio se turbó; la gente estaba  
suspensa al triste son, y en cada pecho  
el corazón más válido temblaba.

En esto descubrióse el corto estrecho  
que Escila y que Caribdis espantosas  
tan temeroso con su furia han hecho.

—Estas olas que veis presuntuosas  
en visitar las nubes de continuo,  
y aun de tocar el cielo codiciosas,

venciólas el prudente peregrino  
amante de Calipso, al tiempo cuando  
hizo, dijo Mercurio, este camino.

Su prudencia nosotros imitando,  
echaremos al mar en que se ocupen,  
en tanto que el bajel pasa volando.

Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen  
al mísero que al mar ha de entregarse,  
seguro estoy que el paso desocupen.

Miren si puede en la galera hallarse  
algún poeta desdichado acaso,  
que a las fieras gargantas pueda darse. —

Buscáronle, y hallaron a LOFRASO,  
poeta militar, sardo, que estaba  
desmayado 2 un rincón marchito y laso;

que a sus diez libros de Fortuna andaba  
añadiendo otros diez, y el tiempo escoge  
que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda: —Al mar se arroje;  
vaya LOFRASO al mar sin resistencia.

—Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.

¿Cómo? ¿Y no será cargo de conciencia, y grande, echar al mar tanta poesía, puesto que aquí nos hunda su inclemencia?

Viva LOFRASO, en tanto que dé al día Apolo luz, y en tanto que los hombres tengan discreta alegre fantasía.

Tócante a ti, oh LOFRASO, los renombres y epítetos de agudo y de sincero, y gusto que mi cómitre te nombres. —

Esto dijo Mercurio al caballero, el cual en la crujía en pie se puso con un rebenque despiadado y fiero.

Creo que de sus versos le compuso, y no sé cómo fué, que en un momento (o ya el cielo, o LOFRASO lo dispuso)

salimos del estrecho a salvamento, sin arrojar al mar poeta alguno: tanto del sardo fué el merecimiento.

Mas luego otro peligro, otro importuno temor amenazó, si no gritara Mercurio, cual jamás gritó ninguno,

diciendo al timonero: —A orza, para, amáinese de golpe—; y todo a un punto se hizo, y el peligro se repara.

Estos montes que veis están tan juntos, son los que Acroceraunos son llamados, de infame nombre, como yo barrunto.

Asieron de los remos los honrados, los tiernos, los melifluos, los godescos, y los de a cantimplora acostumbrados.

Los fríos los asieron y los frescos;  
 asiéronlos también los calurosos,  
 y los de calzas largas y gregüescos.

Del sopraestante daño temerosos  
 todos a una la galera empujan  
 con flacos y con brazos poderosos.

Debajo del bajel se somurmujan  
 las sirenas que dél no se apartaron,  
 y a sí mismas en fuerza sobrepujan.

Y en un pequeño espacio la llevaron  
 a vista de Corfú, y a mano diestra  
 la isla inexpugnable se dejaron.

Y dando la galera a la siniestra,  
 discurría de Grecia las riberas,  
 adonde el cielo su hermosura muestra.

Mostrábanse las olas lisonjeras,  
 impeliendo el bajel suavemente,  
 como burlando con alegres veras.

Y luego al parecer por el oriente,  
 rayando el rubio sol nuestro horizonte  
 con rayas rojas, hebras de su frente,

gritó un grumete y dijo: — El monte, el monte;  
 el monte se descubre donde tiene  
 su buen rocín el gran Belorofonte.

Por el monte se arroja, y a pie viene  
 Apolo a recebirnos. — Yo lo creo,  
 dijo LOFRASO; ya llega a la Hipocrene.

Yo desde aquí columbro, miro y veo  
 que se andan solazando entre unas matas  
 las musas con dulcísimo recreo.

Unas antiguas son, otras novatas,

y todas con ligero paso y tardo  
andan las cinco en pie, las cuatro a gatas.

—Si tú tal vez, dijo Mercurio, oh sardo  
poeta, que me corten las orejas,  
o me tengan los hombres por bastardo.

Dime: ¿por qué algún tanto no te alejas  
de la ignorancia, pobretón, y adviertes  
lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes  
de recibir a Apolo cual se debe,  
por haber mejorado vuestras suertes?—

En esto, mucho más que el viento leve,  
bajó el lucido Apolo a la marina,  
a pie, porque en su carro no se atreve.

Quitó los rayos de la faz divina,  
mostróse en calzas y en jubón vistoso,  
porque dar gusto a todos determina.

Seguía-le detrás un numeroso  
escuadrón de doncellas bailadoras,  
aunque pequeñas, de ademán brioso.

Supe poco después que estas señoras,  
sanas las más, las menos mal paradas,  
las del tiempo y del sol eran las Horas.

Las medio rotas eran las menguadas;  
las sanas, las felices, y con esto  
eran todas en todo apresuradas.

Apolo luego con alegre gesto  
abrazó a los soldados, que esperaba  
para la alta ocasión que se ha propuesto.

Y no de un mismo modo acariciaba  
a todos, porque alguna diferencia

hacía con los que él más se alegraba.

Que a los de señoría y excelencia nuevos abrazos dió, razones dijo, en que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó a DON JUAN DE ARGUIJO, que no sé en qué, o cómo, o cuándo hizo tan áspero viaje y tan prolijo.

Con él a su deseo satisfizo Apolo y confirmó su pensamiento, mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho, pues, el sin par recibimiento, do se halló DON LUIS DE BARAHONA, llevado allí por su merecimiento,

del siempre verde lauro una corona le ofrece Apolo en su intención, y un vaso del agua de Castalia y de Helicon.

Y luego vuelve el majestoso paso, y el escuadrón pensado y de repente le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegóse, en fin, a la Castalia fuente, y en viéndola, infinitos se arrojaron sedientos al cristal de su corriente.

Unos no solamente se hartaron, sino que pies y manos y otras cosas algo más indecentes se lavaron.

Otros, más advertidos, las sabrosas aguas gustaron poco a poco, dando espacio al gusto, a pausas melindrosas.

El brindez y el caraos se puso en bando, porque los más de bruces, y no a sorbos, el suave licor fueron gustando.

De ambas manos hacían vasos corvos  
 otros, y algunos de la boca al agua  
 temían de hallar cien mil estorbos.

Poco a poco la fuente se desagua  
 y pasa en los estómagos bebientes,  
 y aun no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo: —Otras dos fuentes  
 aun quedan, Aganipe e Hipocrene,  
 ambas sabrosas, ambas excelentes;

cada cual de licor dulce y perene,  
 todas de calidad aumentativa  
 del alto ingenio que a gustarlas viene. —

Beben, y suben por el monte arriba,  
 por entre palmas, y entre cedros altos,  
 y entre árboles pacíficos de oliva.

De gusto llenos y de angustia faltos,  
 siguiendo a Apolo el escuadrón camina,  
 unos a pedicoj, otros a saltos.

Al pie sentado de una antigua encina  
 vi a ALONSO DE LEDESMA, componiendo  
 una canción angélica y divina.

Conocíle, y a él me fuí corriendo  
 con los brazos abiertos como amigo,  
 pero no se movió con el estruendo.

—¿No ves, me dijo Apolo, que consigo  
 no está LEDESMA ahora? ¿No ves claro  
 que está fuera de sí y está conmigo?

A la sombra de un mirto, al verde amparo,  
 JERÓNIMO DE CASTRO seesteaba,  
 varón de ingenio peregrino y raro.

Un motete imagino que cantaba

con voz süave; yo quedé admirado de verle allí, porque en Madrid quedaba.

Apolo me entendió, y dijo: —Un soldado como éste no era bien que se quedara entre el ocio y el sueño sepultado.

Yo le truje, y sé cómo; que a mi rara potencia no la impide otra ninguna, ni inconveniente alguno la repara.

En esto se llegaba a la oportuna hora, a mi parecer, de dar sustento al estómago pobre, y más si ayuna;

pero no le pasó por pensamiento a Delio, que el ejército conduce, satisfacer al mísero hambriento.

Primero a un jardín rico nos reduce, donde el poder de la Naturaleza y el de la industria más campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza menor; no le igualaron los Pensiles en sitio, en hermosura y en grandeza.

En su comparación se muestran viles los de Alcinoó, en cuyas alabanzas se han ocupado ingenios bien sotiles;

no sujeto del tiempo a las mudanzas, que todo el año primavera ofrece frutos en posesión, no en esperanzas.

Naturaleza y arte allí parece andar en competencia, y está en duda cuál vence de las dos, cuál más merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda, si le alaba la lengua más experta,

de adulación y de mentir desnuda.

Junto con ser jardín, era una huerta,  
un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,  
que en todos estos títulos concierta,

de tanta gracia y hermosura lleno,  
que una parte del cielo parecía  
el todo del bellísimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacía,  
y allí mandó que todos se sentasen  
a tres horas después de mediodía.

Y por que los asientos señalasen  
el ingenio y valor de cada uno,  
y unos con otros no se embarazasen,  
a despecho y pesar del importuno  
ambicioso deseo, les dió asiento  
en el sitio y lugar más oportuno.

Llegaban los laures casi a ciento,  
a cuya sombra y troncos se sentaron  
algunos de aquel número contento.

Otros los de las palmas ocuparon,  
de los mirtos y hiedras, y los robles  
también varios poetas albergaron.

Puesto que humildes, eran de los nobles  
los asientos cual troncos levantados,  
por que tú, oh envidia, aquí tu rabia dobles.

En fin, primero fueron ocupados  
los troncos de aquel ancho circuito,  
para honrar a poetas dedicados,

antes que yo en el número infinito  
hallase asiento; y así en pie quedéme  
despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí: ¿Es posible que se extreme  
en perseguirme la fortuna airada,  
que ofende a muchos y a ninguno teme?

Y volviéndome a Apolo, con turbada  
lengua le dije lo que oirá el que gusta  
saber, pues la tercera es acabada,  
la cuarta parte desta empresa justa.

#### CAPITULO IV

Suele la indignación componer versos;  
pero si el indignado es algún tonto,  
ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más sino que pronto  
me hallé para decir en tercia rima  
lo que no dijo el desterrado al Ponto.

Y así le dije a Delio: —No se estima,  
señor, del vulgo vano el que te sigue  
y al árbol sacro del laurel se arrimã.

La envidia y la ignorancia le persigue,  
y así, envidiado siempre y perseguido,  
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido  
con que al mundo la hermosa *Galatea*  
salió para librarse del olvido.

Soy por quien *la Confusa* nada fea  
pareció en los teatros admirable,  
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable  
he compuesto *Comedias* que en su tiempo

tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
al pecho melancólico y mohino  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino  
por do la lengua castellana puede  
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede  
a muchos, y al que falta en esta parte,  
es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce en la agradable poésia,  
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía  
por la región satírica, bajeza  
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,  
por honra principal de mis escritos:

*Voto a Dios, que me espanta esta grandeza.*

Yo he compuesto *Romances* infinitos,  
y el de los *Celos* es aquel que estimo  
entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo  
de verme solo en pie, sin que se aplique  
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique  
para dar a la estampa al gran *Persiles*,  
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,  
dispuestos en soneto de a docena,  
he honrado tres sujetos fregoniles.

También al par de *Filis* mi *Filena*  
resonó por las selvas, que escucharon  
más de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron  
mis esperanzas los ligeros vientos,  
que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,  
merced al Cielo que a tal bien me inclina,  
de toda adulación libres y exentos.

Nunca pongo los pies por do camina  
la mentira, la fraude y el engaño,  
de la santa virtud total ruina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,  
aunque por verme en pie como me veo,  
y en tal lugar, pondero así mi daño.

Con poco me contento, aunque deseo  
mucho—. A cuyas razones enojadas,  
con estas blandas respondió Timbreo:

--Vienen las malas suertes atrasadas,  
y toman tan de lejos la corriente,  
que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene a algunos de repente,  
a otros poco a poco y sin pensallo,  
y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo  
con maña, diligencia y con cordura,  
es no menor virtud que el granjeallo.

Tú mismo te has forjado tu ventura,  
y yo te he visto alguna vez con ella,  
pero en el imprudente poco dura.

Mas si quieres salir de tu querella,

alegre y no confuso, y consolado,  
dobla tu capa y siéntate sobre ella.

Que tal vez suele un venturoso estado,  
cuando le niega sin razón la suerte,  
honrar más merecido que alcanzado.

—Bien parece, señor, que no se advierte,  
le respondí, que yo no tengo capa.—

El dijo: —Aunque sea así, gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa  
y cubre su indecencia la estrechez,  
que exenta y libre de la envidia escapa.—

Incliné al gran consejo la cabeza;  
quedéme en pie, que no hay asiento bueno  
si el favor no le labra o la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno  
del honor que pensó se me debía,  
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día  
un nuevo resplandor, y el aire oyóse  
herir de una dulcísima armonía.

Y en esto por un lado descubrióse  
del sitio un escuadrón de ninfas bellas,  
con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin y por remate dellas  
una resplandeciendo, como hace  
el sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace  
ante ella, y ella sola resplandece  
sobre todas, y alegre y satisface.

Bien así semejaba cual se ofrece  
entre líquidas perlas y entre rosas

la aurora que despunta y amanece.

La rica vestidura, las preciosas joyas que la adornaban, competían con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían, en el gallardo brío y bello aspecto las artes liberales parecían.

Todas con amoroso y tierno afecto, con las ciencias más claras y escogidas, le guardaban santísimo respeto.

Mostraban que en servirla eran servidas, y que por su ocasión de todas gentes en más veneración eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes del mar y su profundo le mostraban, y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las hierbas su virtud la presentaban; los árboles, sus frutos y sus flores; las piedras, el valor que en sí encerraban.

El santo amor, castísimos amores; la dulce paz, su quietud sabrosa; la guerra amarga, todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa vía por donde el sol hace continuo su natural carrera y la forzosa.

La inclinación, oh fuerza del destino, y de qué estrellas consta y se compone, y cómo influye este planeta o sino,

todo lo sabe, todo lo dispone la santa hermosísima doncella, que admiración como alegría pone.

Preguntéle al parlero si en la bella  
ninfa alguna deidad se disfrazaba  
que fuese justo el adorar en ella;

porque en el rico adorno que mostraba,  
y en el gallardo ser que descubría,  
del cielo y no del suelo semejaba.

—Descubres, respondió, tu bobería,  
que ha que la tratas infinitos años,  
y no conoces que es la Pcësía.

—Siempre la he visto envuelta en pobres paños,  
le repliqué; jamás la vi compuesta  
con adornos tan ricos y tamaños;

parece que la he visto descompuesta,  
vestida de color de primavera  
en los días de cutio y los de fiesta.

—Esta, que es la Poësía verdadera,  
la grave, la discreta, la elegante,  
dijo Mercurio, la alta y la sincera,  
siempre con vestidura rozagante  
se muestra en cualquier acto que se halla,  
cuando a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla  
trovadora, maligna y trafalmeja,  
que en lo que más ignora menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
amiga de sonaja y morteruelo,  
que ni tabanco ni taberna deja.

No se alza dos ni aun un coto del suelo,  
grande amiga de bodas y bautismos,  
larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos parasismos;

no acierta a pronunciar, y, si pronuncia,  
absurdos hace y forma solecismos.

Baco donde ella está su gusto anuncia,  
y ella derrama en coplas el poleo,  
compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.

Pero aquesta que ves es el aseo,  
la gala de los cielos y la tierra,  
con quien tienen las musas su bureo;

ella abre los secretos y los cierra,  
toca y apunta de cualquiera ciencia  
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahinco su presencia,  
verás cifrada en ella la abundancia  
de lo que en bueno tiene la excelencia.

Moran con ella en una misma estancia  
la divina y moral filosofía,  
el estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día  
la noche, y en la noche más oscura  
el alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura,  
y le detiene; el pecho a furia incita,  
y le reduce luego a más blandura.

Por mitad del rigor se precipita  
de las lucientes armas contrapuestas,  
y da vitorias, y vitorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas  
sus sombras, y sus cantos los pastores,  
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,  
perlas el Sur, Sabea sus olores,  
el oro Tíber, Hibla su dulzura,

galas Milán, y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra do se apura lo provechoso, honesto y deleitable, partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable, que a veces toca en punto que suspenden, por tener no sé qué de inexcrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden los malos con su voz, y destos tales unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales, las líricas süaves, de manera que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera, es con tanta elegancia y artificio, que no castigo, sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio son sus acciones, dando al mundo en ellas de su alto ingenio y su bondad indicio.—

En esto estaba, cuando por las bellas ventanas de jazmines y de rosas, que Amor estaba a lo que entiendo en ellas, divisé seis personas religiosas, al parecer de honroso y grave aspeto, de luengas togas, limpias y pomposas.

Preguntéle a Mercurio:—¿Por qué efeto aquéllos no parecen y se encubren, y muestran ser personas de respeto?—

A lo que él respondió:—No se descubren por guardar el decoro al alto estado que tienen, y así el rostro todos cubren.

—¿Quién son, le repliqué, si es que te es dado decirlo?—Respondióme:—No por cierto, porque Apolo lo tiene así mandado.

—¿No son poetas?—Sí.—Pues yo no acierto a pensar por qué causa se desprecian de salir con su ingenio a campo abierto.

¿Para qué se embobecen y se anecian, escondiendo el talento que da el Cielo a los que más de ser suyos se precian?

Aquí del rey: ¿Qué es esto? ¿Qué recelo o celo les impide a no mostrarse sin miedo ante la turba vil del suelo?

¿Puede ninguna ciencia compararse con esta universal de la poesía, que límites no tiene de encerrarse?

Pues siendo esto verdad, saber querría entre los de la carda, ¿cómo se usa este miedo, o melindre, o hipocresía?

Hace monseñor versos, y rehusa que no se sepan, y él los comunica con muchos, y a la lengua ajena acusa.

Y más que, siendo buenos, multiplica la fama su valor, y al dueño canta con voz de gloria y de alabanza rica.

¿Qué mucho, pues, si no se le levanta testimonio a un pontífice poeta, que digan que lo es? Por Dios que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta, que si no se me dice quién son estos togados de bonete y de muceta,

que con trazas y modos descompuestos

tengo de reducir a behetría  
 estos tan sosegados y compuestos.

—Por Dios, dijo Mercurio, y a fe mía,  
 que no puedo decirlo, y si lo digo,  
 tengo de dar la culpa a tu porfía.

—Dilo, señor, que desde aquí me obligo  
 de no decir que tú me lo dijiste,  
 le dije, por la fe de buen amigo.—

El dijo:—No nos cayan en el chiste,  
 llégate a mí, dirételo al oído,  
 pero creo que hay más de los que viste.

Aquel que has visto allí del cuello erguido,  
 lozano, rozagante y de buen talle,  
 de honestidad y de valor vestido,  
 es el **DOTOR FRANCISCO SÁNCHEZ**; dalle  
 puede cual debe Apolo la alabanza,  
 que pueda sobre el Cielo levantalle.

Y aun más su famoso ingenio alcanza,  
 pues en las verdes hojas de sus días  
 nos da de santos frutos esperanza.

Aquel que en elevadas fantasías  
 y en éxtasis sabrosos se regala,  
 y tanto imita las acciones mías,

es el **MAESTRO ORENSE**, que la gala  
 se lleva de la más rara elocuencia  
 que en las aulas de Atenas se señala.

Su natural ingenio con la ciencia  
 y ciencias aprendidas le levanta  
 al grado que le nombra la excelencia.

Aquel de amarillez marchita y santa,  
 que le encubre de lauro aquella rama

y aquella hojosa y acopada planta,  
 FRAY JUAN BAPTISTA CAPATAZ se llama,  
 descalzo y pobre, pero bien vestido  
 con el adorno que le da la fama.

Aquel que del rigor fiero de olvido  
 libra su nombre con eterno gozo,  
 y es de Apolo y las musas bien querido,  
 anciano en el ingenio y nunca mozo,  
 humanista divino, es, según pienso,  
 el insigne DOTOR ANDRÉS DEL POZO.

Un licenciado de un ingenio inmenso  
 es aquél, y aunque en traje mercenario,  
 como a señor le dan las musas censo;

RAMÓN se llama, auxilio necesario  
 con que Delio se esfuerza y ve rendidas  
 las obstinadas fuerzas del contrario.

El otro, cuyas sienes ves ceñidas  
 con los brazos de Dafne en triunfo honroso,  
 sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.

En su ilustre teatro vitorioso  
 le nombra el cisne en canto no funesto,  
 siempre el primero como a más famoso.

A los donaires suyos echó el resto  
 con propiedades al gorrón debidas,  
 por haberlos compuesto o descompuesto.

Aquestas seis personas referidas,  
 como están en divinos puestos puestas  
 y en sacra religión constituídas,

tienen las alabanzas por molestas  
 que les dan por poetas, y holgarían  
 llevar la loa sin el nombre a cuestas.

—¿Por qué, le pregunté, señor, porfían los tales a escribir y dar noticia de los versos que paren y que crían?

También tiene el ingenio su codicia, y nunca la alabanza se desprecia: que al bueno se le debe de justicia.

Aquel que de poeta no se precia, ¿para qué escribe versos y los dice? ¿Por qué desdeña lo que más aprecia?

Jamás me contenté ni satisfice de hipócritas melindres. Llanamente quise alabanzas de lo que bien hice.

—Con todo, quiere Apolo que esta gente religiosa se tenga aquí secreta, dijo el dios que presume de elocuente.

Oyóse en esto el son de una corneta, y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera, que viene un gallardísimo poeta.

Volví la vista y vi por la ladera del monte un postillón y un caballero correr, como se dice, a la ligera.

Servía el postillón de pregonero, mucho más que de guía, a cuyas voces en pie se puso el escuadrón entero.

Preguntóme Mercurio:—¿No conoces quién es este gallardo, este brioso? Imagino que ya le reconoces.

—Bien, yo le respondí; que es el famoso gran DON SANCHO DE LEIVA, cuya espada y pluma harán a Delio venturoso.

Venceráse sin duda esta jornada

con tal socorro —; y en el mismo instante,  
cosa que parecía imaginada,

otro favor no menos importante  
para el caso temido se nos muestra,  
de ingenio y fuerzas, y valor bastante.

Una tropa gentil por la siniestra  
parte del monte descubrióse; ¡oh cielos,  
que dais de vuestra providencia muestral

Aquel discreto JUAN DE BASCONCELOS  
venía delante en un caballo bayo,  
dando a las musas lusitanas celos.

Tras él el CAPITÁN PEDRO TAMAYO  
venía, y, aunque enfermo de la gota,  
fué al enemigo asombro, fué desmayo.

Que por él se vió en fuga, y puesto en rota;  
que en los dudosos trances de la guerra  
su ingenio admira y su valor se nota.

También llegaron a la rica tierra,  
puestos debajo de una blanca seña,  
por la parte derecha de la sierra,

otros, de quien tomó luego reseña  
Apolo; y era dellos el primero  
el joven DON FERNANDO DE LODEÑA,  
poeta primerizo, insigne empero,  
en cuyo ingenio Apolo deposita  
sus glorias para el tiempo venidero.

Con majestad real, con inaudita  
pompa llegó, y al pie del monte para  
quien los bienes del monte solicita:

el LICENCIADO fué JUAN DE VERGARA  
el que llegó, con quien la turba ilustre

en sus vecinos medios se repara.

De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,  
si no, dígalo el santo bien partido,  
y su fama la misma envidia ilustre.

Con él fué con aplauso recibido  
el docto JUAN ANTONIO DE HERRERA,  
que puso en fil el desigual partido.

¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,  
sino con puro afecto en grande exceso,  
dos que llegaron a alabar pudiera!

Pero no es de mis hombros este peso.  
Fueron los que llegaron los famosos,  
los dos maestros CALVO y VALDIVIESO.

Luego se descubrió por los undosos  
llanos del mar una pequeña barca  
impelida de remos presurosos;

llegó, y al punto della desembarca  
el gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA  
en compañía de DON DIEGO ABARCA,  
sujetos dinos de incesable loa;  
y DON DIEGO JIMÉNEZ Y DE ENCISO  
dió un salto a tierra desde la alta proa.

En estos tres la gala y el aviso  
cifró cuanto de gusto en sí contienen,  
como su ingenio y obras dan aviso.

Con JUAN LÓPEZ DEL VALLE otros dos vienen  
juntos allí, y es PAMONES el uno,  
con quien las musas ojeriza tienen,  
porque pone sus pies por do ninguno  
los puso, y con sus nuevas fantasías  
mucho más que agradable es importuno.

De lejas tierras por incultas vías  
llegó el bravo irlandés DON JUAN BATEO,  
Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.

Vuelvo la vista, a MANTUANO veo,  
que tiene al gran Velasco por Mecenas,  
y ha sido acertadísimo su empleo.

Dejarán estos dos en las ajenas  
tierras, como en las propias, dilatados  
sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.

Por entre dos fructíferos collados  
(¿habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)  
de palmas y laureles coronados,

el grave aspecto del ABAD MALUENDA  
pareció, dando al monte luz y gloria  
y esperanzas de triunfo en la contienda.

Pero ¿de qué enemigos la vitoria  
no alcanzará un ingenio tan florido  
y una bondad tan digna de memoria?

DON ANTONIO GENTIL DE VARGAS, pido  
espacio para verte, que llegaste  
de gala y arte y de valor vestido;

y aunque de patria ginovés, mostraste  
ser en las musas castellanas doto,  
tanto que al escuadrón todo admiraste.

Desde el indio apartado del remoto  
mundo llegó mi amigo MONTESDOCA,  
y el que anudó de Arauco el nudo roto.

Dijo Apolo a los dos: —A entrambos toca  
defender esta vuestra rica estancia  
de la canalla de vergüenza poca.

La cual de error armada y de arrogancia

quiere canonizar y dar renombre  
inmortal y divino a la ignorancia;

que tanto puede la afición que un hombre  
tiene a sí mismo, que, ignorante siendo,  
de buen poeta quiere alcanzar nombre.—

En esto, otro milagro, otro estupendo  
prodigio se descubre en la marina,  
que en pocos versos declarar pretendo.

Una nave a la tierra tan vecina  
llegó, que desde el sitio donde estaba  
se ve cuanto hay en ella y determina.

De más de cuatro mil salmas pasaba,  
que otros suelen llamarlas toneladas,  
ancha de vientre y de estatura brava:

así como las naves que cargadas  
llegan de la oriental India a Lisboa,  
que son por las mayores estimadas,

ésta llegó desde la popa a proa  
cubierta de poetas, mercancía  
de quien hay saca en Calicut y en Goa.

Tomóle al rojo dios alferecía  
por ver la muchedumbre impertinente  
que en socorro del monte le venía.

Y en silencio rogó devotamente  
que el vaso naufragase en un momento  
al que gobierna el húmido tridente.

Uno de los del número, hambriento,  
se puso en esto al borde de la nave,  
al parecer mohino y mal contento;

y en voz que ni de tierna ni süave  
tenía un solo adarme, gritando

(dijo tal vez colérico, y tal grave)

lo que impaciente estuve yo escuchando,  
 porque vi sus razones ser saetas  
 que iban mi alma y corazón clavando:

—Oh tú, dijo, traidor, que los poetas  
 canonizaste de la larga lista,  
 por causas y por vías indirectas:

¿dónde tenías, Magances, la vista  
 aguda de tu ingenio, que así ciego  
 fuiste tan mentiroso coronista?

Yo te confieso, oh bárbaro, y no niego  
 que algunos de los muchos que escogiste  
 sin que el respeto te forzase o el ruego,

en el debido punto los pusiste;  
 pero con los demás, sin duda alguna,  
 pródigo de alabanzas anduviste.

Has alzado a los cielos la fortuna  
 de muchos que en el centro del olvido,  
 sin ver la luz del sol ni de la luna,  
 yacían; ni llamado ni escogido  
 fué el gran pastor de Iberia, el gran BERNARDO  
 que DE LA VEGA tiene el apellido.

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,  
 y a las ninfas de Henares y pastores  
 como a enemigo les tiraste un dardo.

Y tienes tú poetas tan peores  
 que éstos en tu rebaño, que imagino  
 que han de sudar si quieren ser mejores.

Que si este agravio no me turba el tino,  
 siete trovistas desde aquí diviso,  
 a quien suelen llamar de torbellino,

con quien la gala, discreción y aviso tienen poco que ver, y tú los pones dos leguas más allá del paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones tuyas te han de salir al rostro un día si más no te medidas y compones. —

Esta amenaza y gran descortesía mi blando corazón llenó de miedo y dió al través con la paciencia mía.

Y volviéndome a Apolo con denuedo mayor del que esperaba de mis años, con voz turbada y con semblante acedo

le dije: —Con bien claros desengaños descubro que el servirte me granjea presentes miedos de futuros daños.

Haz, oh señor, que en público se lea la lista que Cilenio llevó a España, por que mi culpa poca aquí se vea.

Si tu deidad en escoger se engaña, y yo sólo aprobé lo que él me dijo, ¿por qué este simple contra mí se ensaña?

Con justa causa y con razón me aflijo de ver cómo estos bárbaros se inclinan a tenerme en temor duro y prolijo.

Unos, porque los puse me abominan; otros, porque he dejado de ponellos de darme pesadumbre determinan.

Yo no sé cómo me avendré con ellos; los puestos se lamentan, los no puestos gritan, yo tiemblo déstos y de aquéllos.

Tú, señor, que eres dios, dales los puestos

que piden sus ingenios; llama y nombra los que fueren más hábiles y prestos.

Y porque el turbio miedo que me asombra no me acabe, acabada esta contienda, cúbreme con tu manto y con tu sombra.

O ponme una señal por do se entienda que soy hechura tuya y de tu casa, y así no habrá ninguno que me ofenda.

—Vuelve la vista y mira lo que pasa—, fué de Apolo enojado la respuesta, que ardiendo en ira el corazón le abrasa.

Volvíla, y vi la más alegre fiesta, y la más desdichada y compasiva que el mundo vió, ni aun la verá cual ésta.

Mas no se espere que yo aquí la escriba, sino en la parte quinta, en quien espero cantar con voz tan entonada y viva, que piensen que soy cisne y que me muero.

## CAPITULO V

Oyó el señor del húmido tridente las plegarias de Apolo, y escuchólas con alma tierna y corazón clemente.

Hizo de ojo y dió del pie a las olas, y sin que lo entendiesen los poetas, en un punto hasta el cielo levantólas.

Y él por ocultas vías y secretas se agazapó debajo del navío, y usó con él de sus traidoras tretas.

Hirió con el tridente en lo vacío  
del buco, y el estómago le llena  
de un copioso corriente amargo río.

Advertido el peligro, al aire suena  
una confusa voz, la cual resulta  
de otras mil que el temor forma y la pena.

Poco a poco el bajel pobre se oculta  
en las entrañas del cerúleo y cano  
vientre, que tantas ánimas sepulta.

Suben los llantos por el aire vano  
de aquellos miserables, que suspiran  
por ver su irreparable fin cercano.

Trepan y suben por las jarcias, miran  
cuál del navío es el lugar más alto,  
y en él muchos se apiñan y retiran.

La confusión, el miedo, el sobresalto  
les turba los sentidos, que imaginan  
que desta a la otra vida es grande el salto.

Con ningún medio ni remedio atinan;  
pero creyendo dilatar su muerte,  
algún tanto a nadar se determinan.

Saltan muchos al mar de aquella suerte  
que al charco de la orilla saltan ranas  
cuando el miedo o el ruido las advierte.

Hienden las olas del romperse canas,  
menudean las piernas y los brazos,  
aunque enfermos están y ellas no sanas.

Y en medio de tan grandes embarazos,  
la vista ponen en la amada orilla,  
deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien que la fatal cuadrilla,

antes que allí, holgara de hallarse  
en el Compás famoso de Sevilla.

Que no tienen por gusto el ahogarse,  
discreta gente al parecer en esto;  
pero valióles poco el esforzarse;

que el padre de las aguas echó el resto  
de su rigor, mostrándose en su carro  
con rostro airado y ademán funesto.

Cuatro delfines, cada cual bizarro,  
con cuerdas hechas de tejidas ovas  
le tiraban con furia y con desgarró.

Las ninfas en sus húmidas alcobas  
sienten tu rabia, oh vengativo nume,  
y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta que presume  
llegar a la ribera defendida,  
sus ayes pierde y su tesón consume;

que su corta carrera es impelida  
de las agudas puntas del tridente,  
entonces fiero y áspero homicida.

¡Quién ha visto muchacho diligente  
que en goloso a sí mismo sobrepuja,  
que no hay comparación más conveniente,

picar en el sombrero la granuja,  
que el hallazgo le puso allí o la sisa,  
con punta alfileresca, o ya de aguja!

Pues no con menor gana, o menor prisa,  
poetas ensartaba el nume airado  
con gusto infame y con dudosa risa.

En carro de cristal venía sentado,  
la barba luenga y llena de marisco,

con dos gruesas lampreas coronado.

Hacían de sus barbas firme aprisco  
la almeja, el morsillón, pulpo y cangrejo,  
cual le suelen hacer en peña o risco.

Era de aspecto venerable y viejo;  
de verde, azul y plata era el vestido,  
robusto al parecer y de buen rejo;

aunque como enojado, denegrado  
se mostraba en el rostro; que la saña  
así turba el color como el sentido.

Airado contra aquellos más se ensaña  
que nadan más, y sádeles al paso,  
juzgando a gloria tan cobarde hazaña.

En esto, ¡oh nuevo y milagroso caso,  
dino de que se cuente poco a poco  
y con los versos de Torcato Taso!

Hasta aquí no he invocado, ahora invoco  
vuestro favor, ¡oh musas!, necesario  
para los altos puntos en que toco.

Descerrajad vuestro más rico almarío,  
y el aliento me dad que el caso pide,  
no humilde, no ratero ni ordinario.

Las nubes hiende, el aire pisa y mide  
la hermosa Venus Acidalia, y baja  
del cielo, que ninguno se lo impide.

Traía vestida de pardilla raja  
una gran saya entera, hecha al uso,  
que le dice muy bien, cuadra y encaja.

Luto que por su Adoniś se le puso  
luego que el gran colmillo del berraco  
a atravesar sus ingles se dispuso.

A fe que si el mocito fuera Maco,  
que él guardara la cara al colmilludo,  
que dió a su vida y su belleza saco.

Oh valiente garzón, más que sesudo,  
¿cómo estando avisado, tu mal tomas,  
entrando en trance tan horrendo y crudo?

En esto las mansísimas palomas  
que el carro de la diosa conducían  
por el llano del mar y por las lomas,  
por unas y otras partes discurrían,  
hasta que con Neptuno se encontraron,  
que era lo que buscaban y querían.

Los dioses que se ven, se respetaron,  
y haciendo sus zalemas a lo moro,  
de verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,  
y procuró Ciprinia en aquel punto  
mostrar de su belleza el gran tesoro.

Ensancho el verdugado, y dióle el punto  
con ciertos puntapiés que fueron coces  
para el dios que las vió y quedó difunto.

Un poeta llamado DON QUINCOCES  
andaba semivivo en las saladas  
ondas, dando gemidos y no voces.

Con todo dijo en mal articuladas  
palabras: — Oh señora, la de Pafo,  
y de las otras dos islas nombradas,  
muévate a compasión el verme gafo  
de pies y manos, y que ya me ahogo  
en otras linfas que las del Garrafo.

Aquí será mi pira, aquí mi rogo,

aquí será QUINCOCES sepultado,  
que tuvo en su crianza pedagogo.—

Esto dijo el mezquino; esto escuchado  
fué de la diosa con ternura tanta,  
que volvió a componer el verdugado.

Y luego en pie y piadosa se levanta,  
y poniendo los ojos en el viejo,  
desembudó la voz de la garganta,

y con cierto desdén y sobrecejo,  
entre enojada y grave y dulce, dijo  
lo que al húmido dios tuvo perplejo.

Y aunque no fué su razonar prolijo,  
todavía le trujo a la memoria  
hermano de quién era y de quién hijo.

Representóle cuán pequeña gloria  
era llevar de aquellos miserables  
el triunfo infausto y la crüel vitoria.

El dijo:—Si los hados inmutables  
no hubieran dado la fatal sentencia  
destos en su ignorancia siempre estables,  
una brizna no más de tu presencia  
que viera yo, bellísima señora,  
fuera de mi rigor la resistencia.

Mas ya no puede ser, que ya la hora  
llegó donde mi blanda y mansa mano  
ha de mostrar que es dura y vencedora.

Que éstos de proceder siempre inhumano,  
en sus versos han dicho cien mil veces,  
azotando las aguas del mar cano:

—Ni azotando ni viejo me pareces,  
replicó Venus—; y él le dijo a ella:

—Puesto que me enamoras, no enterneces;  
que de tal modo la fatal estrella  
influye destos tristes, que no puedo  
dar felice despacho a tu querella.

Del querer de los hados sólo un dedo  
no me puedo apartar, ya tú lo sabes;  
ellos han de acabar, y ha de ser cedo.

—Primero acabarás que los acabes,  
le respondió madama, la que tiene  
de tantas voluntades puerta y llaves;  
que aunque el hado feroz su muerte ordene  
el modo no ha de ser a tu contento,  
que muchas muertes el morir contiene.—

Turbóse en esto el líquido elemento,  
de nuevo renovóse la tormenta,  
sopló más vivo y más apriesa el viento.

La hambrienta mesnada, y no sedienta,  
se rinde al huracán recién venido,  
y por más no penar muere contenta.

¡Oh raro caso y por jamás oído  
ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas  
de la gran reina obedecida en Guido!

En un instante, el mar de calabazas  
se vió cuajado, algunas tan potentes,  
que pasaban de dos y aun de tres brazas.

También hinchados odres y valientes,  
sin deshacer del mar la blanca espuma,  
nadaban de mil talles diferentes.

Esta trasmutación fué hecha, en suma,  
por Venus de los lánguidos poetas,  
porque Neptuno hundirlos no presuma.

El cual le pidió a Febo sus saetas,  
cuya arma arrojadiza desde aparte  
a Venus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo; y veis do parte  
enojado el vejón con su tridente,  
pensándolos pasar de parte a parte;  
mas éste se resbala, aquél no siente  
la herida, y dando esguince se desliza,  
y él queda de la cólera impaciente.

En esto Bóreas su furor atiza,  
y lleva antecogida la manada,  
que con la de los cerdos simboliza.

Pidióselo la diosa aficionada  
a que vivan poetas zarabandos,  
de aquellos de la seta almidonada;  
de aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,  
de los que por momentos se dividen  
en varias setas y en contrarios bandos.

Los contrapuestos vientos se comiden  
a complacer la bella rogadora,  
y con un solo aliento la mar miden;  
llevando la pñara gruñidora  
en calabazas y odres convertida,  
a los reinos contrarios del aurora.

Desta dulce semilla referida,  
España, verdad cierta, tanto abunda,  
que es por ella estimada y conocida.

Que aunque en armas y en letras es fecunda  
más que cuantas provincias tiene el suelo,  
su gusto en parte en tal semilla funda.

Después desta mudanza que hizo el Cielo,

o Venus, o quien fuese, que no importa  
guardar puntualidad como yo suelo,

no veo calabaza, o luenga o corta,  
que no imagine que es algún poeta  
que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

Pues que cuando veo un cuero (¡oh mal discreta  
y vana fantasía, así engañada,  
que a tanta liviandad estás sujeta!)

pienso que el piezgo de la boca atada  
es la faz del poeta, transformado  
en aquella figura mal hinchada.

Y cuando encuentro algún poeta honrado,  
digo poeta firme y valedero,  
hombre vestido bien y bien calzado,

luego se me figura ver un cuero,  
o alguna calabaza, y desta suerte  
entre contrarios pensamientos muero;

y no sé si lo yerre o si lo acierte  
en que a las calabazas y a los cueros  
y a los poetas trate de una suerte.

Cernícalos que son lagartijeros  
no esperen de gozar las preeminencias  
que gozan gavilanes no pecheros.

Puestas en paz ya las diferencias  
de Delio, y los poetas transformados  
en tan vanas y huecas apariencias,

los mares y los vientos sosegados,  
sumergiósese Neptuno mal contento  
en sus palacios de cristal labrados.

Las mansísimas aves por el viento  
volaron, y a la bella Cipriana

pusieron en su reino a salvamento.

Y en señal que del triunfo quedó ufana,  
lo que hasta allí nadie acabó con ella,  
del luto se quitó la saboyana,

quedando en cueros tan briosa y bella,  
que se supo después que Marte anduvo  
todo aquel día y otros dos tras ella.

Todo el cual tiempo el escuadrón estuvo  
mirando atento la fatal ruina  
que la canalla transformada tuvo.

Y viendo despejada la marina,  
Apolo, del socorro mal venido,  
de dar fin al gran caso determina.

Pero en aquel instante un gran ruido  
se oyó, con que la turba se alborozaba  
y pone vista alerta y presto oído.

Y era quien le formaba una carroza  
rica, sobre la cual venía sentado  
el grave DON LORENZO DE MENDOZA,  
de su felice ingenio acompañado,  
de su mucho valor y cortesía,  
joyas inestimables, adornado.

PEDRO JUAN DE REJAULE le seguía  
en otro coche, insigne valenciano  
y grande defensor de la poesía.

Sentado viene a su derecha mano  
JUAN DE SOLÍS, mancebo generoso,  
de raro ingenio, en verdes años cano.

Y JUAN DE CARVAJAL, doctor famoso,  
les hace tercio, y no por ser pesado  
dejan de hacer su curso presuroso.

Porque el divino ingenio al levantado  
 valor de aquestos tres que el coche encierra,  
 no hay impedirle monte ni collado.

Pasan volando la empinada sierra,  
 las nubes tocan, llegan casi al cielo,  
 y alegres pisan la famosa tierra.

Con este mismo honroso y grave celo,  
 BARTOLOMÉ DE MOLA y GABRIEL LASO  
 llegaron a tocar del monte el suelo.

Honra las altas cimas de Parnaso  
 DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,  
 y por ellas alegre tiende el paso.

A cuyo ingenio y sin igual renombre  
 toda ciencia se inclina y le obedece,  
 y le levanta a ser más que de hombre.

Dilátanse las sombras, y descrece  
 el día, y de la noche el negro manto  
 guarnecido de estrellas aparece.

Y el escuadrón que había esperado tanto  
 en pie, se rinde al sueño perezoso  
 de hambre y sed, y de mortal quebranto.

Apolo entonces poco luminoso,  
 dando hasta los antípodas un brinco,  
 siguió su accidental curso forzoso.

Pero primero licenció a los cinco  
 poetas titulados a su ruego,  
 que lo pidieron con extraño ahinco,

por parecerles risa, burla y juego  
 empresas semejantes; y así, Apolo  
 condescendió con sus deseos luego;

que es el galán de Dafne único y solo

en usar cortesía sobre cuantos  
descubre el nuestro y el contrario polo.

Del lóbrego lugar de los espantos  
sacó su hisopo el lánguido Morfeo,  
con que ha rendido y embocado a tantos.

Y del licor que dicen que es Leteo,  
que mana de la fuente del Olvido,  
los párpados bañó a todos arreo.

El más hambriento se quedó dormido;  
dos cosas repugnantes, hambre y sueño,  
privilegio a poetas concedido.

Yo quedé, en fin, dormido como un leño,  
llena la fantasía de mil cosas,  
que de contallas mi palabra empeño,  
por más que sean en sí dificultosas.

## CAPITULO VI

De una de tres causas los ensueños  
se causan, o los sueños, que este nombre  
les dan los que del bien hablar son dueños.

Primera, de las cosas de que el hombre  
trata más de ordinario; la segunda  
quiere la medicina que se nombre

del humor que en nosotros más abunda;  
toca en revelaciones la tercera,  
que en nuestro bien más que las dos redunda.

Dormí, y soñé, y el sueño la tercera  
causa le dió principio suficiente  
a mezclar el ahito y la dentera.

Sueña el enfermo a quien la fiebre ardiente  
 abrasa las entrañas que en la boca  
 tiene de las que ha visto alguna fuente.

Y el labio al fugitivo cristal toca,  
 y el dormido consuelo imaginado  
 crece el deseo, y no la sed apoca.

Pelea el valentísimo soldado  
 dormido casi al modo que despierto  
 se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante a su concierto,  
 y en la imaginación dormido llega  
 sin padecer borrasca a dulce puerto.

El corazón el avariento entrega  
 en la mitad del sueño a su tesoro,  
 que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el común decoro  
 en las cosas dormidas y despiertas,  
 pues no soy troglodita ni soy moro,

de par en par del alma abrí las puertas,  
 y dejé entrar al sueño por los ojos  
 con premisas de gloria y gusto ciertas.

Gocé durmiendo cuatro mil despojos,  
 que los conté sin que faltase alguno,  
 de gustos que acudieron a manojos.

El tiempo, la ocasión, el oportuno  
 lugar correspondían al efeto,  
 juntos y por sí solo cada uno.

Dos horas dormí y más a lo discreto,  
 sin que imaginaciones ni pavores  
 el cerebro tuviesen inquieto.

La suelta fantasía entre mil flores

me puso de un pradillo, que exhalaba de Pancaya y Sabea los olores.

El agradable sitio se llevaba tras sí la vista, que, durmiendo, viva mucho más que despierta se mostraba.

Palpable vi, mas no sé si lo escriba, que a las cosas que tienen de imposibles siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.

Las que tienen vislumbre de posibles, de dulces, de süaves y de ciertas, explican mis borriones apacibles.

Nunca a disparidad abre las puertas mi corto ingenio, y hállalas contino de par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo puede agradar un desatino si no es que de propósito se hace, mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface cuando verdad parece y está escrita con gracia que al discreto y simple aplace.

Digo, volviendo al cuento, que infinita gente vi discurrir por aquel llano, con algazara placentera y grita; con hábito decente y cortesano algunos, a quien dió la hipocresía vestido pobre, pero limpio y sano.

Otros de la color que tiene el día cuando la luz primera se aparece entre las trenzas de la aurora fría.

La variada primavera ofrece de sus varias colores la abundancia,

con que a la vista el gusto alegre crece.

La prodigalidad, la exorbitancia  
campean juntas por el verde prado  
con galas que descubren su ignorancia.

En un trono del suelo levantado  
(do el arte a la materia se adelanta,  
puesto que de oro y de marfil labrado)

una doncella vi, desde la planta  
del pie hasta la cabeza así adornada,  
que el verla admira y el oírla encanta.

Estaba en él con majestad sentada,  
giganta al parecer en la estatura,  
pero, aunque grande, bien proporcionada.

Parecía mayor su hermosura  
mirada desde lejos, y no tanto  
si de cerca se ve su compostura;

lleno de admiración, colmo de espanto,  
puse en ella los ojos, y vi en ella  
lo que en mis versos desmayados canto.

Yo no sabré afirmar si era doncella,  
aunque he dicho que sí, que en estos casos  
la vista más aguda se atropella.

Son por la mayor parte siempre escasos  
de razón los juicios maliciosos  
en juzgar rotos los enteros vasos.

Altaneros sus ojos y amorosos  
se mostraban con cierta mansedumbre,  
que los hacía en todo extremo hermosos.

Ora fuese artificio, ora costumbre,  
los rayos de su luz tal vez crecían,  
y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas a sus lados asistían,  
de tan gentil donaire y apariencia,  
que, miradas, las almas suspendían.

De la del alto trono en la presencia  
desplegaban sus labios en razones  
ricas en suavidad, pobres en ciencia.

Levantaban al cielo sus blasones,  
que estaban, por ser pocos o ningunos,  
escritos del olvido en los borrones.

Al dulce murmurar, al oportuno  
razonar de las dos, la del asiento  
que en belleza jamás le igualó alguno,

luego se puso en pie, y en un momento  
me pareció que dió con la cabeza  
más allá de las nubes, y no miento;

y no perdió por esto su belleza,  
antes mientras más grande, se mostraba  
igual su perfección a su grandeza;

los brazos de tal modo dilatava,  
que de do nace a donde muere el día  
los opuestos extremos alcanzava.

La enfermedad llamada hidropesía  
así le hincha el vientre, que parece  
que todo el mar caber en él podía.

Al modo destas partes así crece  
toda su compostura; y no por esto,  
cual dije, su hermosura desfallece.

Yo, atónito, esperaba ver el resto  
de tan grande prodigio, y diera un dedo  
por saber la verdad segura, y presto.

Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo

al oído me habló, y me dijo: — Espera, que yo decirte lo que quieres puedo.

Esta que ves, que crece de manera que apenas tiene ya lugar do quepa, y aspira en la grandeza a ser primera;

esta que por las nubes sube y trepa hasta llegar al cerco de la luna (puesto que el modo de subir no sepa),

es la que, confiada en su fortuna, piensa tener de la inconstante rueda el eje quedo y sin mudanza alguna.

Esta que no halla mal que le suceda, ni le teme, atrevida y arrogante, pródiga siempre, venturosa y leda,

es la que con disinio extravagante dió en crecer poco a poco hasta ponerse, cual ves, en éstatura de gigante.

No deja de crecer por no atreverse a emprender las hazañas más notables, adonde puedan sus extremos verse.

¿No has oído decir los memorables arcos, anfiteatros, templos, baños, termas, pórticos, muros admirables,

que, a pesar y despecho de los años, aun duran sus reliquias y entereza, haciendo al tiempo y a la muerte engaños? —

Yo respondí: — Por mí ninguna pieza desas que has dicho, de jo de tenella clavada y remachada en la cabeza.

Tengo el sepulcro de la viuda bella, y el coloso de Rodas allí junto,

y la lanterna que sirvió de estrella.

Pero vengamos de quién es al punto ésta, que lo deseo. — Haráse luego, me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: — A no estar ciego, hubieras visto ya quién es la dama; pero, en fin, tienes el ingenio lego.

Esta que hasta los cielos se encarama, preñada, sin saber cómo, del viento, es hija del Deseo y de la Fama.

Esta fué la ocasión y el instrumento en todo y parte de que el mundo viese no siete maravillas, sino ciento.

Corto número es ciento; aunque dijese cien mil y más millones, no imagines que en la cuenta del número excediese.

Esta condujo a memorables fines edificios que asientan en la tierra y tocan de las nubes los confines.

Esta tal vez ha levantado guerra donde la paz süave reposaba, que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba el atrevido fuerte brazo y fiero, ésta el incendio horrible resfriaba.

Esta arrojó al romano caballero en el abismo de la ardiente cueva, de limpio armado y de luciente acero.

Esta tal vez con maravilla nueva (de su ambiciosa condición llevada) mil imposibles atrevida prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada  
Citia lleva la fama su memoria,  
en grandiosas obras dilatada.

En fin, ella es la altiva Vanagloria,  
que en aquellas hazañas se entremete  
que llevan de los siglos la vitoria.

Ella misma a sí misma se promete  
triunfos y gustos, sin tener asida  
a la calva Ocasión por el copete.

Su natural sustento, su bebida,  
es aire, y así crece en un instante  
tanto, que no hay medida a su medida.

Aquellas dos del plácido semblante  
que tiene a sus dos lados, son aquellas  
que sirven a la máquina de Atlante.

Su delicada voz, sus luces bellas,  
su humildad aparente, y las lozanas  
razones, que el amor se cifra en ellas,  
las hacen más divinas que no humanas,  
y son (con paz escucha y con paciencia)  
la Adulación y la Mentira, hermanas.

Estas están contino en su presencia,  
palabras ministrándole al oído  
que tienen de prudentes apariencia.

Y ella, cual ciega del mejor sentido,  
no ve que entre las flores de aquel gusto  
el áspid ponzoñoso está escondido.

Y así, arrojada con deseo injusto,  
en cristalino vaso prueba y bebe  
el veneno mortal, sin ningún susto.

Quien más presume de advertido pruebe

a dejarse adular, verá cuán presto  
pasa su gloria como el viento leve. —

Esto escuché, y en escuchando a questo,  
dió un estampido tal la Gloria vaná,  
que dió a mi sueño fin dulce y molesto.

Y en esto descubrióse la mañana,  
vertiendo perlas y esparciendo flores,  
lozana en vista y en virtud lozana.

Los dulces pequeñuelos ruseñores  
con cantos no aprendidos le decían,  
enamorados della, mil amores.

Los silgueros el canto repetían,  
y las diestras calandrias entonzaban  
la música que todos componían.

Unos del escuadrón priesa se daban  
por que no los hallase el dios del día  
en los forzosos actos en que estaban.

Y luego se asomó su señoría,  
con una cara de tudesco roja,  
por los balcones de la aurora fría.

En parte gorda, en parte flaca y floja,  
como quien teme el esperado trance  
donde verse vencido se le antoja.

En propio toledano y buen romance  
les dió los buenos días cortésmente,  
y luego se aprestó al forzoso lance.

Y encima de un peñasco puesto enfrente  
del escuadrón, con voz sonora y grave  
esta oración les hizo de repente:

—¡Oh espíritus felices, donde cabe  
la gala del decir, la sutileza

de la ciencia más docta que se sabe;  
 donde en su propia natural belleza  
 asiste la hermosa poësía  
 entera de los pies a la cabeza!

No consintáis, por vida vuestra y mía  
 (mirad con qué llaneza Apolo os habla),  
 que triunfe esta canalla que porfía.

Esta canalla, digo, que se endiabla,  
 que por darles calor su muchedumb-re,  
 ya su ruina, o ya la nuestra entabla.

Vosotros de mis ojos gloria y lumbre,  
 faroles do mi luz de asiento mora,  
 ya por naturaleza o por costumbre,  
 ¿habéis de consentir que esta embaidora,  
 hipócrita gentalla se me atreva,  
 de tantas necedades inventora?

Haced famosa y memorable prueba  
 de vuestro gran valor en este hecho,  
 que a su castigo y vuestra gloria os lleva.

De justa indignación armad el pecho,  
 acometed intrépidos la turba,  
 ociosa, vagamunda y sin provecho.

No se os dé nada, no se os dé una burba  
 (moneda berberisca, vil y baja)  
 de aquesta gente, que la paz nos turba.

El son de más de una templada caja,  
 y el del pífaro triste, y la trompeta  
 que la cólera sube y flema abaja,

así os incite con virtud secreta,  
 que despierte los ánimos dormidos  
 en la fación que tanto nos aprieta.

Ya retumba, ya llega a mis oídos  
del escuadrón contrario el rumor grande,  
formado de confusos alaridos.

Ya es menester, sin que os lo ruegue o mande,  
que cada cual, como guerrero experto,  
sin que por su capricho se desmande,  
la orden guarde y militar concierto,  
y acuda a su deber como valiente  
hasta quedar o vencedor o muerto.

En esto por la parte de Poniente  
pareció el escuadrón casi infinito  
de la bárbara, ciega y pobre gente.

Alzan los nuestros al momento un grito  
alegre, y no medroso; y gritan: arma;  
arma resuena todo aquel distrito;  
y aunque mueran, correr quieren al arma.

## CAPITULO VII

Tú, belígera musa, tú, que tienes  
la voz de bronce y de metal la lengua,  
cuando a cantar del tiero Marte vienes;  
tú, por quien se aniquila siempre y mengua  
el gran género humano; tú, que puedes  
sacar mi pluma de ignorancia y mengua;  
tú, mano rota y larga de mercedes,  
digo en hacellas; una aquí te pido,  
que no hará que menos rica quedes.

La soberbia y maldad, el atrevido  
intento de una gente mal mirada,

ya se descubre con mortal ruido.

Dame una voz al caso acomodada,  
una sutil y bien cortada pluma,  
no de afición ni de pasión llevada,

para que pueda referir en suma,  
con purísimo y nuevo sentimiento,  
con verdad clara y entereza suma,

el contrapuesto y desigual intento  
de uno y otro escuadrón, que, ardiendo en ira,  
sus banderas descoge al vago viento.

El del bando católico, que mira  
al falso y grande al pie del monte puesto,  
que de subir al alta cumbre aspira;

con paso largo y ademán compuesto,  
todo el monte coronan, y se ponen  
a la furia, que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean, y disponen  
los ánimos valientes al asalto,  
en quien su gloria y su venganza ponen.

De rabia lleno y de paciencia falto  
Apolo, su bellísimo estandarte  
mandó al momento levantar en alto.

Arbolóle un marqués, que el propio Marte  
su briosa presencia representa  
naturalmente, sin industria y arte.

Poeta celebérrimo y de cuenta,  
por quien y en quien Apolo soberano  
su gloria y gusto y su valor aumenta.

Era la insinia un cisne hermoso y cano,  
tan al vivo pintado, que dijeras,  
la voz despide alegre al aire vano;

siguen al estandarte sus banderas,  
de gallardos alféreces llevadas,  
honrosas por no estar todas enteras;  
las cajas a lo bélico templadas  
al mílite más tardo vuelven presto,  
de voces de metal acompañadas.

JERÓNIMO DE MORA llegó en esto,  
pintor excelentísimo y poeta,  
Apeles y Virgilio en un supuesto.

Y con la autoridad de una jineta  
(que de ser capitán le daba nombre)  
al caso acude y a la turba aprieta.

Y por que más se turbe y más se asombre  
el enemigo desigual y fiero,  
llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.

Y con él GASPARD DE AVILA, primero  
secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma  
Iciar puede envidiar, temer Sincero.

Llegó JUAN DE MEZTANZA, cifra y suma  
de tanta erudición, donaire y gala,  
que no hay muerte ni edad que la consuma.

Apolo le arrancó de Guatimala,  
y le trujo en su ayuda para ofensa  
de la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa  
CEPEDA, y acompañale MEJÍA,  
poetas dinos de alabanza inmensa.

Clarísimo esplendor de Andalucía  
y de la Mancha, el sin igual GALINDO  
llegó con majestad y bizarría.

De la alta cumbre del famoso Pindo

bajaron tres bizarros lusitanos,  
a quien mis alabanzas todas rindo.

Con prestos pies y con valientes manos,  
con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,  
pisó RODRÍGUEZ LOBO monte y llanos.

Y por que Febo su razón no pierda,  
el grande DON ANTONIO DE ATAIDE  
llegó con furia alborotada y cuerda.

Las fuerzas del contrario ajusta y mide  
con las suyas Apolo, y determina  
dar la batalla, y la batalla pide.

El ronco son de más de una bocina,  
instrumento de caza y de la guerra,  
de Febo a los oídos se avecina.

Tiembla debajo de los pies la tierra  
de infinitos poetas oprimida,  
que dan asalto a la sagrada sierra.

El fiero general de la atrevida  
gente, que trae un cuervo en su estandarte,  
es ARBOLANCHES, muso por la vida.

Puestos estaban en la baja parte  
y en la cima del monte, frente a frente,  
los campos de quien tiembla el mismo Marte,  
cuando una al parecer discreta gente  
del católico bando al enemigo  
se pasó, como en número de veinte.

Yo con los ojos su carrera sigo,  
y viendo el paradero de su intento,  
con voz turbada al sacro Apolo digo:

—¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portentoso?  
O por mejor decir: ¿qué mal agüero,

que así me corta el brío y el aliento?

Aquel tráfuga que partió primero,  
no sólo por poeta le tenía,  
pero también por bravo churrullero.

Aquel ligero que tras él corría,  
en mil corrillos en Madrid le he visto  
tiernamente hablar en la poesía.

Aquel tercero que partió tan listo,  
por satírico, necio y por pesado  
sé que de todos fué siempre malquisto.

No puedo imaginar cómo ha llevado  
Mercurio estos poetas en su lista.

—Yo fuí, respondió Apolo, el engañado;  
que de su ingenio la primera vista  
indicios descubrió que serían buenos  
para facilitar esta conquista.

—Señor, repliqué yo, creí que ajenos  
eran de las deidades los engaños,  
digo, engañarse en poco más ni menos.

La Prudencia, que nace de los años  
y tiene por maestra la Experiencia,  
es la deidad que advierte destos daños.

Apolo respondió:—Por mi conciencia,  
que no te entiendo—, algo turbado y triste  
por ver de aquellos veinte la insolencia.

Tú, sardo militar, LOFRASO, fuiste  
uno de aquellos bárbaros corrientes  
que del contrario el número creciste.

Mas no por esta mengua los valientes  
del escuadrón católico temieron,  
poetas madrigados y excelentes.

Antes tanto coraje concibieron  
 contra los fugitivos corredores,  
 que riza en ellos y matanza hicieron.

¡Oh falsos y malditos trovadores,  
 que pasáis plaza de poetas sabios,  
 siendo la hez de los que son peores!

Entre la lengua, paladar y labios  
 anda contino vuestra poësía,  
 haciendo a la virtud cien mil agravios.

Poetas de atrevida hipocresía,  
 esperad, que de vuestro acabamiento  
 ya se ha llegado el temeroso día.

De las confusas voces el conciento  
 confuso por el aire resonaba,  
 de espesas nubes condensando el viento.

Por la falda del monte gateaba  
 una tropa poética, aspirando  
 a la cumbre, que bien guardada estaba.

Hacían hincapié de cuando en cuando,  
 y con hondas de estallo y con ballestas  
 iban libros enteros disparando.

No del plomo encendido las funestas  
 balas pudieran ser dañosas tanto,  
 ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto  
 a JUSEPE DE VARGAS dió en las sienes,  
 causándole terror, grima y espanto.

Gritó, y dijo a un soneto:—Tú, que vienes  
 de satírica pluma disparado,  
 ¿por qué el infame curso no detienes?—

Y cual perro con piedras irritado,

que deja al que las tira y va tras ellas,  
cual si fueran la causa del pecado,

entre los dedos de sus manos bellas  
hizo pedazos al soneto altivo,  
que amenazaba al sol y a las estrellas.

Y díjole Cilenio: — ¡Oh rayo vivo  
donde la justa indignación se muestra  
en un grado y valor superlativo,

la espada toma en la temida diestra,  
y arrójate valiente y temerario  
por esta parte, que el peligro adiestra!

En esto del tamaño de un breviario  
volando un libro por el aire vino,  
de prosa y verso, que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino  
nos dió a entender que de ARBOLANCHES eran  
las Avidas pesadas de contino.

Unas rimas llegaron que pudieran  
desbaratar el escuadrón cristiano  
si acaso vez segunda se imprimieran.

Dióle a Mercurio en la derecha mano  
una sátira antigua licenciosa,  
de estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,  
de un asunto sin jugo y sin donaire,  
cuatro novelas disparó PEDROSA.

Silbando recio y desgarrando el aire,  
otro libro llegó de rimas solas,  
hechas al parecer como al desgaire.

Viólas Apolo, y dijo, cuando viólas:  
— Dios perdone a su autor, y a mí me guarde

de algunas rimas sueltas españolas. —

Llegó el PASTOR DE IBERIA, aunque algo tarde,  
y derribó catorce de los nuestros,  
haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Pero dos valerosos, dos maestros,  
dos lumbreras de Apolo, dos soldados,  
únicos en hablar y en obrar diestros,

del monte puestos en opuestos lados,  
tanto apretaron a la turbamulta,  
que volvieron atrás los encumbrados.

Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta  
la canaila, y con él PEDRO DE SOTO,  
de prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquél, estotro único y doto  
licenciado, de Apolo ambos secuaces,  
con raras obras y ánimo devoto.

Las dos contrarias indignadas haces  
ya miden las espadas, ya se cierran,  
duras en su tesón y pertinaces.

Con los dientes se muerden, y se aferran  
con las garras, las fieras imitando,  
que toda piedad de sí destierran.

Haldeando venía y trasudando  
el autor de *La Pícará Justina*,  
capellán lego del contrario bando.

Y cual si fuera de una culebrina,  
disparó de sus manos su librazo,  
que fué de nuestro campo la ruina.

Al buen TOMÁS GRACIÁN mancó de un brazo,  
a MEDINILLA derribó una muela  
y le llevó de un muslo un gran pedazo.

Una despierta nuestra centinela  
gritó: — Todos abajen la cabeza,  
que dispara el contrario otra novela. —

Dos pelearon una larga pieza,  
y el uno al otro con instancia loca  
de un envi6n, con arte y con destreza,  
seis seguidillas le encajó en la boca,  
con que le hizo vomitar el alma,  
que salió libre de su estrecha roca.

De la furia el ardor, del sol la calma  
tenía en duda de una y otra parte  
la vencedora y pretendida palma.

Del cuervo en esto el l6brego estandarte  
cede al del cisne, porque vino al suelo  
pasado el corazón de parte a parte.

Su alf6rez, que era un andaluz mozuelo,  
trovador repentista, que subía  
con la soberbia más allá del cielo,  
helósele la sangre que tenía,  
murióse cuando vió que muerto estaba,  
la turba, pertinaz en su porfía.

Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba,  
con un solo soneto suyo hizo  
lo que de su grandeza se esperaba.

Descuadernó, desencajó, deshizo  
del opuesto escuadrón catorce hileras,  
dos criollos mató, hirió un mestizo.

De sus sabrosas burlas y sus veras  
el magno cordobés un cartapacio  
disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio

el brío de la bárbara canalla,  
peleando más flojo y más despacio.

Mas renovóse la fatal batalla  
mezclándose los unos con los otros;  
ni vale arnés, ni presta dura malla.

Cinco melifluos sobre cinco potros  
llegaron, y embistieron por un lado,  
y lleváronse cinco de nosotros.

Cada cual como moro ataviado,  
con más letras y cifras que una carta  
de príncipe enemigo y recatado,

de romances moriscos una sarta,  
cual si fuera de balas enramadas,  
llega con furia y con malicia harta.

Y a no estar dos escuadras avisadas  
de las nuestras del recio tiro y presto,  
era fuerza quedar desbaratadas.

Quiso Apolo indignado echar el resto  
de su poder y de su fuerza sola,  
y dar al enemigo fin molesto.

Y una sacra canción, donde acrisola  
su ingenio, gala, estilo y bizarría

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,

cual si fuera un petrarte Apolo envía  
adonde está el tesón más apretado,  
más dura y más furiosa la porfía.

*Cuando me paro a contemplar mi estado,*  
comienza la canción, que Apolo pone  
en el lugar más noble y levantado.

Todo lo mira, todo lo dispone  
con ojos de Argos, manda, quita y veda,

y del contrario a todo ardid se opone.

Tan mezclados están, que no hay quien pueda discernir cuál es malo o cuál es bueno, cuál es GARCILASISTA o TIMONEDA.

Pero un mancebo de ignorancia ajeno, grande escudriñador de toda historia, rayo en la pluma y en la voz un trueno,

llegó tan rica el alma de memoria, de sana voluntad y entendimiento, que fué de Febo y de las musas gloria.

Con esto aceleróse el vencimiento, porque supo decir: Este merece gloria, pero aquél no, sino tormento.

Y como ya con distinción parece el justo y el injusto combatiente, el gusto al paso de la pena crece.

Tú, PEDRO MANTUANO el excelente, fuiste quien distinguió de la confusa máquina el que es cobarde del valiente.

JULIÁN DE ALMENDÁRIZ no rehusa, puesto que llegó tarde, en dar socorro al rubio Delio con su ilustre musa.

Por las rucias que peino, que me corro de ver que las comedias endiabladas por divinas se pongan en el corro.

Y a pesar de las limpias y atildadas del cómico mejor de nuestra Hesperia, quieren ser conocidas y pagadas.

Mas no ganaron mucho en esta feria, porque es discreto el vulgo de la corte, aunque le toca la común miseria.

De llano no le deis, dadle de corte,  
estancias polifemas, al poeta  
que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois, y a la discreta  
gala que descubristis en lo escondido,  
toda elegancia puede estar sujeta.

Con estas municiones el partido  
nuestro se mejoró de tal manera,  
que el contrario se tuvo por vencido.

Cayó su presunción soberbia y fiera,  
derrúmbanse del monte abajo cuantos  
presumieron subir por la ladera.

La voz prolija de sus roncos cantos  
el mal suceso con rigor la vuelve  
en interrotos y funestos llantos.

Tal hubo, que cayendo se resuelve  
de asirse de una zarza, o cabrahigo,  
y en llanto, a lo de Ovidio, se disuelve.

Cuatro se arracimaron a un quejigo  
como enjambre de abejas desmandada,  
y le estimaron por el lauro amigo.

Otra cuadrilla virgen, por la espada,  
y adúltera de lengua, dió la cura  
a sus pies de su vida almidonada.

BARTOLOMÉ llamado DE SEGURA  
el toque casi fué del vencimiento:  
tal es su ingenio y tal es su cordura.

Resonó en esto por el vago viento  
la voz de la vitoria repetida  
del número escogido en claro acento.

La miserable, la fatal caída

de las musas del limpio tagarete  
 fué largos siglos con dolor plañida.

A la parte del llanto (¡ay me!) se mete  
 Zapardiël, famoso por su pesca,  
 sin que un pequeño instante se quiëte.

La voz de la vitoria se refresca;  
 vitoria suena aquí, y allí vitoria,  
 adquirida por nuestra soldadesca,  
 que canta alegre la alcanzada gloria.

## CAPITULO VIII

Al caer de la máquina excesiva  
 del escuadrón poético arrogante  
 que en su no vista muchedumbre estriba,  
 un poeta, mancebo y estudiante,  
 dijo: —Caí, paciencia; que algún día  
 será la nuestra, mi valor mediante.

De nuevo afilaré la espada mía,  
 digo mi pluma, y cortaré de suerte  
 que dé nueva excelencia a la porfía.

Que ofrece la comedia, si se advierte,  
 largo campo al ingenio, donde pueda  
 librar su nombre del olvido y muerte.

Fué desto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,  
 que con sólo imprimir se hizo eterno  
 las comedias del gran LOPE DE RUEDA.

Cinco vuelcos daré en el propio infierno  
 por hacer recitar una que tengo  
 nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*

Guarda, Apolo, que baja guarde rengo  
el golpe de la mano más gallarda  
que ha visto el tiempo en su discurso luengo. —

En esto el claro son de una bastarda,  
alas pone en los pies de la vencida  
gente del mundo perezosa y tarda.

Con la esperanza del vencer perdida,  
no hay quien no atienda con ligero paso,  
si no a la honra, a conservar la vida.

Desde las altas cumbres de Parnaso  
de un salto uno se puso en Guadarrama,  
nuevo, no visto y verdadero caso.

Y al mismo paso la parlera Fama  
cundió del vencimiento la alta nueva,  
desde el claro Caïstro hasta Jarama.

Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,  
Pisuerga la rió, rióla Tajo,  
que en vez de arena granos de oro lleva.

Del cansancio, del polvo y del trabajo  
las rubicundas hebras de Timbreo,  
del color se pararon de oro bajo.

Pero viendo cumplido su deseo,  
al son de la guitarra mercuriesca  
hizo de la gallarda un gran paseo.

Y de Castalia en la corriente fresca  
el rostro se lavó, y quedó luciente  
como de acero la segur turquesca.

Pulióse luego, y adornó su frente  
de majestad mezclada con dulzura,  
indicios claros del placer que siente.

Las reinas de la humana hermosura

salieron de do estaban retiradas  
 mientras duraba la contienda dura;  
 del árbol siempre verde coronadas,  
 y en medio la divina Poesía,  
 todas de nuevas galas adornadas.

Melpómene, Tersícore y Talía,  
 Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clío  
 y Caliope, hermosa en demasía,  
 muestran ufanas su destreza y brío,  
 tejiendo una entricada y nueva danza  
 al dulce son de un instrumento mío.

Mío, no dije bien; mentí a la usanza  
 de aquel que dice propios los ajenos  
 versos que son más dinos de alabanza.

Los anchos prados y los campos llenos  
 están de las escuadras vencedoras  
 (que siempre van a más y nunca a menos),  
 esperando de ver de sus mejoras  
 el colmo con los premios merecidos  
 por el sudor y aprieto de seis horas.

Piensan ser los llamados escogidos,  
 todos a premios de grandeza aspiran,  
 tiénense en más de lo que son tenidos;  
 ni a calidades ni riquezas miran,  
 a su ingenio se atiende cada uno,  
 y si hay cuatro que acierten, mil deliran.

Mas Febo, que no quiere que ninguno  
 quede quejoso dél, mandó a la Aurora  
 que vaya y coja *in tempore oportuno*  
 de las faldas floríferas de Flora  
 cuatro tabaques de purpúreas rosas.

y seis de perlas de las que ella llora.

Y de las nueve por extremo hermosas  
las coronas pidió, y al darlas ellas  
en nada se mostraron perezosas.

Tres, a mi parecer, de las más bellas  
a Parténope sé que se enviaron,  
y fué Mercurio el que partió con ellas.

Tres sujetos las otras coronaron,  
allí en el mismo monte peregrinos,  
con que su patria y nombre eternizaron.

Tres cupieron a España, y tres divinos  
poetas se adornaron la cabeza,  
de tanta gloria justamente dinos.

La Envidia, monstruo de naturaleza,  
maldita y carcomida, ardiendo en saña,  
a murmurar del sacro don empieza.

Dijo:—¿Será posible que en España  
haya nueve poetas laureados?

Alta es de Apolo, pero simple hazaña.—

Los demás de la turba, defraudados  
del esperado premio, repetían  
los himnos de la Envidia mal cantados.

Todos por laureados se tenían  
en su imaginación, antes del trance,  
y al Cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,  
del generoso premio hacer esperan,  
a despecho de Febo, presto alcance.

Otros, aunque latinos, desesperan  
de tocar del laurel sólo una hoja,  
aunque del caso en la demanda mueran.

Véngase menos el que más se enoja,  
y alguno se tocó sienes y frente,  
que de estar coronado se le antoja.

Pero todo deseo impertinente  
Apolo repartió, premiando a cuantos  
poetas tuvo el escuadrón valiente.

De rosas, de jazmines y amarantos  
Flora le presentó cinco cestones,  
y la Aurora de perlas otros tantos.

Estos fueron, lector dulce, los dones  
que Delio repartió con larga mano  
entre los poetísimos varones.

Quedando alegre cada cual y ufano  
con un puño de perlas y una rosa,  
estimando este premio sobrehumano;

y por que fuese más maravillosa  
la fiesta y regocijo que se hacía  
por la vitoria insigne y prodigiosa,

la buena, la importante Poesía  
mandó traer la bestia cuya pata  
abrió la fuente de Castalia fría.

Cubierta de finísima escarlata,  
un lacayo la trujo en un instante,  
tascando un freno de bruñida plata.

Envidiarle pudiera Rocinante  
al gran Pegaso de presencia brava,  
y aun Brilladoro el del señor de Anglante.

Con no sé cuántas alas adornaba  
manos y pies, indicio manifiesto  
que en ligereza al viento aventajaba.

Y por mostrar cuán ágil y cuán presto

era, se alzó del suelo cuatro picas,  
con un denuedo y ademán compuesto.

Tú, que me escuchas, si el oído aplicas  
al dulce cuento deste gran Viaje,  
cosas nuevas oirás de gusto ricas.

Era del bel trotón todo el herraje  
de durísima plata diamantina,  
que no recibe del pisar ultraje.

De la color que llaman columbina  
de raso en una funda trae la cola,  
que, suelta, con el suelo se avecina.

Del color del carmín o de amapola  
eran sus clines, y su cola gruesa,  
ellas solas al mundo, y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal apriesa,  
vuela tal vez, y tal hace corvetas,  
tal quiere relinchar, y luego cesa.

¡Nueva felicidad de los poetas!  
Unos sus excrementos recogían  
en dos de cuero grandes barjuletas.

Pregunté para qué lo tal hacían;  
respondióme Cilenio a lo bellaco,  
con no sé qué vislumbres de ironía:

—Esto que se recoge es el tabaco  
que a los vaguidos sirve de cabeza  
de algún poeta de cerebro flaco.

Urania de tal modo lo adereza,  
que, puesto a las narices del doliente,  
cobra salud y vuelve a su entereza. —

Un poco entonces arrugué la frente,  
ascos haciendo del remedio extraño,

tan de los ordinarios diferente.

—Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño (leyóme el pensamiento). Este remedio de los vaguidos cura y sana el daño.

No come este rocín lo que en asedio duro y penoso comen los soldados, que están entre la muerte y hambre en medio.

Son deste tal los piensos regalados ámbar y almizcle entre algodones puesto, y bebe del rocío de los prados.

Tal vez le damos de almidón un cesto, tal de algarobas con que el vientre llena, y no se estriñe ni se va por esto.

—Sea, le respondí, muy norabuena; tieso estoy de celebros por ahora, vaguido alguno no me causa pena. —

La nuestra en esto universal señora, digo la Poesía verdadera, que con Timbreo y con las musas mora, en vestido subcinto, a la ligera, el monte discurrió y abrazó a todos, hermosa sobre modo y placentera.

—¡Oh sangre vencedora de los godos!, dijo; de aquí adelante ser tratada con más süaves y discretos modos espero ser, y siempre respetada del ignorante vulgo, que no alcanza que, puesto que soy pobre, soy honrada.

Las riquezas os dejo en esperanza, pero no en posesión, premio seguro que al reino aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza deste monte os juro  
que quisiera al más mínimo entregalle  
un privilegio de cien mil de juro.

Mas no produce minas este valle,  
aguas sí, salutíferas y buenas,  
y monas que de cisnes tienen talle.

Volved a ver, oh amigos, las arenas  
del aurífero Tajo en paz segura  
y en dulces horas de pesar ajenas.

Que esta inaudita hazaña os asegura  
eterno nombre en tanto que dé Febo  
al mundo aliento, y luz serena y pura. —

¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,  
digno de admiración que cause espanto,  
cuya extrañeza me admiró de nuevo!

Morfeo, el dios del sueño, por encanto  
allí se apareció, cuya corona  
era de ramos de beleño santo.

Flojísimo de brío y de persona,  
de la Pereza torpe acompañado,  
que no le deja a vísperas ni a nona.

Traía el Silencio a su derecho lado,  
el Descuido al siniestro, y el vestido  
era de blanda lana fabricado.

De las aguas que llaman del Olvido,  
traía un gran caldero, y de un hisopo  
venía como aposta prevenido.

Asía a los poetas por el hopo,  
y aunque el caso los rostros les volvía  
en color encendida de piropo,

él nos bañaba con el agua fría,

causándonos un sueño de tal suerte,  
que dormimos un día y otro día.

Tal es la fuerza del licor, tan fuerte  
es de las aguas la virtud, que pueden  
competir con los fueros de la muerte.

Hace el ingenio alguna vez que queden  
las verdades sin crédito ninguno,  
por ver que a toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,  
ni vi monte, ni monta, dios, ni diosa,  
ni de tanto poeta vide alguno.

Por cierto extraña y nunca vista cosa:  
despabilé la vista, y parecióme  
verme en medio de una ciudad famosa.

Admiración y grima el caso dióme;  
torné a mirar, porque el temor o engaño  
no de mi buen discurso el paso tome.

Y díjeme a mí mismo: No me engaño;  
esta ciudad es Nápoles la ilustre,  
que yo pisé sus rúas más de un año;

de Italia gloria, y aun del mundo lustre,  
pues de cuantas ciudades él encierra,  
ninguna puede haber que así le ilustre.

Apacible en la paz, dura en la guerra,  
madre de la abundancia y la nobleza,  
de elíseos campos y agradable sierra.

Si vaguidos no tengo de cabeza,  
páreceme que está mudada en parte,  
de sitio, aunque en aumento de belleza.

¿Qué teatro es aquél donde reparte  
con él cuanto contiene de hermosura,

la gala, la grandeza, industria y arte?

Sin duda, el sueño en mis pálpabras dura,  
porque éste es edificio imaginado,  
que excede a toda humana compostura.

Llegóse en esto a mí disimulado  
un mi amigo, llamado Promontorio,  
mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración viendo notorio  
y palpable que en Nápoles estaba,  
espanto a los pasados acesorio.

Mi amigo tiernamente me abrazaba,  
y con tenerme entre sus brazos, dijo  
que del estar yo allí mucho dudaba;

llamóme padre, y yo llaméle hijo;  
quedó con esto la verdad en punto,  
que aquí puede llamarse punto fijo.

Díjome Promontorio: — Yo barrunto,  
padre, que algún gran caso a vuestras canas  
las trae tan lejos ya semidifunto.

— En mis horas tan frescas y tempranas  
esta tierra habité, hijo, le dije,  
con fuerzas más bríosas y lozanas.

Pero la Voluntad que a todos rige,  
digo el querer del Cielo, me ha traído  
a parte que me alegra más que aflige. —

Dijera más, sino que un gran ruido  
de pífanos, clarines y tambores  
me azoró el alma y alegró el oído;

volví la vista al son, vi los mayores  
aparatos de fiesta que vió Roma  
en sus felices tiempos y mejores.

Dijo mi amigo:—Aquel que ves que asoma  
 por aquella montaña contrahecha,  
 cuyo brío al de Marte oprime y doma,  
 es un alto sujeto, que deshecha  
 tiene a la Envidia en rabia, porque pisa  
 de la virtud la senda más derecha.

De gravedad y condición tan lisa,  
 que suspende y alegra a un mismo instante,  
 y con su aviso al mismo aviso avisa.

Mas quiero, antes que pases adelante  
 en ver lo que verás, si estás atento,  
 darte del caso relación bastante.

Será DON JUAN DE TESIS de mi cuento  
 principio, por que sea memorable,  
 y lleguen mis palabras a mi intento.

Este varón, en liberal notable,  
 que una mediana villa le hace conde,  
 siendo rey en sus obras admirable;

éste, que sus haberes nunca esconde,  
 pues siempre los reparte, o los derrama,  
 ya sepa adónde, o ya no sepa adónde;

éste, a quien tiene tan en fil la fama,  
 puesta la alteza de su nombre claro,  
 que liberal y pródigo se llama,

quiso, pródigo aquí, y allí no avaro,  
 primer mantenedor ser de un torneo  
 que a fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo  
 que tiene de mostrarse alegre, viendo  
 de España y Francia el regio himeneo.

Y este que escuchas, duro, alegre estruendo.

es señal que el torneo se comienza,  
que admira por lo rico y estupendo.

Arquímedes el grande se avergüenza  
de ver que este teatro milagroso  
su ingenio apoque y a sus trazas venza.

Digo, pues, que el mancebo generoso,  
que allí descende de encarnado y plata,  
sobre todo mortal curso brioso,

es el CONDE DE LEMOS, que dilata  
su fama con sus obras por el mundo,  
y que lleguen al Cielo en tierra trata;

y aunque sale el primero, es el segundo  
mantenedor, y en buena cortesía  
esta ventaja califico y fundo.

El DUQUE DE NOCERA, luz y guía  
del arte militar, es el tercero  
mantenedor deste festivo día.

El cuarto, que pudiera ser primero,  
es DE SANTELMO el fuerte CASTELLANO,  
que al mismo Marte en el valor prefiero.

El quinto es otro Eneas el troyano,  
ARROCILO, que gana en ser valiente  
al que fué verdadero, por la mano. —

El gran concurso y número de gente  
estorbó que adelante prosiguiese  
la comenzada relación prudente.

Por esto le pedí que me pusiese  
adonde sin ningún impedimento  
el gran progreso de las fiestas viese.

Porque luego me vino al pensamiento  
de ponerlas en verso numeroso,

favorecido del febeo aliento.

Hízolo así, y yo vi lo que no oso pensar, que no decir, que aquí se acorta la lengua y el ingenio más curioso.

Que se pase en silencio es lo que importa, y que la admiración supla esta falta, el mismo grandioso caso exhorta.

Puesto que después supe que con alta magnífica elegancia milagrosa, donde ni sobra punto ni le falta,

el curioso DON JUAN DE OQUINA en prosa la puso y dió a la estampa para gloria de nuestra edad, por esto venturosa.

Ni en fabulosa o verdadera historia se halla que otras fiestas hayan sido ni pueden ser más dignas de memoria.

Desde allí, y no sé cómo, fuí traído adonde vi al gran DUQUE DE PASTRANA mil parabienes dar de bien venido;

y que la fama en la verdad ufana contaba que agradó con su presencia, y con su cortesía sobrehumana;

que fué nuevo Alejandro en la excelencia del dar, que satisfizo a todo cuanto puede mostrar real magnificencia;

colmo de admiración, lleno de espanto, entré en Madrid en traje de romero, que es granjería el parecer ser santo.

Y desde lejos me quitó el sombrero el famoso ACEVEDO, y dijo: — *A Dio, voi siate il ben venuto, cavaliero;*

*so parlar zenoese, e tusco anch'io.*

Y respondí: — *La vostra signoria  
sia la ben trovata, padron mio. —*

Topé a LUIS VÉLEZ, lustre y alegría,  
y discreción del trato cortesano,  
y abracéle en la calle a mediodía.

El pecho, el alma, el corazón, la mano  
di a PEDRO DE MORALES, y un abrazo,  
y alegre recibí a JUSTINIANO.

Al volver de una esquina sentí un brazo  
que el cuello me ceñía, miré cúyo,  
y más que gusto me causó embarazo,  
por ser uno de aquellos (no rehuyo  
decirlo) que al contrario se pasaron,  
llevados del cobarde intento suyo.

Otros dos al del Layo se llegaron,  
y con la risa falsa del conejo  
y con muchas zalemas me hablaron.

Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo,  
volvíles a lo tierno las saludes,  
sin mostrar mal talante o sobrecejo.

No dudes, oh letor caro, no dudes,  
sino que suele el Disimulo a veces  
servir de aumento a las demás virtudes.

Dínoslo tú, David, que, aunque pareces  
loco en poder de Aquis, de tu cordura  
fingiendo el loco, la grandeza ofreces.

Dejélos esperando coyuntura  
y ocasión más secreta para dalles  
vejamen de su miedo, o su locura.

Si encontraba poetas por las calles,

me ponía a pensar si eran de aquellos  
huídos, y pasaba sin hablalles.

Poníanseme yertos los cabellos  
de temor no encontrase algún poeta,  
de tantos que no pude conocellos,  
que con puñal buído, o con secreta  
almarada me hiciese un agujero  
que fuese al corazón por vía reta,  
aunque no es éste el premio que yo espero  
de la fama que a tantos he adquirido  
con alma grata y corazón sincero.

Un cierto mancebito cuellierguido,  
en profesión poeta y en el traje  
a mil leguas por godo conocido,  
lleno de presunción y de coraje  
me dijo: — Bien sé yo, señor Cervantes,  
que puedo ser poeta, aunque soy paje.

Cargastes de poetas ignorantes,  
y dejásteme a mí, que ver deseo  
del Parnaso las fuentes elegantes.

Que caducáis sin duda alguna creo;  
creo, no digo bien; mejor diría  
que toco esta verdad, y que la veo. —

Otro, que, al parecer, de argentería,  
de nácar, de cristal, de perlas y oro  
sus infinitos versos componía,

me dijo bravo, cual corrido toro:  
— No sé yo para qué nadie me puso  
en lista con tan bárbaro decoro.

— Así el discreto Apolo lo dispuso,  
a los dos respondí, y en este hecho

de ignorancia o malicia no me acuso. —

Fuíme con esto, y, lleno de despecho,  
busqué mi antigua y lóbrega posada,  
y arrojéme molido sobre el lecho;  
que cansa cuando es larga una jornada.

---

## ADJUNTA AL PARNASO

---

Algunos días estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí a ver y a ser visto, y a recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la común suerte. Sucedió, pues, que saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó a mí un mancebo, al parecer de veinticuatro años, poco más o menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes; pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos que, comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban a dar asalto a las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pie de la muralla donde se arrima hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños a ir a darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro y en los puños los brazos. Digo, pues, que el tal mancebo se llegó a mí, y con voz grave y reposada me dijo: —¿Es, por ventura, vuestra merced el señor Miguel

de Cervantes Saavedra, el que ha pocos días que vino del Parnaso?

A esta pregunta creo, sin duda, que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: «¿Si es éste alguno de los poetas que puse, o dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora a darme el pago que él se imagina se me debe?» Pero, sacando fuerzas de flaqueza, le respondí:

—Yo, señor, soy el mismo que vuestra merced dice; ¿qué es lo que se me manda?

El luego, en oyendo esto, abrió los brazos y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome:

—Vuestra merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condición.

Oyendo lo cual respiré, y los espíritus, que andaban alborotados, se sosegaron; y abrazándole yo también con recato de no ajarle el cuello, le dije:

—Yo no conozco a vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal; calidades que obligan a tener en veneración a la persona que las tiene.

Con éstas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance, me dijo:

—Vuestra merced sabrá, señor Cervantes, que yo, por la gracia de Apolo, soy poeta, o a lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles.

*Miguel.*—Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su misma boca.

*Pancracio.*—¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced?

*Miguel.*—Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden a las cosas del espíritu que a las del cuerpo.

—Yo, señor—dijo él—, soy mozo, soy rico y soy enamorado; partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brío; con la riqueza, con qué mostrarle; y con el amor, con qué no parecer descuidado.

—Las tres partes del camino—le dije yo—se tiene vuestra merced andadas para llegar a ser buen poeta.

*Pancracio.*—¿Cuáles son?

*Miguel.*—La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta o gusta más?

A lo que respondió:

—No entiendo eso de menestra poética.

*Miguel.*—Quiero decir que a qué género de poesía es vuestra merced más inclinado, al lírico, al heroico o al cómico.

—A todos estilos me amaño—respondió él—; pero en el que más me ocupó es en el cómico.

*Miguel.*—Desa manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias.

*Pancracio.*—Muchas, pero sólo una se ha representado.

*Miguel.*—¿Pareció bien?

*Pancracio.*—Al vulgo, no.

*Miguel.*—¿Y a los discretos?

*Pancracio.*—Tampoco.

*Miguel.*—¿La causa?

*Pancracio.*—La causa fué que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos y desmayada en la invención.

—Tachas son éstas—respondí yo—que pudieran hacer parecer malas las del mismo Plauto.

—Y más—dijo él—, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar, según la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro día; pero, porfiar que porfiar, cinco personas vinieron apenas.

—Créame vuestra merced—dije yo—que las comedias tienen días, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien va tanto en la ventura como en el ingenio; comedia he visto yo apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo, y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas, que podrá ser que, cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

—De los dineros no hago caso—respondió él—; más preciaría la fama que cuanto hay, porque es cosa de

grandísimo gusto y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso a la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos.

—Sus descuentos tienen esas alegrías—le dije yo—, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos a mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

—¿Y vuestra merced, señor Cervantes—dijo él—, ha sido aficionado a la carátula?, ¿ha compuesto alguna comedia?

—Sí—dije yo—, muchas; y a no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La Batalla Naval*, *La Jerusalén*, *La Amaranta o La del Mayo*, *El Bosque Amoroso*, *La Unica o La Bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; mas la que yo más estimo y de la que más me precio fué y es de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho, de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

*Pancraccio*.—¿Y agora tiene vuestra merced algunas?

*Miguel*.—Seis tengo, con otros seis entremeses.

*Pancraccio*.—Pues ¿por qué no se representan?

*Miguel*.—Porque ni los autores me buscan ni yo les voy a buscar a ellos.

*Pancraccio*.—No deben de saber que vuestra merced las tiene.

*Miguel.*—Sí saben; pero como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo; pero yo pienso darlas a la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa, y se disimula, o no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares.

Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancraccio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta y, besándola, me la puso en la mano; leí el sobrescrito y vi que decía desta manera:

«A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid.» Al porte: medio real, digo diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaración del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije:

—Estando yo en Valladolid llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recebióla y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos, que las de los amigos avisan y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte; así que, si vuestra merced le quiere llevar desta, bien se la

puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide.

Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome:

—Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervantes, que esta carta, por lo menos, es del mismo Apolo; él la escribió no ha veinte días en el Parnaso, y me la dió para que a vuestra merced la diese; vuestra merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto.

—Haré lo que vuestra merced me manda—respondí yo—; pero quiero que antes de leerla, vuestra merced me le haga de decirme cómo, cuándo y a qué fué al Parnaso.

Y él respondió:

—Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fuí, fué seis días después de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas; a qué fuí, fué a hallarme en ella, por obligarme a ello la profesión mía.

—A buen seguro—dije yo—que fueron vuestras mercedes bien recibidos del señor Apolo.

*Panocracio.*—Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado a él y a las señoras Piérides arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacía aquello, y respondiome que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habían nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habían renacido otras siete, y de las gotas

de la sangre de la cabeza de Medusa se había llenado de serpientes toda la Libia, de la misma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habían sido muertos comenzaban a nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores.

En oyendo esto, abrí luego la carta, y vi que decía

## APOLO DELFICO

A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

### SALUD

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá a vuestra merced, señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el día que llegó a verme con sus amigos. Y yo digo que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver a su Mecenaz el gran conde de Lemos en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto, y le perdono.

Después que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y aca-

bar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y a mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla o del vapor que arrojó de sí la tierra empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto a escribir cosa que sea de gusto ni de provecho; así, si vuestra merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los más famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe ni los tenga en menos, sino que disimule con ellos; que pues yo, que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envío a vuestra merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos tocantes a los poetas; vuestra merced los haga guardar y cumplir al pie de la letra, que para todo ello doy a vuestra merced mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó a España, y que así vuestra merced no los había puesto en su *Viaje*. Yo les dije que la culpa era mía y no de vuestra merced; pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasión de mensajero, iré enviando más privilegios y avisando de lo que

en este monte pasare. Vuestra merced haga lo mismo, avisándome de su salud y de la de todos los amigos.

Al famoso Vicente Espinel dará vuestra merced mis encomiendas, como a uno de los más antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si D. Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir a Sicilia, donde le esperan, tóquele vuestra merced la mano y dígame que no deje de llegar a verme, pues estaremos tan cerca, que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

Si vuestra merced encontrare por allá algún tráfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusión con ellos mismos doquiera que vayan.

Vuestra merced tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que, aunque le soy amigo, en tales días no va en mi mano, ni miro en obligaciones ni en amistades.

Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuestra merced por amigo, y comuníquelo; y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor guarde a vuestra merced como puede y yo deseo. Del Parnaso a 22 de julio, el día que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

Servidor de vuestra merced,

APOLO LUCIDO.

En acabando la carta, vi que en un papel aparte venía escrito:

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS QUE  
APOLO ENVÍA A LOS POETAS ESPAÑOLES

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas como por la fama de sus versos.

Item, que si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento o averiguación alguna.

Ordénase que todo poeta sea de blanda y de suave condición, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Item, que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo o conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el más pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre a su dama como más le viniere a cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Fílida, o ya Juana Téllez, o como más gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razón alguna.

Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condición que sea, sea tenido y le tengan por hijo-dalgo, en razón del generoso ejercicio en que se ocupa,

como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item, se adviertè que ningún poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intención y advertida voluntad que la lisonja ni la dulación no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo poeta cómico que felizmente hubiere sacado a luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y aun ésta, si pudiese ser, la excuse.

Item, se advierte que si algún poeta quisiere dar a la estampa algún libro que él hubiere compuesto, no se dé a entender que por dirigirle a algún monarca el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la dirección, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

Item, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo a su beneplácito; conviene a saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar a los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo que cuando menos lo piense la tenga hecha una esfera celeste.

Item, que todo poeta a quien sus versos le hubieren

dado a entender que lo es se estime y tenga en mucho, ateniéndose a aquel refrán: Ruin sea el que por ruin se tiene.

Item, se ordena que ningún poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habían de recitar, que no en las plazas.

Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos traviosos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra o en el pozo Airón.

Item, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachín, valentón y arrojado, por aquella parte de la valentía se desagüe y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos versos.

Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco.

Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heroico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitán Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Item, se da aviso que si algún poeta fuere favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua la tendrá de alimentar a un poeta, por sabandija que sea.

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta corte. Daráse noticia del día, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL «VIAJE AL PARNASO»

# APENDICES

---

## I

### POESIAS SUELTAS

#### I

#### A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

*(Historia y relación del tránsito y exequias de la reina Doña Isabel de Valois, por el maestro López de Hoyos. Madrid, 1569.)*

PRIMER EPITAFIO EN SONETO, CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO DISCÍPULO (*habla el maestro Hoyos*).

Aquí el valor de la española tierra,  
aquí la flor de la francesa gente,  
aquí quien concordó lo diferente,  
de oliva coronando aquella guerra;  
aquí en pequeño espacio veis se encierra  
nuestro claro lucero de occidente;

aquí yace encerrada la excelente  
causa que nuestro bien todo destierra.

Mirad quién es el mundo y su pujanza,  
y cómo de la más alegre vida  
la muerte lleva siempre la vitoria.

También mirad la bienaventuranza  
que goza nuestra reina esclarecida  
en el eterno reino de la gloria.

## 2

REDONDILLA EN LA CUAL SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ A SU MAJESTAD

Cuando dejaba la guerra  
libre nuestro hispano suelo,  
con un repentino vuelo  
la mejor flor de la tierra  
fué trasplantada en el cielo.

Y al cortarla de su rama  
el mortífero accidente,  
fué tan oculta a la gente  
como el que no ve la llama  
hasta que quemar se siente.

*Estas cuatro REDONDILLAS castellanas a la muerte de Su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con Su Majestad, son, con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo.*

Quando un estado dichoso  
esperaba nuestra suerte,  
bien como ladrón famoso,  
vino la invencible muerte  
a robar nuestro reposo.

Y metió tanto la mano  
aqueste fiero tirano  
por orden del alto cielo,  
que nos llevó deste suelo  
el valor del ser humano.

¡Cuán amarga es tu memoria,  
oh dura y terrible faz!  
Pero en aquesta vitoria  
si llevaste nuestra PAZ  
fué para dalle más gloria.

Y aunque el dolor nos desuela,  
una cosa nos consuela:  
ver que al reino soberano  
ha dado un vuelo temprano  
nuestra muy cara ISABELA.

Una alma tan limpia y bella,  
tan enemiga de engaños,

¿qué pudo merecer ella,  
para que en tan tiernos años  
dejase el mundo de vella?

Dirás, muerte, en quien se encierra  
la causa de nuestra guerra  
(para nuestro desconsuelo),  
que cosas que son del cielo  
no las merece la tierra.

Tanto de punto subiste  
en el amor que mostraste,  
que, ya que al cielo te fuiste,  
en la tierra nos dejaste  
las prendas que más quisiste.

¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,  
Catalina a todos cara,  
claros luceros los dos,  
no quiera y permita Dios  
se os muestre fortuna avaral

## 4

*ELEGÍA que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.*

¿A quién irá mi doloroso canto,  
o en cuya oreja sonará su acento  
que no deshaga el corazón en llanto?

A ti, gran Cardenal, yo le presento;

pues vemos te ha cabido tanta parte  
del hado ejecutivo violento.

Aquí verás quel bien no tiene parte:  
todo es dolor, tristeza y desconsuelo  
lo que en mi triste canto se reparte.

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo  
de una ánima beata al alta cumbre  
pusiera en confusión al bajo suelo?

Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre:  
el alma goza de perpetua gloria  
y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, señor, de tu memoria  
cómo en un punto la invencible muerte  
lleva de nuestras vidas la vitoria.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte  
poderse mejorar, la santa mano  
mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció a la tierra su verano,  
secó su paraíso fresco y tierno,  
el ornato añubló del ser cristiano.

Volvió la primavera en frío invierno,  
trocó en pesar su gusto y alegría,  
tornó de arriba a bajo su gobierno.

Pasóse ya aquel ser que ser solía  
a nuestra obscuridad claro lucero,  
sosiego de la antigua tiranía.

A más andar el término postrero  
llegó, que dividió con furia insana  
del alma santa el corazón sincero.

Cuando ya nos venía la temprana  
dulce fruta del árbol deseado,

vino sobre él la frígida mañana.

¿Quién detuvo el poder de Marte airado,  
que no pasase más el alto monte,  
con prisiones de nieve aherrojado?

No pisará ya más nuestro horizonte,  
que a los campos Elíseos es llevada,  
sin ver la obscura barca de Caronte.

A ti, fiel pastor de la manada  
seguntina, es justo y te conviene  
aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Filippo tiene:  
allí tu discreción muestre el alteza  
que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás que a la bajeza  
de nuestra humanidad es cosa cierta  
no tener sólo un punto de firmeza;

y que si yace su esperanza muerta,  
y el dolor vida y alma le lastima,  
que a do la cierra Dios, abre otra puerta.

Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima  
algún tanto sus lágrimas cansadas,  
si una prenda perdió de tanta estima?

Y más si considera las amadas  
prendas que le dejó en la dulce vida,  
y con su amarga muerte lastimadas.

Alma bella, del cielo merecida,  
mira cuál queda el miserable suelo  
sin la luz de tu vista esclarecida;

verás que en árbol verde no hace vuelo  
el ave más alegre, antes ofrece  
en su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece  
el triste día, que te imaginamos  
con aquella virtud que no parece.

Mas deste imaginar nos consolamos  
en ver que merecieron tus deseos  
que goces ya del bien que deseamos.

Acá nos quedarán por tus trofeos  
tu cristiandad, valor y gracia extraña,  
de alma santa santísimos arreos.

De hoy más la sola y afligida España,  
cuando más sus clamores levantare  
al sumo Hacedor y alta compañía;

cuando más por salud le importunare  
al término postrero que perezca,  
y en el último trance se hallare;

sólo podrá pedirle que le ofrezca  
otra paz, otro amparo, otra ventura,  
quen obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura  
¿de qué nos sirve, cuando en un instante  
damos en manos de la sepultura?

Aquel firme esperar, santo y constante,  
que concede a la fe su cierto asiento  
y a la querida hermana ir adelante,

adonde mora Dios, en su aposento  
nos puede dar lugar dulce y sabroso,  
libre de tempestad y humano viento.

Aquí, señor, el último reposo  
no puede perturbarse, ni la vida  
tener más otro trance doloroso.

Aquí con nuevo ser es conducida,

entre las almas del inmenso coro,  
nuestra ISABELA, reina esclarecida.

Con tal sinceridad guardó el decoro  
do al precepto divino más se aspira,  
que merece gozar de tal tesoro.

¡Ay muertel ¿Contra quién tu amarga ira  
quisiste ejecutar para templarme  
con profundo dolor mi triste lira?

Si no os cansáis, señor, ya de escucharme,  
añudaré de nuevo el roto hilo,  
que la ocasión es tal, que a desforzarme  
lágrimas pediré al corriente Nilo,  
un nuevo corazón al alto cielo,  
y a las más tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo,  
que a España en brazos de la muerte tiene,  
no quiso Dios dejarle sin consuelo.

Dejóle al gran Filipo, que sostiene,  
cual firme basa al alto firmamento,  
el bien o desventura que le viene.

De aquesto vos lleváis el vencimiento,  
pues deja en vuestros hombros esta carga  
del cielo y de la tierra y pensamiento.

La vida que en la vuestra así se encarga,  
muy bien puede vivir leda y segura,  
pues de tanto cuidado se descarga.

Gozando como goza tal ventura  
el gran señor del ancho suelo hispano,  
su mal es menos y esta desventura.

Si el ánimo real, si el soberano  
tesoro le robó en sólo un día

la muerte airada con esquiua mano,  
 regalos son quel sumo Dios envía  
 a aquel que ya le tiene aparejado  
 sublime asiento en la alta hierarquía.

Quien goza quietud siempre en su estado,  
 y el efecto le acude a la esperanza,  
 y a lo que quiere nada le es trocado,  
 argúyese que poca confianza  
 puede tenerse del que goce y vea  
 con claros ojos bienaventuranza.

Cuando más favorable el mundo sea,  
 cuando nos ría el bien todo delante  
 y venga al corazón lo que desea,  
 tiénese de esperar que en un instante  
 dará con ello la fortuna en tierra,  
 que no fué ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,  
 a do se aflige el cuerpo y la memoria,  
 parece Dios del cielo le destierra.

Porqué no se coronan en la gloria  
 sino es los capitanes valerosos,  
 que llevan de sí mesmos la vitoria.

Los amargos sospiros dolorosos,  
 las lágrimas sin cuento que ha vertido  
 quien nos puede en su vista hacer dichosos  
 el perder a su hijo tan querido,  
 aquel mirarse y verse cual se halla  
 de todo su placer desposeído,

¿qué se puede decir sino batalla  
 adonde le hemos visto siempre armado  
 con la paciencia, que es muy fina malla?

Del alto cielo ha sido consolado  
con concederle acá vuestra persona,  
que mira por su honra y por su estado.

De aquí saldrá a gozar de una corona  
más rica, más preciosa y muy más clara  
que la que ciñe el hijo de Latona.

Con él vuestra virtud al mundo rara  
se tiene de extender de gente en gente,  
sin poderlo estorbar fortuna avara.

Resonará el valor tan excelente  
que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,  
de donde sale el sol hasta occidente.

Y allá en el alto alcázar do pasea  
en mil contentos nuestra reina amada,  
si puede desear, sólo desea

que sea por mil siglos levantada  
vuestra grandeza, pues que se engrandece  
el valor de su prenda deseada.

Que vuestro poderío se parece  
del católico rey la suma alteza,  
que desde un polo al otro resplandece.

De hoy más deje del llanto la fiereza  
el afligida España, levantando  
con verde lauro ornada la cabeza.

Que mientras fuera el cielo mejorando  
del soberano rey la larga vida,  
no es bien que se consuma lamentando.

Y en tanto que arribare a la subida  
de la inmortalidad vuestra alma pura,  
no se entregue al dolor tan de corrida;  
y más, que el grave rostro de hermosura,

por cuya ausencia vive sin consuelo,  
goza de Dios en la celeste altura.

¡Oh trueco glorioso, oh santo celo,  
pues con gozar la tierra has merecido  
tender tus pasos por el alto cielo!

Con esto cese el canto dolorido,  
magnánimo señor, que, por mal diestro,  
queda tan temeroso y tan corrido,  
cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

## 5

## AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA

(*Romancero de Padilla*, 1583.)

## SONETO

Ya que del ciego dios habéis cantado  
el bien y el mal, la dulce fuerza y arte  
en la primera y la segunda parte  
do está de amor el todo señalado,

ahora con aliento descansado  
y con nueva virtud que en vos reparte  
el cielo, nos cantáis del duro Marte  
las fieras armas y el valor sobrado.

Nuevos ricos mineros se descubren  
de vuestro ingenio en la famosa mina,  
que a más alto deseo satisfacen;

y con dar menos de lo más que encubren,  
a este menos lo que es más se inclina,  
del bien que Apolo y que Minerva hacen.

## AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA

(*Jardín espiritual*, 1584.)

## REDONDILLAS

Hoy el famoso Padilla,  
con las muestras de su celo,  
causa contento en el cielo  
y en la tierra maravilla.

Porque, llevado del cebo  
de amor, temor y consejo,  
se despoja el hombre viejo  
para vestirse de nuevo.

Cual prudente sierpe ha sido,  
pues, con nuevo corazón,  
en la piedra de Simón  
se deja el viejo vestido.

Y esta mudanza que hace  
lleva tan cierto compás,  
que en ella asiste lo más  
de cuanto a Dios satisface.

Con las obras y la fe  
hoy para el cielo se embarca  
en mejor jarciada barca  
que la que libró a Noé.

Y para hacer tal pasaje,  
ha muchos años que ha hecho,  
con sano y cristiano pecho,  
cristiano matalotaje.

Y no teme el mal tempero,

ni anegarse en el profundo,  
 porque en el mar deste mundo  
 es plástico marinero.

Y ansí mirando el aguja  
 divina cual se requiere,  
 si el demonio a orza diere,  
 él dará al instante a puja.

Y llevando este concierto  
 con las ondas deste mar,  
 a la fin vendrá a parar  
 a seguro y dulce puerto;  
 donde sin áncoras ya  
 estará la mar en calma,  
 con la eternidad del alma  
 que nunca se acabará.

En una verdad me fundo,  
 y mi ingenio aquí no yerra:  
 que en siendo sol de la tierra  
 habéis de ser luz del mundo.

Luz de gracia rodeada  
 que alumbre nuestro horizonte,  
 y sobre el Carmelo monte  
 fuerte ciudad levantada.

Para alcanzar el trofeo  
 destas santas profecías  
 tendréis el carro de Elías  
 con el manto de Eliseo.

Y ardiendo en amor divino,  
 donde nuestro bien se fragua,  
 apartando el manto al agua,  
 por el fuego haréis camino.

Porque el voto de humildad  
 promete segura alteza,  
 y castidad y pobreza,  
 bienes de divinidad.

Y así los cielos serenos  
 verán, cuando acabarás,  
 un cortesano allá más  
 y en la tierra un sabio menos.

## 7

## A FRAY PEDRO DE PADILLA

*(Jardín espiritual.)*

Cual vemos que renueva  
 el águila real la vieja y parda  
 pluma, y con otra nueva  
 la detenida y tarda  
 pereza arroja, y con subido vuelo  
 rompe las nubes y se llega al cielo;  
 tal, famoso Padilla,  
 has sacudido tus humanas plumas,  
 porque con maravilla  
 intentes y presumas  
 llegar con nuevo vuelo al alto asiento  
 donde aspiran las alas de tu intento.

Del sol el rayo ardiente  
 alza del duro rostro de la tierra  
 (con virtud excelente)  
 la humildad que en sí encierra,  
 la cual después, en lluvia convertida,

alegra al suelo y da a los hombres vida.

Y desta mesma suerte  
el Sol divino te regala y toca;  
y en tal humor convierte,  
que con tu pluma apoca  
la ceguedad de la ignorancia nuestra,  
y a ciencia santa y a santa vida adiestra.

¡Qué santo trueco y cambio  
por las humanas las divinas musas!

¡Qué interés y recambio,  
¡Qué nuevos modos usas  
de adquirir en el suelo una memoria  
que dé fama a tu nombre, al alma glorial

Que pues es tu Parnaso  
el monte del Calvario y son tus fuentes  
de Aganipe y Pegaso  
las sagradas corrientes  
de las benditas llagas del Cordero,  
eterno nombre de tu nombre espero.

## 8

## A FRAY PEDRO DE PADILLA

*En la obra Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora, que publicó dedicándola a la infanta Margarita de Austria.*

*(Grandezas y excelencias, etc., 1587.)*

De la Virgen sin par santa y bendita,  
digo de sus loores, justamente

haces el rico sin igual presente  
a la sin par cristiana Margarita.

Dándole, quedas rico; y queda escrita  
tu fama en hojas de metal luciente,  
que a despecho y pesar del diligente  
tiempo será en sus fines infinito.

Felice en el sujeto que escogiste;  
dichoso en la ocasión que te dió el cielo  
de dar a Virgen el virgíneo canto;  
venturoso también porque hiciste  
que den las musas del hispano suelo  
admiración al griego, al turco, espanto.

## 9

## A LOPEZ MALDONADO

(*Cancionero de López Maldonado, 1586.*)

## SONETO

El casto ardor de una amorosa llama,  
un sabio pecho a su rigor sujeto,  
un desdén sacudido y un afeto  
blando, que al alma en dulce fuego inflama;  
el bien y el mal a que convida y llama  
de amor la fuerza y poderoso efeto,  
eternamente en son claro y perfeto  
con estas rimas cantará la fama,  
llevando el nombre único y famoso  
vuestro, felice López Maldonado,  
del moreno etíope al cita blanco;

y hará que en balde del laurel honroso  
 espere alguno verse coronado,  
 si no os imita y tiene por su blanco.

10

## AL MISMO

Bien donado sale al mundo  
 este libro, do se encierra  
 la paz de amor y la guerra,  
 y aquel fruto sin segundo  
 de la castellana tierra.

Que aunque le da Mal-donado,  
 va tan rico y bien donado  
 de ciencia y de discreción,  
 que me afirmo en la razón  
 de decir que es bien donado.

El sentimiento amoroso  
 del pecho más encendido  
 en fuego de amor, y herido  
 de su dardo ponzoñoso,  
 y en la red suya cogido;

el temor y la esperanza  
 con que el bien y el mal se alcanza.  
 En las empresas de amor,  
 aquí muestra su valor  
 su buena o su mala andanza.

Sin flores, sin praderías,  
 y sin los faunos silvanos,

sin ninfas, sin dioses vanos,  
 sin yerbas, sin aguas frías  
 y sin apacibles llanos;  
 en agradables concetos,  
 profundos, altos, discretos,  
 con verdad llana y distinta,  
 aquí el sabio autor nos pinta  
 del ciego dios los afetos.

Con declararnos la mengua  
 y el bien de su ardiente llama,  
 ha dado a su nombre fama  
 y enriquecido su lengua,  
 que ya la mejor se llama,  
 y hanos mostrado que es sólo  
 favorecido de Apolo  
 con dones tan infinitos,  
 que su fama en sus escritos  
 irá deste al otro polo.

11

## A ALONSO DE BARROS

(*Filosofía moralizada*, por Alonso de Barros, 1587.)

## SONETO

Cual vemos del rosado y rico oriente  
 la blanca y dura piedra señalarse,  
 y en todo, aunque pequeña, aventajarse  
 a la mayor del Cáucaso eminente;

tal éste, humilde al parecer, presente,  
puede y debe mirarse y admirarse,  
no por la cantidad, mas por mostrarse  
ser en su calidad tan excelente.

El que navega por el golfo insano  
del mar de pretensiones, verá al punto  
del cortesano laberinto el hilo.

Felice ingenio y venturosa mano  
que el deleite y provecho puso junto  
en juego alegre, en dulce y claro estilo.

12

A «LA AUSTRIADA»  
DE JUAN RUFO GUTIERREZ

(*La Austriada*, 1584.)

SONETO

¡Oh venturosa levantada pluma,  
que en la empresa más alta te ocupaste  
que el mundo pudo dar, y al fin mostraste  
al recibo y al gasto igual la suma!

Calle de hoy más el escritor de Numa,  
que nadie llegará donde llegaste,  
pues en tan raros versos celebraste  
tan raro capitán, virtud tan suma.

Dichoso el celebrado y quien celebra,  
y no menos dichoso todo el suelo  
que de tanto bien goza en esta historia,

en quien invidia o tiempo no harán quiebra;  
antes hará con justo celo el cielo  
eterna, más que el tiempo, su memoria.

## 13

## A LOPE DE VEGA EN SU «DRAGONTEA»

(*La Dragontea*, 1593.)

## SONETO

Yace en la parte que es mejor de España  
una apacible y siempre verde *Vega*,  
a quien Apolo su favor no niega,  
pues con las aguas de Helicón la baña.

Júpiter, labrador por grande hazaña,  
su ciencia toda en cultivarla entrega;  
Cilenio alegre en ella se sosiega;  
Minerva eternamente la acompaña.

Las musas su Parnaso en ella han hecho;  
Venus honesta en ella aumenta y cría  
la santa multitud de los amores;

y así, con gusto y general provecho,  
nuevos frutos ofrece cada día  
de ángeles, de armas, santos y pastores.

## A GABRIEL PEREZ DEL BARRIO ANGULO

(*Dirección de secretarios*, por Gabriel Pérez del Barrio Angulo, 1613.)

Tal secretario formáis,  
Gabriel, en vuestros escritos,  
que por siglos infinitos  
en él os eternizáis.

De la ignorancia sacáis  
la pluma, y en presto vuelo  
de lo más bajo del suelo  
al cielo la levantáis.

Desde hoy más la discreción  
quedará puesta en su punto,  
y al hablar y escribir junto  
en su mayor perfección.

Que en esta nueva ocasión  
nos muestra en breve distancia  
Demóstenes su elegancia  
y su estilo Cicerón.

España os está obligada,  
y con ella el mundo todo,  
por la sutileza y modo  
de pluma tan bien cortada.

La adulación defraudada  
queda, y la lisonja en ella;  
la mentira se atropella  
y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa  
que sólo vos habéis dado  
a la materia de estado  
hermosa y cristiana forma.

Con la razón se conforma  
de tal suerte, que en él veo  
que, contentando al deseo,  
al que es más libre reforma.

15

## A JUAN YAGÜE DE SALAS

*(Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauración de España por la parte de Sobrarbe, y conquista del reino de Valencia, Yagüe de Salas, 1616.)*

### SONETO

De Turia el cisne más famoso hoy canta,  
y no para acabar la dulce vida  
que en sus divinas obras escondida  
a los tiempos y edades se adelanta.

Queda por él canonizada y santa  
Teruel; vivos, Marcilla y su homicida;  
su pluma, por heroica conocida,  
en quien se admira el suelo, el cielo espanta.

Su doctrina, su voz, su estilo raro,  
que por tuyos, ¡oh Apolo!, reconoces,  
según el vuelo de sus bellas alas,

grabadas por la fama en mármol paro  
y en láminas de bronce, harán que gocés  
siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

16

## A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA

(Poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza, 1610.)

En la memoria vive de las gentes,  
¡varón famosol, siglos infinitos;  
premio que le merecen tus escritos  
por graves, puros, castos y excelentes.

Las ansias en honesta llama ardientes,  
los Etnas, los Estigios, los Cocitos,  
que en ellos suavemente van descritos,  
mira si es bien, ¡oh fama!, que los cuentes;

y aunque los lleves en ligero vuelo  
por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,  
y en láminas de bronce los esculpas;  
que así el suelo sabrá que sabe el cielo  
que el renombre inmortal que se desea  
tal vez le alcancen amorosas culpas.

## A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA

(Códice manuscrito en 1630, que poseyó D. Fernando de la Serna, donde entre varias poesías, recopiladas al parecer por D. Francisco Pacheco, se halla la siguiente con este epígrafe: MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DE DON QUIJOTE; *este soneto hice a la muerte de D. Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos a una señora debajo deste nombre de Luz. Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.*)

## SONETO

El que subió por sendas nunca usadas  
 del sacro monte a la más alta cumbre;  
 el que a una *Luz* se hizo todo lumbre  
 y lágrimas en dulce voz cantadas;  
 el que con culta vena las sagradas  
 de Helicón y Pirene en muchedumbre  
 (libre de toda humana pesadumbre)  
 bebió y dejó en divinas transformadas;  
 aquel a quien invidia tuvo Apolo  
 porque a par de su *Luz* tiende su fama  
 de donde nace a donde muere el día;  
 el agradable al cielo, al suelo solo,  
 vuelto en ceniza de su ardiente llama  
 yace debajo desta losa fría.

## EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ

*(Comentarios de la jornada de las islas de los Azores,  
por el licenciado Mosquera de Figueroa, 1596.)*

### SONETO

No ha menester el que tus hechos canta,  
¡oh gran Marqués!, el artificio humano  
que a la más sutil pluma y docta mano  
ellos le ofrecen al que el orbe espanta.

Y este que sobre el cielo se levanta,  
llevado de tu nombre soberano,  
a par del griego y escritor toscano,  
sus sienes ciñe con la verde planta.

Y fué muy justa prevención del cielo  
que a un tiempo ejercitases tú la espada  
y él su prudente y verdadera pluma;

porque, rompiendo de la invidia el velo  
tu fama en sus escritos dilatada,  
ni olvido, o tiempo, o muerte la consuma.

## A SAN FRANCISCO

(*Jardín espiritual*, de Padilla.)

## SONETO

Muestra su ingenio el que es pintor curioso  
cuando pinta al desnudo una figura,  
donde la traza, el arte y compostura  
ningún velo la cubre artificioso.

Vos, seráfico Padre, y vos, hermoso  
retrato de Jesús, sois la pintura  
al desnudo pintado, en tal hechura  
que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras, de ser mártir descubriste;  
los lejos, en que estáis allá en el cielo  
en soberana silla colocado;

las colores, las llagas que tuviste  
tanto las suben, que se admira el suelo,  
y el pintor en la obra se ha pagado.

## A SAN JACINTO

*(Relación de las justas celebradas, en el convento de padres predicadores de Zaragoza, en la canonización de S. Jacinto, por Jerónimo Martel, 1597.)*

*REDONDILLA en alabanza de San Jacinto, propuesta para glosar en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza.*

El cielo a la Iglesia ofrece  
 hoy una piedra tan fina,  
 que en la corona divina  
 del mismo Dios resplandece.

## GLOSA DE MIGUEL DE CERVANTES

Tras los dones primitivos  
 que en el fervor de su celo  
 ofreció la Iglesia al cielo,  
 a sus edificios vivos  
 dió nuevas piedras el suelo.

Estos dones agradece  
 a su esposa, y la ennoblece;  
 pues de parte del esposo  
 un hyacinto el más precioso  
 el cielo a la tierra ofrece.

Porque el hombre de su gracia  
 tantas veces se retira,

y el hyacinto al que le mira  
es tan grande su eficacia,  
que le sosiega la ira;  
su misma piedad lo inclina  
a darlo por medicina;  
que en su juicio profundo  
ve que ha menester el mundo  
*hoy una piedra tan fina.*

Obró tanto esta virtud  
viviendo Hyacinto en él,  
que a los vivos rayos dél  
en una y otra salud  
se restituyó por él.

Crezca gloriosa la mina  
que de su luz hyacintina  
tiene el cielo y tierra llenos;  
pues no mereció estar menos  
*que en la corona divina.*

Allá luce ante los ojos  
del mismo autor de su gloria,  
y acá en gloriosa memoria  
de los triunfos y despojos  
que sacó de la victoria;  
pues si otra luz desfallece  
cuando el sol la suya ofrece,  
¿qué más viva y rutilante  
será aquesta, si delante  
*del mismo Dios resplandece?*

## AL TUMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA

(*Parnaso español* de D. Juan López de Sedano, 1772.)

## SONETO

Voto a Dios que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla;  
porque ¿a quién no sorprende y maravilla  
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza  
vale más de un millón, y que es mancilla  
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,  
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto  
por gozar este sitio hoy ha dejado  
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo:—Es cierto  
cuanto dice voacé, señor soldado.

Y el que dijere lo contrario, miente.

Y luego in continente  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

## A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA

*en Cádiz, en julio de 1596, con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitán Becerra, después de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas y saqueádola por espacio de veinticuatro días al mando del conde de Essex.*

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

## SONETO

Vimos en julio otra semana santa  
 atestada de ciertas cofradías  
 que los soldados llaman compañías,  
 de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta,  
 que en menos de catorce o quince días  
 volaron sus pigmeos y Golías  
 y cayó su edificio por la planta.

Bramó el becerro, y púsoles en sarta;  
 tronó la tierra, obscurecióse el cielo,  
 amenazando una total ruina;

y al cabo en Cádiz, con medida harta,  
 ido ya el Conde sin ningún recelo,  
 triunfando entró el gran duque de Medina.

## A UN VALENTON METIDO A PORDIOSERO

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

## SONETO

Un valentón de espátula y gregüesco,  
 que a la muerte mil vidas sacrifica,  
 cansado del oficio de la pica,  
 mas no del ejercicio picaresco,

retorciendo el mostacho soldadesco,  
 por ver que ya su bolsa le repica,  
 a un corrillo llegó de gente rica,  
 y en el nombre de Dios pidió refresco.

Den voacedes, por Dios, a mi pobreza,  
 les dice; donde no, por ocho santos  
 que haré lo que hacer suelo sin tardanza.

Mas uno que a sacar la espada empieza,  
 ¿con quién habla—le dijo—el tiracantos?

Si limosna no alcanza,  
 ¿qué es lo que suele hacer en tal querella?  
 Respondió el bravonel: Irme sin ella.

## A UN ERMITAÑO

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

## SONETO

Maestro era de esgrima Campuzano,  
de espada y daga diestro a maravilla;  
rebanaba narices en Castilla

y siempre le quedaba el brazo sano;

quiso pasarse a Indias un verano,  
y vino con Montalvo el de Sevilla;  
cojo quedó de un pie de la rencilla,  
tuerto de un ojo, manco de una mano.

Vínose a recoger a aquesta ermita  
con su palo en la mano y su rosario  
y su ballesta de matar pardales.

Y con su Madalena, que le quita  
mil canas, está hecho un San Hilario.  
¡Ved cómo nacen bienes de los males!

## LOS EXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS

*(Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesús, por fray Diego de San José, 1615.)*

### CANCIÓN

Virgen fecunda, madre venturosa,  
cuyos hijos, criados a tus pechos,  
sobre sus fuerzas la virtud alzando,  
pisan ahora los dorados techos  
de la dulce región maravillosa  
que está la gloria de su Dios mostrando;  
tú que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo  
y un grado sin segundo,  
ahora estés ante tu Dios postrada,  
en rogar por tus hijos ocupada,  
o en cosas dignas de tu intento santo,  
oye mi voz cansada,  
y esfuerza, ¡oh madre!, el desmayado canto.

Luego que de la cuna y las mantillas  
sacó Dios tu niñez, diste señales  
que Dios para ser suya te guardaba,  
mostrando los impulsos celestiales  
en ti (con ordinarias maravillas),  
que a tu edad tu deseo aventajaba.

Y así sí descuidaba  
de lo que hacer debía,  
tal vez luego volvía  
mejorado, mostrando, codicioso,  
que el haber parecido perezoso  
era en volver atrás para dar salto  
con curso más brioso,  
desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fué creciendo en ti la gana  
de obrar en proporción de los favores  
con que te regaló la mano eterna;  
tales que al parecer se alzó a mayores  
contigo alegre Dios, en la mañana  
de tu florida edad, humilde y tierna.

Y así tu ser gobierna,  
que poco a poco subes  
sobre las densas nubes  
de la suerte mortal, y así levantas  
tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,  
que ligero tras sí el alma le lleva  
a las regiones santas  
con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa;  
acullá se desposa Dios contigo;  
aquí misterios altos te revela;  
tierno amante se muestra, dulce amigo,  
y siendo tu maestro, te levanta  
al cielo, que señala por tu escuela.

Parece se desvela  
en hacerte mercedes;  
rompe rejas y redes

para buscarte el mágico divino,  
 tan tu llegado siempre y tan contino,  
 que si algún afligido a Dios buscara,  
 acortando camino  
 en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Avila, se puede  
 decir que en Alba fué donde naciste;  
 pues allí nace donde muere el justo.  
 Desde Alba, ¡oh madre!, al cielo te partiste;  
 Alba pura, hermosa, a quien sucede  
 el claro día del inmenso gusto.

Que le goces es justo  
 en éxtasis divinos,  
 por todos los caminos  
 por donde Dios llevar a un alma sabe,  
 para darle de sí cuanto ella cabe,  
 y aun la ensancha, dilata y engrandece,  
 y con amor süave  
 a sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes,  
 que acreditan los éxtasis, que suelen  
 indicios ser de santidad notoria,  
 en los tuyos se hallaron, nos impelen  
 a creer la verdad de los visibles  
 que nos describe tu discreta historia;  
 y el quedar con vitoria,  
 honroso triunfo y palma  
 del infierno, y tu alma  
 más humilde, más sabia y obediente  
 al fin de tus arrobos, fué evidente  
 señal que todos fueron admirables

y sobrehumanamente  
nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras,  
menospreciando la mortal riqueza  
en la inmortalidad que siempre dura,  
y el visorrey de Dios nos da certeza  
que sin enigma y sin espejo miras  
de Dios la incomparable hermosura,  
colma nuestra ventura,  
oye devota y pía  
los balidos que envía  
el rebaño infinito que criaste  
cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste;  
que no porque dejaste nuestra vida  
la caridad dejaste,  
que en los cielos está más extendida.

Canción, de ser humilde has de preciarte,  
cuando quieras al cielo levantarte;  
que tiene la humildad naturaleza  
de ser el todo y parte  
de alzar al cielo la mortal bajeza

26

## LOS CELOS

ROMANCE

*(Romancero de D. Eugenio Ochoa. París, 1838.)*

Yace donde el sol se pone,  
entre dos tajadas peñas,

una entrada de un abismo,  
quiero decir una cueva,  
profunda, lóbrega, obscura,  
aquí mojada, allí seca,  
propio albergue de la noche  
del horror y las tinieblas.  
Por la boca sale un aire  
que al alma encendida hiela,  
y un fuego de cuando en cuando  
que el pecho de hielo quema.  
Oyese dentro un ruido  
como crujir de cadenas,  
y unos ayes luengos, tristes,  
envueltos en tristes quejas.  
Por las funestas paredes,  
por los resquicios y quiebras,  
mil víboras se descubren  
y ponzoñosas culebras.  
A la entrada tiene puesto,  
en una amarilla piedra,  
huesos de muerto encajados  
en modo que forman letras;  
las cuales vistas del fuego  
que arroja de sí la cueva,  
dicen: «Esta es la morada  
de los celos y sospechas.»  
Y un pastor cantaba al uso  
esta maravilla cierta  
de la cueva, fuego y hielo,  
aullidos, sierpes y piedra.  
El cual oyendo le dijo:

—Pastor, para que te crea  
no has menester juramentos  
ni hacer la vista experiencia.  
Un vivo traslado es ése  
de lo que mi pecho encierra,  
el cual como en cueva obscura  
no tiene luz ni la espera.  
Seco le tienen desdenes,  
bañado en lágrimas tiernas;  
aire, fuego y los suspiros  
le abrasan contino y hielan.  
Los lamentables aullidos  
son mis continuas querellas,  
víboras mis pensamientos  
que en mis entrañas se ceban.  
La piedra escrita amarilla  
es mi sin igual firmeza;  
que mis huesos en la muerte  
mostrarán que son de piedra.  
Los celos son los que habitan  
en esta morada estrecha,  
que engendraron los descuidos  
de mi querida Silena.  
En pronunciando este nombre  
cayó como muerto en tierra;  
que de memorias de celos  
aquestos fines se esperan.

## EL DESDEN

## ROMANCE

(El mismo *Romancero*.)

A tus desdenes, ingrata,  
tan usado está mi pecho,  
que dellos ya se sustenta  
como el áspid del veneno.  
En tu amor pensé anegarme,  
pensé abrasarme en tu fuego;  
mas ya no temo a tus brasas,  
tampoco a tus hielos temo.  
Tormentas me son bonanzas  
y duros naufragios puertos;  
como simple mariposa,  
por lo que me mata muero.  
Digiero ya tus desdenes  
como el avestruz el hierro,  
aunque en los míos no se halla  
causa por do los merezco.  
Pero basta ser tu gusto  
para que confiese habellos,  
que, aunque con obras me ofendes,  
no en pensamiento te ofendo.  
Pasados son dos veranos  
(para mí siempre es invierno);  
los árboles reverdecen,

y yo siempre mustio y seco.  
Revístense de esperanza,  
yo de esperar desespero;  
llevan dulcísimos frutos,  
yo amargos suspiros llevo.  
Al fin es mi voluntad  
veleta para tus vientos;  
hiele, ventisque y granice,  
que yo no quiero otro tiempo  
porque para resistirle  
muy buen pellico me tengo,  
guarnecido de paciencia  
y aforrado en s. frimiento.  
Pasadas son treinta lunas,  
y no hay mudanza en los tiempos,  
siempre yo las veo menguantes  
y crecer mis ansias veo.  
Todas las cosas se mudan,  
y tú no mudas de intento,  
siempre muda a mis razones  
y siempre sorda a mis ruegos.  
Aunque no quiero mudanzas,  
que de tu condición creo  
que cuando acaso te mudes  
será de desdén a celos;  
y habiendo de ser así,  
de tal mudanza reniego,  
que es mejor andar con quejas  
que padecer mal de perros.  
Tampoco favores tuyos  
los quiero ni los pretendo,

que se ha ya estragado el gusto,  
 y ningún gusto pretendo.  
 Si acaso sueño algún bien,  
 como es ordinario en sueños,  
 con el temor de enojarte  
 sobresaltado despierto.  
 Mira, cruel, qué me debes;  
 pues no sufro cuando duermo  
 a tu disgusto mis gustos,  
 y en los tuyos me desvelo.  
 Al fin mis deseos vistos,  
 es ver lo que tus deseos;  
 y quiero lo que tú quieres,  
 pues no quieres lo que quiero.

28

ELICIO

ROMANCE

*(El mismo Romancero.)*

Elicio, un pobre pastor,  
 ausente de Galatea,  
 dulce prenda de su alma,  
 a quien deja el alma en prendas;  
 cuya perfección adora,  
 cuyo nombre reverencia,  
 por quien vive y por quien muere,  
 de cuyo esclavo se precia;

sobre un cayado de pechos,  
cortado de su paciencia  
para golpes de fortuna  
y para servir de prueba;  
al hombro un zurrón colgado  
de temores y sospechas,  
que en destierro semejante  
es la carga que más pesa;  
una honda con que arroja  
del hondo pecho las quejas,  
que sin piedad descomponen  
los corazones de piedra;  
a sombra de su cayado,  
si dan sombras las tinieblas  
en que pone a una alma triste  
la oscura noche de ausencia;  
orilla del mar profundo  
de sus congojas inmensas,  
que le alborotan suspiros  
y lágrimas le acrecientan;  
guardando mal de su grado  
un gran rebaño de penas,  
hecha la imaginación,  
para que todo le ofenda,  
un caos de memorias tristes,  
una confusión inmensa;  
vuelto los ausentes ojos  
a la venturosa tierra  
adonde tiene su dama  
y sus pensamientos deja;  
al desapacible son

de las ardientes centellas  
que por los aires se esparcen,  
desta suerte se lamenta:  
«Fortuna, no desesperes,  
que si en mi muerte te vengas,  
morirá por fuerza presto  
quien vive ausente por fuerza;  
pues no merece sepulcro  
quien muriendo desespera,  
amigos que le acompañen,  
antorchas, luto ni exequias.  
Basta por lumbre mi fuego  
y por bronce mi firmeza,  
mis tristes ansias por luto,  
por funeral mis endechas.  
Sólo pido que, en memoria  
de mi rabiosa dolencia  
y destas lágrimas tristes  
que del placer desesperan,  
quede aquí por simulacro  
una fuente dellas hecha,  
una fuente de alabastro  
que de continuo las vierta;  
Y podrá bien empinarse  
a las encumbradas sierras  
por el peso de la altura  
que alcanza el origen della.  
Sirva el agua de remedio  
para deshelar tibiezas,  
y curar ingratitudes  
donde quiera que las vea;

y en la virtud milagrosa  
de sus efectos se vea  
la fe con que murió Elicio  
ausente de Galatea.»

29

## GALATEA

## ROMANCE

(El mismo *Romancero*.)

Galatea, gloria y honra  
del Tajo y de nuestro siglo,  
atormentada y celosa  
con penas y sin Elicio;  
de mal de ausencia a la muerte,  
con calentura y sin frío,  
ronco y levantado el pecho  
de quejas y de suspiros;  
vuelos los hermosos ojos  
en dos caudalosos ríos;  
el color de su ventura  
más que la cera amarillo;  
con crecimiento de fe  
y fe de su bien perdido;  
sin pulso las esperanzas,  
el sufrimiento en un hilo;  
para manjares del alma  
estragado el apetito,

que sin la salsa que falta  
 todos le causan hastío,  
 está vivo por milagro,  
 pero muerto más que vivo,  
 que su mal el primer día  
 es tan mortal como el quinto;  
 tiene fe le dará vida  
 un trago solo de vino,  
 pues sólo el trago de *fuese*  
 la tiene en tanto peligro;  
 y con ser médico el tiempo  
 de dolores peregrinos,  
 no le permite y alarga  
 la cura como enemigo;  
 que él no receta jamás  
 sino infusiones de olvido,  
 que en pocos nobles sujetos  
 obran presto y dan olvido;  
 mas en pechos delicados,  
 tiernos de amor y rendidos,  
 ni por la vida no sufren  
 tan groseros bebedizos,  
 y quiere más Galatea  
 dar la suya en sacrificio  
 que ver por tan mal remedio  
 de su salud el principio.  
 Desecha entretenimientos  
 de contento y regocijo,  
 sólo el eco busca y llama,  
 porque dobla sus gemidos.  
 «Oye mis querellas, dice;

¿dónde estas, Elicio mío?  
 ¿Cómo, cruel, no respondes  
 cuando tu nombre repito?  
 Si es que el viento no lleva  
 mis voces a tus oídos,  
 no lleve mi fe jurada  
 ni mi esperanza conmigo.  
 Por copia vaya mi alma,  
 y no de balde la envío,  
 pues me deja en este fresno  
 por juzgar su paraíso.  
 No trates, pues, de ofenderme,  
 siquiera por el testigo,  
 que le creerán fácilmente  
 en mi desdicha su dicho.  
 Esto te suplico sólo;  
 mira si al amor me humillo,  
 que con ser tiempo de mandas,  
 no mando, sino suplico.»

30

## AL CONDE DE SALDAÑA

(Manuscrito autógrafo de D. Juan Cortada.)

### ODA

Florida y tierna rama  
 del más antiguo y generoso tronco  
 que celebró la Fama

con acento sutil en metal ronco,  
 pues yo a tu sombra vivo,  
 laurel serás de lo que en ella escribo.

Oh genio de Saldaña,  
 honra y amparo dulce de mi pluma,  
 los más cisnes que baña  
 el agua deste río en blanca espuma  
 que al cortarla levantan,  
 por excusar tu fin tus prendas cantan.

Cuál dellos enriquece  
 con tu primer progenitor su canto,  
 a quien España ofrece,  
 mezclado en gozo, agradecido llanto.  
 Tal pide un rey que huye  
 y un vasallo que imperios restituye.

De Sando (joven bello)  
 la prodigiosa empresa solemniza,  
 y de miedo el cabello  
 segunda vez el africano eriza.  
 Muestras nos dan tus años  
 que harás en ellos más llorados daños.

Cuál de tu padre amado  
 canta el valor que en tu persona siente  
 con vivo e igual traslado;  
 así vemos del sol el rayo ardiente  
 traer hacia la tierra  
 cuanta virtud el sol entero encierra.

Celebra su privanza  
 que libra el orbe en su cerviz constante,  
 debida confianza  
 del gran Filipo agradecido atlante;

si en fe de tus anales  
reyes no hubiera a no haber Sandovalés.

Cuál de tu grande casa  
mil honrados blasones encarece,  
aunque con voz escasa  
viva timbre en sus paños resplandece,  
no de matiz bordada  
cuanto de sangre propia salpicada.

Cuál con voz victoriosa  
de despojos torcido alza el trofeo,  
o sangre venturosa,  
que para las banderas que en ti veo,  
con singular ejemplo  
hubo la Fama de ensanchar su templo.

Yo, señor, entre todos  
admiro tu valor, tus prendas raras,  
reliquias de los godos,  
tu rostro hermoso, tus virtudes claras,  
tus dignas esperanzas,  
sujeto de más dignas alabanzas;

ese agradable aspeto,  
digno de cetro y vendas imperiales.  
que el amor y el respeto  
obliga a ser en tu obediencia iguales,  
la gracia de la gente  
mucha colgada al ceño de tu frente;

ese divino ingenio,  
y, lo que es más, en años tiernos grave,  
ese superior genio,  
espíritu gentil, decir suave,  
y unas secretas señas

con que tu vida a un gran suceso empeñas.

Tal vez hirió en mis ojos  
la lumbre de tu rostro, afectos tiernos  
te rendí por despojos;  
ojalá pueda en mármoles eternos  
tallar nuestros trasuntos;  
vivirán Curcio y su Alejandro juntos.

Tal fué la fuerza presta  
que de Israel al príncipe heredero,  
y al que rindió en apuesta  
con el villano arnés al jayán fiero  
juntó vistas y palmas,  
prendas, vestido, inclinaciones y almas.

Ni juzgues a locura  
la confianza hidalga deste trueco;  
la voz de un ángel pura  
entre guijarros toscos halla el eco,  
y los dos que se amaban  
ya del cayado y ya del cetro usaban.

Sombra y amor me ofreces,  
y aunque en fe dello aquesta humilde yedra  
al paso que tú creces  
en esperanzas y verdores medra,  
antes que rama abrace  
el pie besa del tronco donde nace.

Tutelar dulce mío,  
a quien no sé qué fuerza me destina  
como a la mar el río;  
si aquélla es fuerza que a mi bien me inclina,  
estos versos escucha,  
donde el amor con el ingenio lucha.

Un natural forzado  
del son lírico ajeno, mal podía,  
aunque de amor guiado,  
acertarte a servir; verná algún día  
que a ti mis pensamientos  
consagren inmortales monumentos.

---

## II

# LA TIA FINGIDA

### NOVELA

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, manchegos y mancebos, más amigos del baldeo y rodancho (1) que de Bartolo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne (2) una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de la tal casa si no se descubría y apregonaba no se vendía, queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo:

—Señores: habiá ocho días que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha austeridad; tiene consigo una doncella de extremado parecer y brío, que dicen ser su sobrina; sale con un escudero y dos dueñas, y, según he juzgado, es gente granada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar persona alguna de la ciudad ni de fuera a visitallas, ni sabré decir de dónde vinieron a Salamanca; mas lo que sé es que la moza es hermosa y honesta, al parecer, y que el fausto y la autoridad de la tía no es de gente pobre.

---

(1) Florete y broquel.

(2) Donde solían vivir las mujeres públicas.

La relación que dió el vecino oficial a los estudiantes les puso codicia de dar cima a aquella aventura; porque siendo pláticos en la ciudad y deshollinadores de cuantas ventanas tenían albahacas con tocas, en toda ella no sabían que tal tía y sobrina hubiese que hospedaran cursantes en su Universidad, principalmente que viniesen a vivir a semejante calle, en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se había vendido tinta, aunque no de la fina; que hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas o, por otro nombre, trabajadoras o enamoradas.

Eran ya casi las doce del día, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron, o que no comían en ella sus moradoras, o que vendrían con brevedad; y no les salió vana su presunción, porque a poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, más largas que sobrepelliz de canónigo portugués, plegadas sobre la frente con su ventosa, y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santinuflo, que a la cintura le llegaba; manto de seda y lana, guantes blancos y nuevos sin vuelta, y un báculo o junco de las Indias, con su remate de plata. De la mano izquierda la traía un escudero de los del tiempo de Fernán González, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguíes bejeranos, capa de fajas, gorra de Milán, con su bonete de aguja, porque era enfermo de vaguidos, y sus guantes peludos, con su tahalí y espada navarrisca. Delante venía su sobrina, moza al parecer de

diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo; los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos; cejas tiradas y bien compuestas; pestañas largas y encarnada la color del rostro; los cabellos, rubios y crespos por artificio, según se descubrían por las sienes; saya de burriel fino; ropa justa de contray o frisado; los chapines, de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademán era grave; el mirar, honesto; el paso, airoso y de garza. Mirada por partes, parecía muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condición e inclinación de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que a cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron a ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerrogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venían detrás dos dueñas de honor, vestidas a la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó la buena señora a su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella; bien es verdad que, al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes con extraordinario modo de crianza y respeto mezclado de afición, plegando sus rodillas e inclinando sus ojos, como si fueran los más benditos y corteses hombres del mundo. Atracáronse las señoras; quedáronse los señores en la calle, pensativos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en lo que hacer debían, creyendo sin duda que, pues aquella gente era forastera, no habría venido a Salamanca a aprender leyes, sino a que-

brantarlas. Acordáronse, pues, en darle una música la noche siguiente, que éste es el primer servicio que a sus damas hacen los estudiantes pobres. Fuéronse luego a dar finiquito a su pobreza, que era una tenue porción, y comidos que fueron, convocaron a sus amigos, juntaron guitarras e instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse a un poeta de l s que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de Esperanza, que así se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenían, fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese en la composición el nombre de Esperanza. Encargóse deste cuidado el poeta, y en poco rato, mordiéndose los labios y las uñas, y rasándose las sienes y la frente, forjó un soneto, como le pudiera hacer un cardador o peraile. Dióseles a los amantes; contentóles, y acordaron que el mismo autor se le fuese diciendo a los músicos, porque no había lugar de tomallo de memoria.

Llegóse en esto la noche, y en la hora acomodada para la solemne fiesta juntáronse nueve matantes de la Mancha y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una arpa, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas; todo repartido entre una tropa de paniaguados, o por mejor decir de panivinajes. Con toda esta procesión y estruendo llegaron a la calle y casa de la señora, y en entrando por ella sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche había ya pasado el filo y todos los vecinos y moradores estaban de dos dormidas, como gusanos de seda, no les

fué posible dormir más sueño, ni quedó persona en toda la vecindad que no despertase y a las ventanas se pusiese. Sonó luego la gaita zamorana las gambetas, y acabó con el esturdió, ya debajo de las ventanas de la dama. Luego, al son del arpa, dictándolo el poeta su artífice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave, el cual decía desta manera:

En esta calle yace mi Esperanza,  
a quien yo con el alma y cuerpo adoro;  
Esperanza de vida y de tesoro,  
pues no le tiene aquel que no la alcanza.

Si yo la alcanzo, tal será mi andanza  
que no invidie al francés, al indio, al moro;  
por tanto, tu favor gallardo imploro,  
Cupido, dios de toda dulce holganza;  
que aunque es esta Esperanza tan pequeña,  
que apenas tiene años diez y nueve,  
será quien la alcanzare un gran gigante.

Crezca el incendio, añádase la leña,  
¡oh Esperanza gentill, y quien se atreve  
a no ser en servicios vigilante.

Apenas se había acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un bellacón de los circunstantes, graduado *in utroque*, dijo a otro que al lado tenía, con voz levantada y sonora:

—¡Voto a tal, que no he oído mejor estrambote en los días de mi vida! ¿Ha visto usted aquel concordar de versos, aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquella invocación de Cupido, y aquel *gallardo* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos, con aquella comparación tan bien contrapuesta y traída de *pequeña a gigante*? ¡Pues ya

la maldición o imprecación me digan, con aquel admirable y sonoro vocablo de *leña!* ¡Juro a tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le había de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el recuero de mi tierra!

Por sola la palabra chorizos se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decía extremeño sin duda, y no se engañaron; porque se supo después que era de un lugar de Extremadura que está junto a Jaraicejo, y de allí adelante quedó en opinión de todos por hombre docto y versado en el arte poética, sólo por haberle oído desmenuzar tan en particular el cantado y descomunal soneto.

A todo lo cual se estaban las ventanas de la casa muy cerradas como su madre las parió, de lo que no poco se desesperaban los dos esperantes manchegos; pero, con todo eso, al son de las guitarras secundaron a tres voces con el siguiente romance, asimismo hecho aposta y por la posta para el propósito:

Salid, Esperanza mía,  
a favorecer el alma  
que sin vos agonizando  
casi el cuerpo desampara.  
Las nubes del temor frío  
no cubran vuestra luz clara,  
que es mengua de vuestros soles  
no rendir quien los contrasta.  
En el mar de mis enojos  
tened tranquilas las aguas,  
si no queréis que el deseo  
dé al través con la esperanza.  
Por vos espero la vida  
cuando la muerte me mata,  
y la gloria en el infierno,  
y en el desamor la gracia.

A este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana y ponerse a ella una de las dueñas que aquel día habían visto, la cual les dijo con una voz afilada y pulida:

—Señores: mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones suplica a vuestras mercedes la reciban tan señalada que se vayan a otra parte a dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejemplo que se da a la vecindad, respecto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora doña Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco, y no le estar bien a su profesión y estado que semejantes cosas se hagan a su puerta y a tales horas, que de otra suerte y por otro estilo y con menos escándalo la podrá recibir de ustedes.

A lo cual respondió uno de los dos pretendientes:

—Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir a mi señora doña Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco que se ponga en esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio.

—¡Huy!, ¡huy! —dijo la dueña—. ¡En eso, por cierto, está mi señora doña Esperanza! Sepa, señor mío, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leída y muy escribida; y no hará lo que usted la suplica aunque la cubriese de perlas.

Estando en este deporte y conversación con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venía por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se

hicieron todos una rueda y recogieron en medio del escuadrón el bagaje de los músicos; y como llegase la justicia, empezaron a repicar los broqueles y crujir las mallas, a cuyo son no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer a sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música; mas uno de los dueños de la máquina no quiso se prosiguiera si la señora doña Esperanza no se asomase a la ventana, a la cual ni aun la dueña se asomó por más que la volvieron a llamar; de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca o cantaleta; condición propia de mozos en casos semejantes. Mas, aunque enojados, volvieron a hacer la refacción de la música con algunos villancicos, volvió a sonar la gaita y el enfadoso y brutal son de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi al alba sería cuando el escuadrón se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenían viendo lo poco que había aprovechado su música; con el cual se fueron a casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado y, sobre todo, amigo de valientes, al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brío y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tía y el poco o ningún remedio que esperaban para gozarla; pues el

de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podían hacerla, no les había aprovechado ni servido de más que indignarla con el disfame de la vecindad. El caballero, pues, que era de los de campo través, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaría para ellos, costase lo que costase; y luego aquel mismo día envió un recado, tan largo como comedido, a la señora doña Claudia, ofreciendo a su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinación y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no menos larga y comedida que había sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortésmente sentóla junto a sí en una silla y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venía algo fatigadilla del camino; y antes que le dijese palabra del recado que traía, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola y más contenta que si la hubiesen dado una canonjía. Propuso luego su embajada con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fué que su señora doña Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre

la parió; mas que, con todo eso, no habría para su merced puerta de su señora cerrada. Respondióla el caballero que todo cuanto le había dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar a su modo, de su ama lo creía; pero que aquello del pulcelaje se le hacía algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabía, y que la juraba a fe de caballero que si le desengañaba le daría un manto de seda de los de cinco en púa. No fué menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atezarle los garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad; la cual era, por el paso en que estaba y por el de la hora de su postrimería, que su señora doña Esperanza de Torralva Meneses y Pachecho estaba de tres mercados o, por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias, con que quedó D. Félix, que así se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuanto saber quería; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde quería hablar a solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tía. Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase a sus amas, y dióla en dinero cuanto pudiese costar el negro manto. Tomó la orden que tendría para entrar aquella noche en la casa, con lo cual la dueña se fué loca de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, según deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y

hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fué don Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su cama, encargándole no hiciese ningún ruido, porque ya la señora doña Esperanza sabía que estaba allí, y que, sin que su tía lo supiese, a persuasión suya quería darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra de que así lo haría, se salió la dueña y D. Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué había de parar aquel embuste o enredo. Serían las nueve de la noche cuando entró a esconderse D. Félix, y en una sala conjunta a este aposento estaba la tía sentada en una silla baja de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre. La casa, puesta ya en silencio; el escudero, acostado; la otra dueña, retirada y dormida; sola la sabedora del regocijo estaba en pie y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj había dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen a efecto, según su señora la moza y ella lo tenían ordenado, cuales eran: que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que D. Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiría, que jamás le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester; pensando sí alle este contribuyente de los muchos que esperaban tener andando el tiempo. Pero aunque sabía la dicha Esperanza que

D. Félix estaba en casa, no sabía la parte secreta donde estaba escondido. Convidada, pues, del mucho silencio de la noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar a Claudia, y así, en medio tono, comenzó a decir a la sobrina en esta guisa:

— Muchas veces te he dicho, Esperanza mía, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho cuanto la misma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán a entender. No pienses que estamos en Placencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste a saber qué cosa es mundo; ni menos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intrincada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mía, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez o doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, aficionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mismas condiciones. Porque los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mojicones. Hay aquí

también una masa de aragoneses, valencianos y catalanes; tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábeta, hija, que no saben de burlas; porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos hígados. A los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan; y por lo menos, si no dan, no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata, lo es, y si a cobre, cobre se queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen a casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en laceria. Mira, pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe un norte por donde te guíes y rijas, por que no dé al través el navío de nuestra intención y pretensa, y echemos al agua la mercadería de mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta Universidad que sepa tan bien leer en su facultad como

yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues así por los muchos años que he vivido en ella y por ella, como por las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jubilada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso quiero que me estés atenta y me des grato oído; porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, pues según el viento tal es el tiento.

Estaba a todo lo dicho la dicha niña Esperanza bajos los ojos y escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la cabeza y, al parecer, muy contenta y obediente a cuanto le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo:

—Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; que para lo que te quiero decir otros cinco sentidos más de los que tienes debieras tener para aprenderlo y percebirlo.

A lo cual replicó Esperanza:

—Señora tía, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmela a quebrar. Mire ahora, ¡qué más tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que

los tales se ciegan y caen más presto que los otros, porque tienen más entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay más que hacer que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir a! ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tía, ya me las sé yo de coro; tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es: que no me dejaré más martirizar de su mano por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya y otras tantas las ha usted vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo, por ventura, de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? ¿No hay más sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo más de consentir! Deje, señora tía, ya rebuscar mi viña, que a veces es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mi jardín se venda por entero y jamás tocado, busque otro modo más suave de cerradura para su postigo, porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue más a mis carnes.

—¡Ay boba, boba —replicó la vieja Claudia—, y qué

poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester a la de la aguja y sirgo encarnado, que todo lo demás es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho menos la sanguijuela; la mirra no es de algún provecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, que todo es aire; porque no hay rústico ya que, si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y mi aguja, y vívame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga a embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y más ganancia que la ordinaria.

—Yo confieso ser así, señora, lo que dice—replicó Esperanza—; pero, con todo, estoy resuelta en mi determinación, aunque se menoscabe mi provecho. Cuanto y más que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luego; que si, como dice, hemos de ir a Sevilla para la venida de la flota, no será razón que se nos pase el tiempo en flores, aguardando a vender la mía cuarta vez, que ya está negra de puro marchita. Váyase a dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolución que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre.

Aquí llegaba en su plática la tía y la sobrina, la cual plática toda la había oído D. Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para excusarlo, comenzó a

estornudar con tanta fuerza y ruido que se pudiera oír en la calle. Al cual se levantó doña Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho, se fué derecha a la cama y, alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el semblante y puesto a punto de guerra. Así como le vió la vieja comenzó a santiguarse, diciendo:

—¡Jesús, valme! ¿Qué gran desventura y desdicha es ésta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y a tales horas! ¡Desdichada de mí! ¡Desventurada fui yo! ¿Qué dirá quien lo supiese?

—Sosiéguese usted, mi señora doña Claudia—dijo don Félix—, que yo no he venido aquí por su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y, sobre todo, enamorado de mi señora doña Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y afición he procurado, por cierta negociación secreta que usted sabrá algún día, ponerme en este lugar, no con otra intención sino de ver y gozar desde cerca de la que de lejos me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y a tiempo somos donde y cuando se me pueda dar; pues ninguna me vendrá de sus manos que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser más rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos.

—¡Ay sin ventura de mí—volvió a replicar Claudia—y a cuántos peligros estamos expuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos

defiendan y ampáren! Ahora sí que te echo de menos, malogrado de ti, D. Juan de Bracamonte, mal desdichado consorte mío; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusión y afrenta en que me veo. Usted, señor mío, sea servido luego al punto de volverse por donde entró; y si algo quiere en esta casa de mí o de mi sobrina, desde afuera se podría negociar con más despacio, con más honra y con más provecho y gusto.

—Para lo que yo quiero en la casa—replicó D. Félix—, lo mejor que ello tiene, señora mía, es estar dentro della, que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto, sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras y que sean verdaderas estas mías, esta cadena de oro doy para fiador dellas.

Y quitándose una buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponía en el suyo. A este punto, luego que vió tal oferta y tan cumplida parte de paga la dueña del concierto, antes que su ama respondiese ni la tomase, dijo:

—¿Hay príncipe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni cajero de mercader, ni perulo, ni aun canónigo que haga tal generosidad y largueza? Señora doña Claudia, por vida mía que no se trate más deste negocio, sino que se le eche tierra y haga luego todo cuanto este señor quisiere.

—¿Estás en tu seso, Grijalva—que así se llamaba la dueña—; estás en tu seso, loca, desatinada?—dijo doña Claudia—. ¿Y la limpieza de Esperanza, su flor

cándida, su pureza, su doncelléz no tocada, así la había yo de aventurar y vender sin más ni más, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamentos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no serál! Usted se vuelva a poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos; y entienda que, aunque mujeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona alguna en el mundo que pueda decir otra cosa; y si contra esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y la experiencia doy por testigos.

—Calle, señora—dijo a esta sazón la Grijalva—, que, o yo sé poco, o que me maten si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza.

--¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber?—replicó Claudia—. ¿No sabéis vos la limpieza de mi sobrina?

—Por cierto, bien limpia estoy—dijo entonces Esperanza, que estaba en medio del aposento, medio embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo—; y tan limpia, que no ha una hora que con todo este frío me vestí una camisa limpia.

—Esté usted como estuviere—dijo D. Félix—, que sólo por la muestra del paño que he visto no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y porque no se me deje de vender por melindre o ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oído toda la plática o sermón que acaba de hacer a la niña, y que quisiera

yo ser el primero que esquilmara este majuelo, o vendimiara esta viña, aunque se añadieran a esta cadena unos zarcillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad y tengo tan buena prenda, ya que no se estima la que doy ni la que tiene mi persona, úsese de mejor término conmigo, que será justo, con protestación y juramento que por mí nadie sabrá en el mundo el rompimiento desta muralla, sino que yo seré el pregonero de su entereza y bondad.

—Ea—dijo entonces la Grijalva—, buen pro, buen pro le haga, para en uno son, yo los junto y los bendigo.

Y tomando de la mano de la niña se la comodaba a D. Félix, de lo cual se encolerizó tanto la vieja que quitándose un chapín comenzó a dar a la Grijalva como en real de enemigos; la cual, viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva más lucia que la de un fraile y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la más fea y abominable catadura del mundo. Viéndose maltratar así de su criada, comenzó a dar grandes alaridos y voces, apellidando a la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamiento, entró por la sala el corregidor de la ciudad, con más de veinte personas, entre acompañados y corchetes; el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivían, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado a la puerta, no le oyeron como estaban embebecidas en sus pláticas, y

los corchetes, con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron tan queditos, que no fueron sentidos, y desde el principio de los documentos de la tía hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el corregidor sin perder un punto; y así, cuando entró dijo:

—Descomedida andáis con vuestra ama, señora criada.

—¡Y cómo si anda descomedida esta bellaca, señor corregidor—dijo Claudia—, pues se ha atrevido a poner las manos do jamás han llegado otras algunas desde que Dios me arrojó a este mundo!

—Bien decís que os arrojó—dijo el corregidor—, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubríos, honrada, y cúbranse todas, y vénganse a la cárcel.

—¡A la cárcel, señor! ¿Por qué?—dijo Claudia—. ¿A las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratallas desta manera?

—No deis más voces, señora, que habéis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el disfrute de su heredad.

—Que me maten—dijo la Grijalva—si el señor corregidor no lo ha oído todo; que aquello de las tres pringües, por lo de Esperanza lo ha dicho.

Llegóse en esto D. Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado; mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni menos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acom-

pañaba al corregidor venían los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes a toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habían de ir a la cárcel Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre sí en lo que habían de hacer; y sin ser sentidos se salieron de la casa y se pusieron en cierta calle tras cantón por donde habían de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luego les deparó su buena ventura, a quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron más prontos y listos que si fuera para ir a algún solemne banquete. De allí a poco asomó la justicia con las prisioneras, y antes que llegasen pusieron mano los estudiantes con tal brío y denuedo, que a poco rato no les esperó porquerón en la calle, si bien no pudieron librar más que a la Esperanza; porque así como los corchetes vieron trabada la pelea, los que llevaban a Claudia y a la Grijalva se fueron con ellas por otra calle y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fué a su casa; D. Félix, a la suya, y los estudiantes, a su posada. Y queriendo el que había quitado a Esperanza a la justicia gozarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, antes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡Oh milagros del amor! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo! Digo esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y veras le prohibía el gozalla, sin hacer otro discurso y sin mirar cuál le estaba lo que quería hacer, dijo:

—Ahora, pues, ya que vos no consentís que yo goce

a la que tanto me ha costado, y no queréis que por amiga me entregue en ella, a lo menos no me podréis negar que como a mujer legítima no me la habéis, ni podéis ni debéis quitar.

Y volviendo a la moza, a quien de la mano no había dejado, le dijo:

—Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos queréis, os la doy como legítimo esposo y marido.

La Esperanza, que de más bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecía, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazóle como a su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolución, sin decirles nada se quitó de delante y se fué a su aposento. El desposado, temeroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aun no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al mesón donde posaba el arriero de su tierra.

Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partía al otro día por la mañana, con el cual se fueron; y, según se dijo, llegó a casa de su padre, donde le dió a entender que aquella señora que allí traía era hija de un caballero principal, y que la había sacado de casa de su padre dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuanto le decía el hijo; y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por más que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinación de su hijo.

No le sucedió así a Claudia, porque se le averiguó por su misma confesión que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña a quien había tomado de la puerta de una iglesia, y que a ella y a otras que en su poder había tenido las había vendido por doncellas muchas veces a diferentes personas, y que desto se mantenía y esto tenía por oficio y ejercicio. Averiguósele también tener sus puntas de hechicera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció a cuatrocientos azotes y a estar en una escalera con una jaula y coraza en medio de la plaza, que fué el mejor día que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luego el casamiento del estudiante, y aunque algunos escribieron a su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se había dado con su astucia y discreción tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tienen la discreción y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren.

**FIN**

# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
VIAJE AL PARNASO . . . . .	11
Capítulo primero . . . . .	11
— II . . . . .	22
— III . . . . .	36
— IV . . . . .	52
— V . . . . .	70
— VI . . . . .	81
— VII . . . . .	91
— VIII . . . . .	103
ADJUNTA AL PARNASO . . . . .	119
APÉNDICES . . . . .	133
I Poesías sueltas . . . . .	133
II La tía fingida (novela) . . . . .	183

---

1572210





1,50 pesetas.

I. CARDENAL

T4

FONDO

S. X

PARVA

17

55

NAL CISNE

45- 3

DO ANTIGUO

XIX-XX